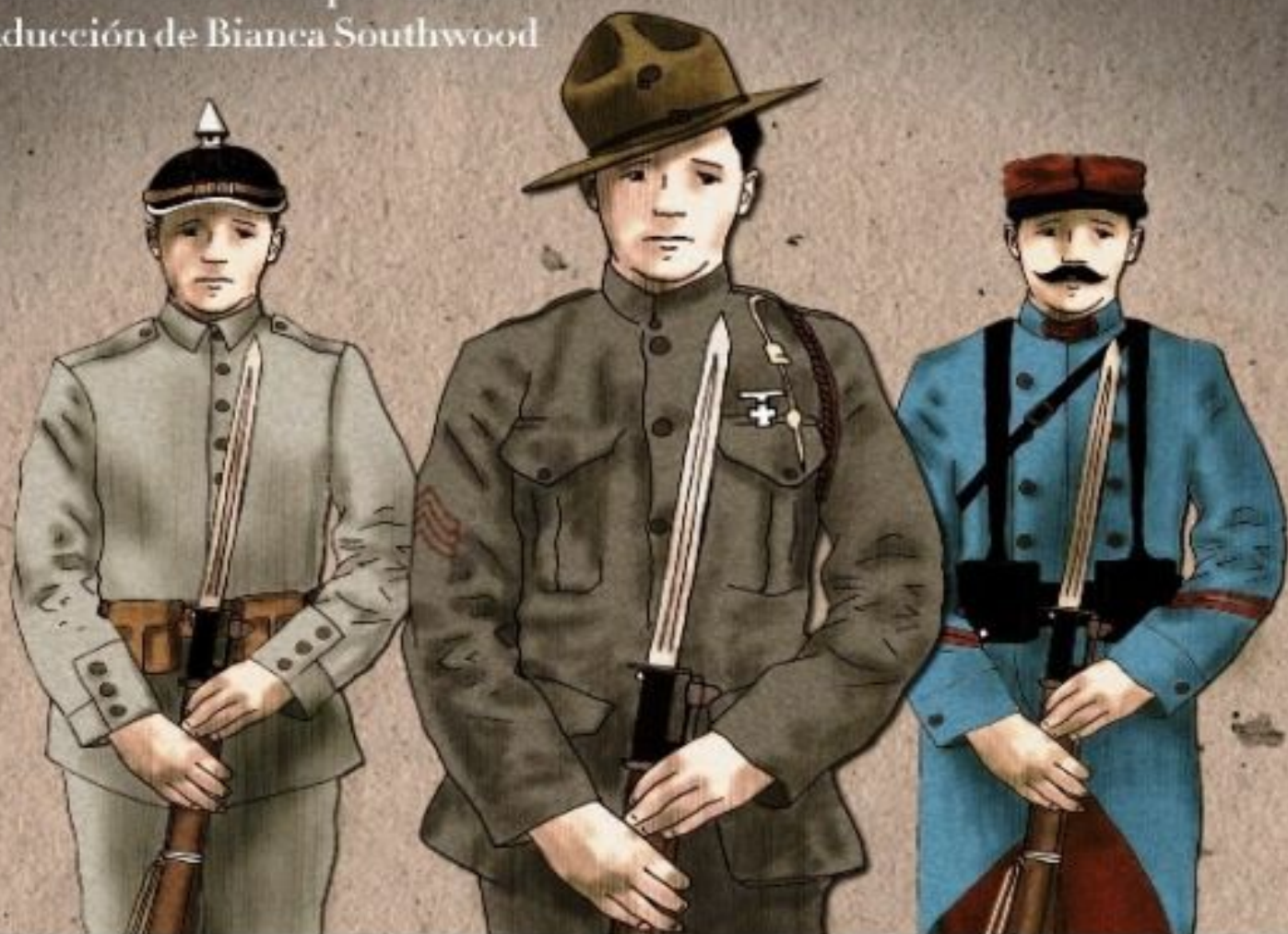


Introducción de Philip D. Beidler  
Traducción de Bianca Southwood



S

*Compañía K*  
William March



## Annotation

"En 1917, como tantos otros estadounidenses, William March se alistó voluntariamente en los Marines para combatir en la primera guerra mundial. De aquella experiencia brutal y absurda surgiría Compañía K, que terminó de escribir en 1933: una colección de 113 estampas tituladas con los nombres y apellidos de cada uno de los soldados que formaban la unidad en la que nos ofrece una visión de la guerra sumamente realista y humana; un retrato de la estupidez y la violencia a la que se ven obligados los hombres cuando son llevados a los límites de su cordura.

En lo que supone un ejercicio de precisión admirable, March consigue retratar en esta novela la oscuridad del espíritu humano en toda su dimensión; algo verdaderamente insólito tratándose de un superviviente de la Gran Guerra, ya que su generación no tuvo el coraje de escuchar las sombrías verdades que los soldados trajeron de regreso a casa.

Comparada a menudo con Sin novedad en el frente, de Erich Maria Remarque, y con Trampa 22, de Joseph Heller, Compañía K es una obra con una potencia artística fuera de lo común y ha sido considerada la gran antecesora de la literatura antibelicista que se popularizó a partir de la segunda guerra mundial y, sobre todo, a partir de la guerra de Vietnam.

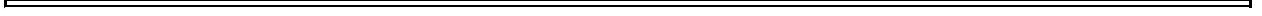
- 
- [Introducción](#)
  - [La unidad](#)
    - [El soldado Joseph Delaney](#)
    - [El soldado Rowland Geers](#)
    - [El cabo Jerry Blandford](#)
    - [El cabo Pierre Brockett](#)
    - [El soldado Archie Lemon](#)
    - [El cabo Walter Rose](#)
    - [El soldado Samuel Updike](#)
    - [El sargento Michael Riggin](#)
    - [El sargento Theodore Donohoe](#)
    - [El capitán Terence L. Matlock](#)
    - [El primer sargento Patrick Boss](#)
    - [El soldado Roger Jones](#)

- [El soldado Carter Atlas](#)
- [El soldado Lucien Janoff](#)
- [El soldado Thomas Stahl](#)
- [El sargento James Dunning](#)
- [El sargento Wilbur Tietjen](#)
- [El soldado Jesse Bogan](#)
- [El soldado Philip Calhoun](#)
- [El soldado Edward Romano](#)
- [El teniente Edward Bartelstone](#)
- [El soldado Jacob Geller](#)
- [El soldado Walter Landt](#)
- [El soldado Graley Borden](#)
- [El teniente Thomas Jewett](#)
- [El soldado Stephen Carroll](#)
- [El soldado Carroll Hart](#)
- [El soldado William Anderson](#)
- [El soldado Martin Dailey](#)
- [El soldado Henry Damarest](#)
- [El cabo Lloyd Somerville](#)
- [El soldado Lawrence Dickson](#)
- [El soldado Nathan Mountain](#)
- [El soldado Christian Geils](#)
- [El soldado Mark Mumford](#)
- [El soldado Bernard Glass](#)
- [El soldado John Townsend](#)
- [El soldado Wilbur Halsey](#)
- [El soldado Harry Waddell](#)
- [El soldado Benjamin Hunzinger](#)
- [El soldado Plez Yancey](#)
- [El teniente Archibald Smith](#)
- [El soldado Edward Carter](#)
- [El soldado Emil Ayres](#)
- [El soldado Martin Appleton](#)
- [El soldado Leslie Westmore](#)
- [El soldado Sylvester Wendell](#)
- [El soldado Ralph Brucker](#)
- [El soldado Byron Long](#)

- [El soldado Philip Waldsworth](#)
- [El soldado Alex Marro](#)
- [El soldado John McGill](#)
- [El soldado Sidney Borgstead](#)
- [El soldado Allan Methot](#)
- [El soldado Danny O'Leary](#)
- [El soldado Jeremiah Easton](#)
- [El soldado William Mulcahey](#)
- [El sargento Julius Pelton](#)
- [El cabo Clarence Foster](#)
- [El soldado Walter Drury](#)
- [El soldado Charles Gordon](#)
- [El soldado Roger Inabinett](#)
- [El soldado Richard Mundy](#)
- [El soldado Howard Nettleton](#)
- [El soldado Harland Perry](#)
- [El soldado Albert Nallet](#)
- [El soldado Robert Nalls](#)
- [El soldado Oswald Pollard](#)
- [El soldado Martin Passy](#)
- [El soldado Leo Hastings](#)
- [El soldado Silas Pullman](#)
- [El soldado Samuel Quillin](#)
- [El soldado Abraham Rickey](#)
- [El soldado Wilburg Bowden](#)
- [El soldado Eugene Merriam](#)
- [El soldado Herbert Merriam](#)
- [El soldado Peter Starfford](#)
- [El soldado Sidney Belmont](#)
- [El soldado Richard Starnes](#)
- [El cabo Frederick Willcoxon](#)
- [El sargento Marvin Mooney](#)
- [El soldado Oliver Teclaw](#)
- [El soldado Franklin Good](#)
- [El soldado desconocido](#)
- [El soldado Charles Upson](#)
- [El cabo Stephen Waller](#)



- 
- 
- 





*Compañía K*

William March

libros del silencio

© William March 1933

Titulo original: *Company K*

© Traducción, Bianca Southwood

© Introducción, The University of Alabama Press 1989

© Editorial Libros del Silencio 2012

ISBN: 978-84-939433-5-6

Depósito legal: B-1.712-2012

Maquetado: Instituto Pro-S.A.C.



*A Ed Roberts,  
un amigo invariable*

# Introducción

## *El texto de Compañía K*

Por su mera presencia física, el original definitivo, mecanografiado y revisado de *Compañía K*, de William March, que se conserva en la Biblioteca de Colecciones Especiales de la Universidad de Alabama, habla de forma silenciosa, pero conmovedora, del precio de la batalla que tuvo que librar el hombre que lo escribió. La tapa consiste en una carpeta reforzada de color marrón de las que se compran en cualquier papelería o tienda de material de oficina. En la portada, unas líneas cuidadosamente trazadas con tinta — dibujadas meticulosamente con la ayuda de una regla y una pluma— forman un pequeño marco compuesto de un rectángulo dentro de otro rectángulo cuyo diseño guarda un ligero parecido con el art déco. Dentro del rectángulo, escritas con tinta, aparecen dos líneas de igual pulcritud, aunque los caracteres sean sencillos: la superior reza COMPANYY K; la inferior, WILLIAM MARCH.

Después de pasar dos páginas en blanco de papel de alta calidad, llegamos a la primera página impresa, escrita con una máquina de escribir robusta, de tipografía clara y uniforme. La tinta de la cinta es azul. El texto hoy está tan desvaído que podría confundirse con una copia hecha con papel carbón. Si miramos de cerca, sin embargo, se ve claramente que el documento es original. En el ángulo superior izquierdo de la página, se puede leer:

William March  
Apartment 16-G  
302 West 12th St.  
New York, N.Y.

Más abajo, centrado en la página y subrayado, aparece de nuevo el título: *Company K*.

A esta hoja le sigue una página de dedicatoria, que reza: «A Ed Roberts, un amigo invariable». Entonces pasamos directamente al primer relato. En el texto publicado, viene encabezado, como el resto de los capítulos, por el nombre del narrador, al que llama «el soldado Joseph Delaney». Sin embargo, aquí, en el manuscrito, no aparece tal título. Empieza el texto sin más: «Hemos cenado y mi esposa y yo estamos sentados en el porche».

El narrador de este capítulo, descubrimos enseguida, resulta ser el «autor» del libro. Se pregunta qué ha logrado. Su intención no es escribir únicamente acerca de su compañía de hombres en la guerra, sino acerca de cualquier compañía de hombres en cualquier guerra, acerca de nada menos que la guerra misma. Su mujer señala que quizá convenga suprimir, por lo menos, la parte que describe el fusilamiento de los prisioneros. También se aventura a expresar una teoría sobre la manera que tiene la naturaleza de centrar unas fuerzas de regeneración especiales en los paisajes que han sido campos de batalla. «Delaney», como lo conoceremos solo en el texto publicado, discrepa. «A mí —concluye— siempre me ha parecido que Dios está tan asqueado de los hombres, y de la infinita crueldad que se infligen unos a otros, que cubre cuanto antes los lugares en los que han estado.»

Si prestamos atención a la paginación del texto mecanografiado mientras leemos esta sección introductoria, comprobamos que, a buen seguro, la omisión del nombre de Delaney no fue casual. Las cuatro páginas en cuestión están ordenadas por letras y no por números. Se trata de las páginas A, B, C y D. A partir de entonces, el texto continúa con las otras narraciones individuales que integran el libro. Cada una lleva por encabezamiento el nombre del narrador. Las páginas están numeradas consecutivamente de la 1 a la 198.

Esto produce una impresión global de resolución y de control. Todo parece estar en su lugar: la encuadernación, las páginas con letras, el orden, los títulos (y en la primera narración, la falta de título) y la paginación. Puede que este texto de la novela bélica más furiosa que hubiera escrito un norteamericano hasta la época, y, potencialmente, al menos tan furiosa y vivida como cualquiera que se haya escrito desde entonces, se nos antoje sereno y formal. Y en eso consiste gran parte de la historia. (Por la más curiosa casualidad, el original definitivo de la única novela predecesora que pueda presumir de una sinceridad impávida y naturalista comparable, *El rojo emblema del valor*, de Stephen Crane, se encuentra en la biblioteca de la Universidad de Virginia; un borrador de parecida formalidad y en el que, en las primeras páginas, aparecen unos nombres tachados tales como «Fleming», «Wilson» y «Conklin», cuidadosamente sustituidos por personajes más genéricos como «el joven», «el soldado gritón», «el soldado alto», entre otros similares.) Uno percibe que la promulgación de dicho control se pagó muy cara. Y resulta ser que la historia del nacimiento de *Compañía K* fue exactamente eso: para William March, sobre todo, el precio fue altísimo.

## William March y *Compañía K*

Las circunstancias biográficas de la génesis de *Compañía K* también están envueltas de la misma extraña sensación de enigma callado e impenetrable. Lo que sabemos a ciencia cierta es que William Edward Campbell, recordado por el mundo literario como William March, nació en Mobile en septiembre de 1893, donde pasó una infancia sureña bastante típica por aquel entonces en las pequeñas poblaciones de Alabama y el noroeste de Florida. Durante los primeros años del siglo XX cursó la carrera de Derecho entre la Universidad de Alabama y la Universidad de Valparaíso, en Indiana, y después de trabajar de asistente jurídico en un bufete de abogados se alistó en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos y combatió en algunas de las campañas más duras que se libraron durante la primera guerra mundial en Francia. Asimismo, sabemos con certeza que como consecuencia de sus acciones, específicamente durante un ataque a Mont Blanc, March recibió la Cruz de Guerra francesa y, además, tanto la Cruz por Servicio Distinguido como la Cruz de la Armada otorgada al valor. Esta última hazaña, hay que añadir, y como bien saben los concededores de los

servicios militares, es literalmente pasmosa. Ambas son segundas máximas condecoraciones —superadas exclusivamente por la Medalla de Honor— otorgadas por los que entonces se consideraban los dos principales cuerpos de las fuerzas armadas de los Estados Unidos: el ejército y la armada. Nos consta que después de la guerra ejerció de organizador y luego de vicepresidente de la Waterman Steamship Corporation. Más adelante, se mudó a Nueva York, donde pasó una larga temporada, y, renunciando finalmente al próspero cargo ejecutivo que en los años treinta lo llevó a ciudades como Hamburgo y Londres, escribió *Compañía K* y una extensa colección de relatos, entre ellos algunos de los más singulares de toda una generación americana de autores sumamente talentosos, y varias novelas posteriores, de las que destacan *Come in at the Door* (Entren por la puerta), *The Tallons* (Los Tallón) y *The Looking Glass* (El espejo). Sabemos que hacia el final de su vida volvió a su tierra natal, en el sur, donde, en una casa tranquila ubicada en el barrio francés de Nueva Orleans, escribió su última obra, *The Bad Seed* (La mala semilla). Irónicamente, después de su muerte, la novela se transmutó primero en una obra de teatro y luego en una película, un largometraje de cierta mala reputación que le hubiese parecido gracioso y, en la misma medida, un tanto desagradable. A mediados de mayo de 1954, William March falleció una noche mientras dormía.

De lo que le ocurrió a William Edward Campbell en Francia que lo convirtió específicamente en William March, el autor de *Compañía K*, solo conservamos unos informes de carácter general. Infante del Quinto Regimiento de Marines de la Segunda División de los Estados Unidos, March luchó por primera vez en el viejo campo de batalla de Verdún, cerca de Les Eparges, y poco después en la batalla del bosque de Belleau, donde fue herido en el hombro y en la cabeza. Regresó a tiempo para participar en la batalla de Saint-Mihiel y en el ataque a Mont Blanc con una actuación tan extraordinaria que le mereció las tres condecoraciones antedichas. Poco después, participó en la ofensiva del Meuse-Argonne y, junto con su compañía, estaba preparando el cruce del mismo río Meuse a la altura de Mouzon cuando terminó la guerra.

Aparte de este resumen global, March también nos dejó un testimonio más preciso y sugerente de recuerdos y declaraciones posteriores a los hechos y, sobre todo, de sus numerosas conversaciones acerca del pasado, a través de las cuales nos revela un episodio crítico: según parece, quedándose aislado del resto de su compañía, se topó cara a cara con un joven alemán, rubio y de

ojos azules, contra quien embistió por instinto con su bayoneta. Roy S. Simmonds, el biógrafo de March, describe que a continuación el joven alemán «tropezó y la bayoneta le perforó la garganta, matándolo en el acto, con los ojos muy abiertos y mirando fijamente el rostro de William» (p. 23) [\[1\]](#). A este respecto, debemos aducir algunos hechos adicionales de la historia psicológica posterior, sobre todo en vista de lo que la actual generación de guerra estadounidense, una vez más, trata de asimilar bajo terna designación clínica conocida como «estrés postraumático». La descripción de Simmonds es escueta: «No hay que restarle importancia a que, durante varias etapas de su vida, March padeció unos trastornos histéricos relacionados tanto con su garganta como con sus ojos» (p. 23).

Curiosamente, existe poca información acerca del episodio concreto de valentía que le valió a William March ese pecho repleto de medallas. Disponemos, al menos, de la mención a la Cruz de Guerra, que reza: «Durante las operaciones en la región de Mont Blanc, 3-4 de octubre de 1918, abandonó un refugio para socorrer a los heridos. El 5 de octubre, durante un contraataque, viendo que el enemigo había avanzado a menos de 300 metros del puesto de primeros auxilios, se sumó de inmediato al combate y, a pesar de sus heridas, se negó a abandonarlo hasta que los alemanes se hubieron batido en retirada».

También disponemos de las menciones referentes a la Cruz por Servicio Distinguido y a la Cruz de la Armada, pero ninguna entra en los pormenores. Lo único que debemos tener en cuenta de la valentía de William March, por lo general, es que no le faltaba, de eso no cabe duda. Y aunque careciéramos de la información biográfica y de las condecoraciones y certificados, seguiríamos sabiendo que era valiente. Seguiría estando ahí, grabada en *Compañía K*, en una novela escrita por un hombre que a todas luces había ido a la guerra, que a todas luces había visto su cuota de atrocidades, que de alguna forma había sobrevivido y que se había comprometido posteriormente a la nueva hazaña de dar sentido a su experiencia, plasmándola en la creación de un arte literario supremo. Y de esta hazaña todavía conservamos el testimonio de un logro magnífico, el obsequio tan valiente como terrible de *Compañía K*.

Contexto y profecía: Compañía K y la literatura

## de guerra estadounidense

La historia del lugar que ocupa *Compañía K* en la tradición estadounidense de la literatura sobre la guerra es, al menos hasta la fecha, curiosa. Cuando apareció en escena apenas tenía precedentes en una literatura sobre batallas que había tratado con sorprendente reserva la realidad. Fue descatalogada durante algunos años, tras los cuales apareció una nueva edición que ahora se presenta ante nosotros como una rareza propia de los clásicos de culto poco reconocidos. El tema que ocupa sus páginas es, a su vez, propio de un libro que forjó un contexto literario real y, con ello, se convirtió en la materia de la que está hecha la profecía literaria.

Nuestra nación es, al fin y al cabo, una nación engendrada por la guerra. También es una nación que entre 1861 y 1865 sufrió el episodio más cataclísmico de fratricidio masivo de la historia. Resulta chocante, por lo tanto, que la ficción realista que produjo antes del siglo XX niegue y omita de forma casi absoluta la guerra como tema literario. Las obras de ficción del período colonial y clásico que versan sobre el tema suelen describir guerras «literarias», como en las novelas románticas de Simms y Cooper. Salvo unos pocos capítulos de *Miss Ravenel's Conversion from Secession to Loyalty* (La conversión de la señorita Ravenel de la secesión a la lealtad) de John DeForest, algunos párrafos de dos o tres novelas ya casi olvidadas y un puñado de ensayos breves de Ambrose Bierce, hay que buscar mucho para dar con alguna descripción narrativa de la misma guerra civil<sup>[2]</sup>. La única novela bélica famosa que habla sobre aquella guerra, *El rojo emblema del valor*, fue escrita por un hombre que no participó en ella. En resumen, para tener una idea de lo que los estadounidenses habían escrito acerca de lo que John Keegan llama «el rostro de la batalla» antes de la primera guerra mundial, hay que referirse de forma casi exclusiva a fuentes no literarias: cartas, publicaciones, diarios y autobiografías.

La primera guerra mundial lo cambió todo. Por primera vez, en las novelas de John Dos Passos, Thomas Boyd, Ernest Hemingway y William March, entre otros, apareció en la literatura norteamericana una descripción narrativa realista de la guerra moderna como tema trascendental e incluso fundamental. De estos inicios ha brotado una tradición importante, que incluye las obras, entre otras muchas, de James Jones, Norman Mailer, Irwin Shaw, Joseph Heller, Kurt Vonnegut, Jr. y, hace poco, Philip Caputo, Tim O'Brien y Larry Heinemann.

Dentro de semejante tradición, *Compañía K* puede atribuirse una doble



importancia. Refleja prácticamente todas las cuestiones principales planteadas por la primera generación de obras norteamericanas que exponen de forma realista la experiencia de las guerras modernas desde el punto de vista del combatiente, y por ello podría considerarse la obra que, en la misma medida que cualquiera de las demás, contribuye a determinar un contexto para esa tradición. A la vez, debido a su experimentalismo literario, tan complejo e innovador, también podría considerarse una profecía de varias de las más importantes obras bélicas norteamericanas que se publicaron posteriormente.

De todas las características que sitúan a *Compañía K* contextualmente en el centro de la naciente tradición estadounidense del realismo bélico originada por la primera guerra mundial, la más significativa es la intensidad de su empeño en dar testimonio directo, ante todo, a lo que realmente les ocurre a los hombres normales y corrientes que luchan en combates modernos, mecanizados y masivos. Posiblemente destaque por ser la gran obra de su generación; una obra que, más que cualquier otra, se centra de forma única y obsesiva o bien en la experiencia de los combates en sí o bien en los efectos concomitantes que padecen los que han tomado parte en ellos. Quizá Boyd, en su novela *Through the Wheat* (A través del trigo), sea el único en escribir de manera tan sistemáticamente directa y gráfica. No obstante, sus descripciones suelen ir tan sobrecargadas de una estilización naturalista que a menudo, igual que en el caso de John Dos Passos en su novela *Tres soldados*, atenúa la sensación del lector de lo experiencial y lo real. Como sucede con Hemingway, mezclado con la violencia y la brutalización, se habla de la desilusión, de la traición mediante las mentiras patrióticas. En la obra de March, sin embargo, mucho más que en la de cualquiera de sus contemporáneos, esto también termina subsumiéndose en las profundidades de un horror que trasciende de todo concepto de «generación perdida». En este libro, unos soldados se presentan por separado sin tregua, uno detrás de otro, confundiendo los vivos con los muertos, para ofrecer sus testimonios espantosos en primera persona, y, narración tras narración, estos testimonios exponen fundamentalmente un único hecho de las guerras modernas: el hecho de la muerte violenta, repugnante y obscena. Los hombres mueren gaseados, fusilados, destrozados por granadas. Mueren de bayonetazos. Fallecen literalmente desintegrados por explosivos de gran potencia. Se suicidan. Matan a los prisioneros. Se matan entre sí. Matan de forma gratuita y arbitraria, a veces por equivocación y casi siempre en contra

de los instintos más benévolos que todavía conservan, por pocos que sean. Matar y morir, morir y matar; han perdido el contacto con toda realidad de la vida, salvo la realidad del dominio absoluto de la muerte. March insiste en esta última realidad hasta tal punto que a menudo parece tener menos en común con sus compatriotas que con los poetas británicos de su generación, como Wilfred Owen, Robert Graves y Siegfried Sassoon. Y, al igual que este, las muertes que describe nunca suponen un noble sacrificio. No se trata de una muerte triunfal, ni valerosa, ni denodada. Se trata de una muerte que desgarrar las entrañas, que destroza el cráneo, que despedaza el cuerpo. Se trata de la clase de muerte que hace que los hombres invoquen a sus madres a gritos, que defequen en los pantalones, que se aneguen en llanto con los nervios destrozados. Además, se trata de la muerte que alcanza todas las proporciones inmensas de la mecanización moderna.

Un incidente emblemático de esta omnipotencia tan macabra se describe en uno de los primeros capítulos, en el que una patrulla, bajo el mando de un teniente estúpido, inexperto y obstinado, recibe la orden de dirigirse hacia una posición avanzada desde la cual sus movimientos serán observados y su posición será marcada por un grupo de árboles destacado. De camino, unos observadores enemigos ocultos cursan una comunicación inmediata. Minutos después, los soldados reciben el impacto directo de una artillería que ellos tampoco han visto y con la que nunca entablarán batalla. Uno de los cadáveres encontrados está completamente destripado, abierto desde la barriga hasta la barbilla, con los órganos vitales reventados en un instante por una muerte metálica que procede de varios kilómetros de distancia. Cuando hallan al resto de los muertos, ninguno tiene rostro (p. 90). El único superviviente, perdonado sin ninguna razón aparente, permanece de pie, erguido y en silencio, «mirándose la mano, cuyos dedos habían sido cercenados de un estallido» (p. 91).

Otro rasgo de *Compañía K* que contextualiza buena parte de la ficción de guerra estadounidense es hasta qué punto su centro temático —la muerte arbitraria, sin sentido y producida en serie— encuentra su correlato formal y exacto en un único modo dominante: la ironía. En ocasiones, las ironías concretas son flagrantes y manifiestas, como en el capítulo titulado «El soldado desconocido». Un joven americano herido de muerte cuelga enredado en la alambrada de la tierra de nadie y da rienda suelta a la furia de su agonía. Clama contra los constructores de monumentos y los oradores. Por lo menos su nombre, se promete, no será profanado de la misma manera. Con

un último gesto antes de morir, arroja sus etiquetas de identificación lo más lejos posible, asegurando así el anonimato. Lo que no puede imaginarse, por supuesto, es que su anonimato será precisamente lo que hará que su cadáver sea consagrado como el máximo icono del patriotismo (pp. 219-223). En otra escena que recuerda mucho a la muerte de Snowden en *Trampa 22*, de Joseph Heller, el soldado Wilbur Bowden venda con cuidado lo que cree ser una herida relativamente leve en la pierna de un compañero y entonces, entre burlas y veras, lo insta a que descanse hasta que llegue el equipo de rescate. Bowden recuerda que el soldado herido, incluso mientras le habla, parece haberse quedado plácidamente dormido. Al final llegan los salvadores. Encuentran al soldado, pero resulta que ha fallecido horas antes a causa de una enorme herida en un costado que ha pasado completamente desapercibida (pp. 198-200). Sus piernas están intactas.

La mayoría de las ironías que aparecen en *Compañía K*, sin embargo, no son ni mucho menos tan palmarias. Más bien, en el ambiente se respira algo parecido a un prosaísmo irónico. Apropiándonos de la frase reveladora aplicada por Paul Fussell —que a su vez imita a ese maestro de la ironía prosaica, Thomas Hardy— para describir la experiencia de los británicos en las trincheras, podríamos decir que la guerra para los americanos de *Compañía K* es, asimismo, «una sátira de circunstancias». En efecto, gran parte del horror del libro estriba en el hecho de que el horror en sí, en última instancia, llega a parecer algo muy corriente. Los relatos se desenvuelven narración tras narración y, a menudo, el que tenemos delante desarrolla y amplía un asunto recogido en otro u otros. En su mayoría, son sencillos, sobrios, extrañamente desapasionados. Uno tras otro, estos hombres medios hablan de las cosas terribles que, en líneas generales, parecen haber sucedido por el mero hecho de que han sucedido. Después de ocupar un nido de ametralladoras, el soldado Carroll Hart descarga su arma sobre un alemán malherido que trata de sacar algo del interior de la trinchera. Hart abre la mano del hombre, pero lo que agarra no es una granada ni una pistola, sino una fotografía de una niña pequeña (p. 94). Un grupo de compañeros del soldado Philip Wadsworth conspiran con una prostituta francesa para ayudar al recatado Wadsworth a perder la virginidad. El soldado contrae una enfermedad venérea, le forman consejo de guerra y lo mandan a un batallón de trabajos forzados (pp. 142-144). El soldado Leo Brogan cuenta cómo el cervato domesticado de una niña francesa se niega misteriosamente a separarse del tragaldabas de la compañía, el soldado Hymie White. En una

escena conmovedora, la niña se niega a vender el cervato a White, pero posteriormente se lo regala. Esa misma noche, el soldado le corta el cuello al animal con un cuchillo de pan. Desde el comienzo, ha querido convertirlo en estofado (pp. 227-236).

De modo que desde el principio de *Compañía K* hasta el final, las narraciones de los soldados se transforman en una letanía de crueldad, brutalidad y degradación. Esto queda reflejado con claridad meridiana en un único incidente encajado literal y figuradamente en medio del libro y que podría considerarse la principal escena de la novela: la ejecución de veintidós prisioneros alemanes. La orden, según nos revelan varias de las narraciones, pasa del capitán al sargento, y de este al cabo que manda el destacamento. Hombres que en otras circunstancias hubieran retrocedido ahora intervienen en la matanza. El soldado Walter Drury, el único que se niega a acatar la orden y huye, acaba sentenciado a veinte años de cárcel (pp. 165-167). Su amigo, el soldado Charles Gordon, se queda y, mientras abre fuego, comprende la atrocidad del acto en toda la envergadura de su espantosa realidad. «Todo cuanto me han enseñado a creer acerca de la misericordia, la justicia y la virtud es mentira —piensa—. Pero la más grande de todas las mentiras son las palabras “Dios es Amor”. Esa es sin duda la peor mentira jamás inventada por el hombre» (pp. 168-170). Entretanto, una vez ejecutada la orden, el soldado Roger Inabinett hurga tranquilamente entre los cadáveres buscando objetos de valor y de recuerdo (pp. 171-172). El domingo, nos cuenta el soldado Howard Nettleton, reciben la orden de asistir a misa (pp. 176-177).

Al término de la guerra, los supervivientes regresan a casa y casi todos, salvo aquellos cuya estupidez o insensibilidad les ofusca el juicio, llevan consigo sus horrores íntimos y, en muchos casos, se tropiezan con otros nuevos. El soldado Everett Qualls, que intervino en la masacre, sospecha que las desgracias que han hecho estragos en su granja y en su familia forman parte del castigo que le toca recibir y se suicida (pp. 265-267). El soldado William Nugent, refiriéndose al mismo incidente y despotricando contra los «polis» y los «predicadores», acaba en la silla eléctrica por haber matado a un agente de policía (pp. 252-254). El soldado Ralph Nerion, que avanza inexorablemente hacia la locura irreversible, se retuerce evocando viejos recuerdos de las persecuciones insignificantes que sufrió en el ejército y abrigando nuevos sueños paranoicos de sedición (pp. 255-256). El soldado Arthur Crenshaw vuelve a casa convertido en un héroe, pero no consigue un

préstamo para montar una granja de pollos del mismo banquero que, el día anterior, ha hecho de maestro de ceremonias en un banquete celebrado en su honor (pp. 263-264). El soldado Walter Webster se reencuentra con su prometida pero descubre que está demasiado desfigurado para casarse (pp. 270-272). El soldado Leslie Jourdan, que antes había sido un pianista virtuoso y cuya mano ha quedado destrozada, se ha establecido en Birmingham, donde dirige una fábrica de pintura (pp. 275-276). A pesar de la metralla que todavía tiene incrustada en la cabeza, el soldado Howard Virtue asevera con vehemencia que es un hombre cuerdo —proclamando ser el mismísimo primo de Jesús— desde la soledad de su celda en el manicomio (pp. 287- 289). El soldado Manuel Burt pierde el juicio a causa de los sueños en los que lo visita un joven soldado alemán a quien ha atravesado el paladar con su bayoneta (pp. 292-300)<sup>[3]</sup>. Durante el incidente, Burt no pudo extraer la hoja que clavó en el cerebro de su enemigo. Las secuelas que sufre ahora le impiden extraer el cuchillo del recuerdo que se ha alojado en el suyo.

Mientras tanto, la vida continúa. El soldado Colin Wiltsee relata un cuento en una clase de catequesis acerca de la conversión en el campo de batalla y de la muerte hermosa, acabando con un panegírico «al Creador del universo y al presidente Hoover» y la orden de que «¡siempre debemos someternos a su voluntad sin hacer preguntas!» (p. 281). Un exoficial belicista, el teniente James Fairbrother, vitupera a los «propagandistas pacifistas» y arremete contra Japón, Inglaterra, Alemania y Francia. Se presenta como candidato al Congreso (pp. 303- 304).

Así termina *Compañía K*, con una nota de pura profecía que vincula el libro a otras obras clarividentes como *1919*, de Dos Passos, o *En nuestro tiempo*, de Hemingway. En los Estados Unidos, la política continúa como si no hubiera pasado nada. En el extranjero, los ejércitos retoman rápidamente la marcha.

En comparación, para que se cumpliera la profecía literaria de *Compañía K*, iba a hacer falta una nueva novela sumamente vanguardista sobre otra guerra mundial todavía por llegar, concretamente *Trampa 22*, de Joseph Heller. Además, es significativo que la publicación y la notoriedad de esta obra tuvieran que esperar no hasta el período subsiguiente a la segunda guerra mundial ni hasta la displicente y próspera década de los cincuenta, sino hasta los turbulentos años sesenta. Pues *Trampa 22*, en las elocuentes palabras de Alfred Kazin, aunque «en apariencia trate de la guerra entre 1941-45», se centra «realmente en la próxima guerra, y por lo tanto en una

guerra que carecerá de límites y de sentido, una guerra que terminará solo cuando no quede nadie con vida que pueda luchar» (*Bright Book of Life* [Libro luminoso de la vida], p. 83). Y a la luz retrospectiva de la próxima guerra, en concreto, que está a punto de estallar, aquella guerra encarnizada, impopular e infinitamente destructiva que entregó a las llamas una nueva generación perdida —y a su paso arrasó con todo— en las junglas de Vietnam, este podría ser el principal motivo por el cual *Trampa 22* en particular parece proyectarse de tantas maneras tan trascendentales como el correlato temático y formal de *Compañía K*<sup>[4]</sup>. Y es que por descomunales que fueran la magnitud y la masacre, la segunda guerra mundial sería recordada por la mayoría de los estadounidenses, en términos morales y políticos, como una guerra esencialmente aceptable e incluso, en la opinión de Studs Terkel, como «la buena guerra». En consecuencia, en buena parte de las «grandes» novelas bélicas (algunas de las excepciones más notables serían primero *Los desnudos y los muertos*, de Norman Mailer, y *De aquí a la eternidad*, de James Jones, y más adelante *Trampa 22* y *Matadero Cinco*, de Kurt Vonnegut), aunque el combatiente individual casi siempre sufre las formas más violentas y gráficas del desencanto y la brutalización, a la guerra en sí se le sigue otorgando un sentido de justificación global que subsume ciertas ironías y brutalidades en la idea más extendida de su necesidad a nivel individual y colectivo. Hizo falta la guerra de Vietnam para volver a poner en máximo relieve las viejas ironías, la traición de hombres jóvenes por parte de los oradores y los pronunciadores de discursos, los mandamases, los burócratas, los ideólogos y los políticos chaqueteros. E hizo falta la novela de Heller, justo en el ínterin entre la segunda guerra mundial y Vietnam, para recordar a los americanos que las viejas ironías seguramente no habían desaparecido, sino que habían sido asimiladas por un sistema generador de guerras tan omnipotente y monolítico que era capaz de absorber prácticamente cualquier forma de objeción humana. El producto, como en el caso de March, es una ironía totalizadora con una temática concomitante y resultados formales.

Las similitudes textuales básicas entre *Compañía K* y *Trampa 22* son por sí mismas asombrosas y sugerentes. Aunque no se narren en la primera persona que emplea March, casi todos los capítulos de *Trampa 22* llevan por título los nombres de combatientes individuales. A medida que se desarrolla la trama, descubrimos que gran parte de ellos ya han muerto y que sus nombres y sus experiencias han quedado completamente absorbidos por la

lista funesta de sacrificios en bien de todo un sistema inmenso, impasible y generador de guerras. Esta disposición ficticia-temporal también posibilita, igual que en *Compañía K*, una estructura narrativa que permite dar saltos en la cronología de los acontecimientos y las acciones, con incidentes, escenas, episodios e imágenes frecuentemente prefigurados mucho antes del momento en que se describen en detalle y frecuentemente repetidos más adelante en post-imágenes múltiples y variadas. En ambas novelas, estrategias como la de emplear imágenes recurrentes culminan en la confluencia de unas energías simbólicas en una única escena principal —la ejecución de los prisioneros en *Compañía K* y la muerte de Snowden en *Trampa 22*— que se transforma en la imagen maestra de la guerra mundial en general. En resumen, al igual que *Compañía K*, *Trampa 22* es una novela formada por una combinación de fragmentos individuales que se convierte en un extenso y enorme testamento de la absoluta insignificancia de la individualidad en un mundo en el que predomina la guerra moderna y producida en serie<sup>[5]</sup>.

Como quizá se haya sugerido, la ironía predominante representativa de *Compañía K* se vuelve, en *Trampa 22*, global y absorbente. La «sátira de circunstancias» literal y un tanto seria de March da un último paso en la evolución hacia la absurdidad frenética sistemática. La guerra acaba siendo una fantasmagoría bufonesca de aniquilación caprichosa, de alguna manera mareante y aterradora en la misma medida. Aquí no hay margen ni para la indignación irónica, sino únicamente la indiferencia irónica sublime. La agudeza se mezcla con la atrocidad, las culadas con los accidentes y percances horribles, que a menudo se combinan y, espantosamente, se funden. Un Dios cenutrio que, como dice el protagonista, Yossarian, seguramente no conseguiría trabajo «ni como chupatintas» (p. 212) preside la enorme comedia negra de la muerte, absorbiendo en última instancia toda la creación en sus fauces atiborradas. Sin embargo, igual que la locura que acaba impregnando *Compañía K*, el histerismo incesante de *Trampa 22* no debe impedir que apreciemos la verdadera esencia que une este libro con su predecesor. Todo está ahí, observa Yossarian, en el secreto que lee en las tripas desparramadas de Snowden: «El hombre es materia: en eso consistía el secreto de Snowden. Arrojadlo por una ventana y caerá. Prendedle fuego y se quemará. Enterradlo y se pudrirá, como cualquier otro desperdicio. Una vez desaparecido el espíritu, el hombre es basura. En eso consistía el secreto de Snowden. La madurez lo es todo» (p. 512). Se trata poco menos que de una variación posmoderna de las palabras del soldado Charles Gordon de March.



«Dios es Amor.» «La madurez lo es todo.» Las grandes citas de la literatura son mentiras vacías que se autoparodian. La ironía «literaria» de *Trampa 22*, como en *Compañía K*, nos conduce implacablemente de vuelta a su esencia temática obsesiva. Citando de nuevo las palabras perceptivas de Alfred Kazin, «la emoción más impresionante de *Trampa 22* no es su “humor negro” ni su “absurdez total”, meros artículos contemporáneos de las políticas liberales, sino el horror» (p. 84)<sup>[6]</sup>.

Como era de esperar, en la literatura sobre la misma guerra de Vietnam, no obstante, aquella dimensión profética de la obra de March iba a encontrar mayor realización creativa, sobre todo, naturalmente, entre las obras que iban a impulsar la narrativa bélica estadounidense hacia nuevas formas con límites hasta entonces desconocidos. Una de ellas fue la historia oral. Al igual que *Compañía K*, novelas como *Everything We Had* (Todo lo que tuvimos), de Al Santoli, y *Bloods* (Sangres), de Wallace Terry, están narradas por participantes individuales con sus propias voces y este efecto compuesto nos conduce hacia unos patrones más amplios de comprensión y significado<sup>[7]</sup>. Otra obra, *Nam*, de Mark Baker, fue más lejos, agrupando en varios apartados de actualidad unas narraciones compuestas de numerosas voces anónimas que nos hablan desde un amplio abanico de perspectivas, y que juntas equivalen a algo parecido a una narración maestra sobre la guerra en general. A su vez, *Vietnam Voices* (Voces de Vietnam), de John Clark Pratt, fue aún más allá y eliminó las fronteras entre la realidad y la ficción, la vida y el arte, la memoria y la imaginación. El resultado es una tragedia narrativa en cinco actos compuesta de materiales reunidos de todos lados: desde publicaciones, diarios, memorias, novelas, poemas y obras de teatro hasta órdenes de misión, declaraciones de políticos, reportajes informativos, canciones populares, anécdotas de los soldados, eslóganes publicitarios y grafitis de letrina. Quizá la mejor manera de describir el efecto de esta obra tan sumamente original sea como un asalto de los medios de comunicación. Contiene todo el horrible estruendo y barullo del ruido, el dolor, la confusión y el derroche que fue la guerra. Sin embargo, como era de esperar, el germen de aquella idea resulta haber sido expresado, prácticamente a la letra, casi medio siglo antes, y expresado, además, por la primera voz que escuchamos en esta obra de William March. Mientras repasa el libro que ha terminado acerca de la guerra —el que estamos leyendo, se supone—, el soldado Joseph Delaney piensa: «Ojalá hubiera una manera de coger estas historias y clavarlas en una gran rueda, cada una colgada de una pinza diferente hasta

que se completara el círculo. Entonces me gustaría hacer girar la rueda, cada vez más deprisa, hasta que los temas sobre los que he escrito cobraran vida, se regeneraran y formaran parte de la rueda, fluyendo los unos hacia los otros, fusionándose, desdibujándose y luego mezclándose hasta constituir un todo compuesto, un interminable círculo de dolor... Esa sería la imagen de la guerra. Y el ruido que haría aquella rueda y el ruido que harían los mismos hombres mientras reían, lloraban, juraban o rezaban sería, junto con el derrumbe de los muros, la lluvia de balas y las explosiones de proyectiles, el ruido de la propia guerra...» (p. 42). Comparemos ahora la última evolución del tema tal y como lo descubrimos en una de las obras experimentales más logradas acerca de la guerra de Vietnam, la extraordinaria *Despachos de guerra*, de Michael Herr: «Guerra santa terco yijad en el que se enfrentasen un dios que te sujetaba la piel de mapache a la pared mientras la clavabas y otro cuya indiferencia viese manar la sangre de diez generaciones, si era eso lo que tardaba la rueda en girar» (pp. 48-49).

Para citar una de las canciones populares de la época de Vietnam, sigue siendo «el círculo dentro del círculo, la rueda dentro de la rueda». Y a medida que la nueva literatura sobre Vietnam siga brotando, incluso ahora, comprobamos que Delaney tenía razón. Tal fue el poder profético de William March, el artista que lo creó.

## Obras citadas

Fussell, Paul: *The Great War and Modern Memory*, Nueva York: Oxford University Press, 1975 [en español: *La Gran Guerra y la memoria moderna*, trad, de Javier Alfaya, Madrid: Turner, 2006].

Heller, Joseph: *Catch-22*, Nueva York: Simon and Schuster, 1961 [en español: *Trampa 22*, trad, de Flora Casas, Barcelona: RBA, 2005].

Herr, Michael: *Dispatches*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1977 [en español: *Despachos de guerra*, trad, de José Manuel Álvarez y Angela Pérez, Barcelona: Anagrama, 1980].

Kazin, Alfred: *Bright Book of Life*, Boston: Little, Brown, 1973.

Keegan, John: *The Face of the Battle*, Nueva York: Viking Press, 1976 [en español; *El rostro de la batalla*, trad, de Juan Narro, Madrid: EME, 1990].

March, William: *Company K*, Nueva York: Harrison Smith and Robert

Haas, 1933 [en español: *Compañía K*, trad, de Bianca Southwood, Barcelona: Libros del Silencio, 2012].

Simmonds, Roy S.: *The Two Worlds of William March*, Alabama: University of Alabama Press, 1984.

Terkel, Studs: *The Good War*, Nueva York: Pantheon, 1984.

# La unidad

## El soldado Joseph Delaney

Hemos cenado y mi esposa y yo estamos sentados en el porche. Todavía falta una hora para que anochezca y mi mujer ha traído una labor. Es de color rosa y está llena de encaje, algo que está cosiendo para una amiga que se casará dentro de poco.

A nuestro alrededor, los vecinos riegan el césped o están sentados en sus porches, como nosotros. Mi esposa y yo hablamos con algún que otro amigo que pasa por delante y nos saluda con la cabeza o se para a charlar un momento, pero por lo general estamos callados.

Sigo pensando en el libro que acabo de terminar. Me planteo: «Por fin he acabado mi libro, pero me pregunto si he logrado hacer lo que me propuse».

Entonces pienso: «Este libro empezó siendo un testimonio de mi compañía, pero ya no quiero que sea eso. Quiero que sea un testimonio de todas las compañías de todos los ejércitos. Si el reparto y el trasfondo son norteamericanos, es porque el panorama norteamericano es el que conozco. Con otros nombres y otros escenarios, los hombres sobre los que escribo podrían ser perfectamente franceses, alemanes, ingleses o rusos, en realidad».

Pienso: «Ojalá hubiera una manera de coger estas historias y clavarlas en una gran rueda, cada una colgada de una pinza diferente hasta que se completara el círculo. Entonces me gustaría hacer girar la rueda, cada vez más deprisa, hasta que los temas sobre los que he escrito cobraran vida, se regeneraran y formaran parte de la rueda, fluyendo los unos hacia los otros, fusionándose, desdibujándose y luego mezclándose hasta constituir un todo compuesto, un interminable círculo de dolor... Esa sería la imagen de la guerra. Y el ruido que haría aquella rueda y el ruido que harían los mismos hombres mientras reían, lloraban, juraban o rezaban sería, junto con el derrumbe de los muros, la lluvia de balas y las explosiones de proyectiles, el

ruido de la propia guerra...».

Llevábamos un buen rato en silencio. Entonces habló mi esposa:

—Yo eliminaría la parte en que fusilan a los prisioneros.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque me parece cruel e injusto disparar contra unos hombres indefensos a sangre fría. Quizá haya pasado en alguna ocasión, no lo niego, pero no es típico. Dudo que ocurra muy a menudo.

—¿Sería mejor que describiera un ataque aéreo? —quise saber—. ¿Te parecería más compasivo? ¿Sería más típico?

—Sí —repuso—. Sí. Tengo entendido que eso pasó muchas veces.

—Es decir, ¿que el capitán Matlock ordene el fusilamiento de los prisioneros por el mero hecho de ser estúpido y creer que las circunstancias lo justifican te parece más cruel que un aviador que bombardea una población y mata a personas inocentes que ni siquiera luchan contra él?

—No es tan repugnante como disparar contra unos prisioneros —se obstinó mi mujer. Entonces añadió—: Ten en cuenta que el aviador no ve dónde cae la bomba ni el daño que hace, de modo que en el fondo él no es responsable. Pero los hombres de tu libro tenían a los prisioneros justo delante de ellos... No tiene nada que ver.

Solté una risa amarga:

—Tal vez tengas razón —accedí—. Tal vez hayas expresado con palabras algo tan cierto como difícil de ignorar.

Mi esposa entonces me tendió la mano y cogió la mía.

—Crees que soy dura y poco comprensiva —dijo—, pero en realidad no es así, mi amor.

Ya no dije nada más. Me quedé sentado, mirando a los niños de los Ellis, que chillaban y reían y jugaban en el césped de su jardín al otro lado de la calle. Era comienzos de junio y una ligera brisa arrastraba consigo la fragancia de claveles y gardenias. Poco a poco oscureció y mi esposa guardó la labor, bostezó y se frotó los ojos. Estábamos rodeados de los jardines verdes y cuidados de nuestros vecinos, repletos de plantas en flor y arbustos agrupados contra los muros y las vallas. Aquella suavidad verde y fluida que se abría ante nosotros me hizo recordar, por algún motivo, los viejos campos de batalla que he visto...

Es fácil distinguir un viejo campo de batalla donde muchos hombres han perdido la vida. La primavera siguiente, la hierba crece más verde y más lozana que la del paisaje circundante; las amapolas son más rojas, los acianos

más azules. Brotan por todo el campo y por las paredes de los hoyos formados por los obuses al explotar, y se inclinan, casi rozándose, encima de las trincheras abandonadas, creando una masa de color que se mece todo el día según cómo sopla el viento. Borran los fosos y las cicatrices de la tierra desgarrada y la convierten de nuevo en una superficie suave y ondulada. Tomemos un bosque, por ejemplo, o un barranco: al cabo de un año uno jamás podría llegar a imaginar todo lo que ha ocurrido allí.

Revelé mis pensamientos a mi esposa, pero ella expuso que no era difícil comprender lo que pasaba en los campos de batalla: la sangre de los hombres muertos en combate y los cuerpos que quedaban enterrados en ellos fertilizaban la tierra y estimulaban el crecimiento de la vegetación. Era de lo más natural, dijo.

Sin embargo, yo no estaba de acuerdo con tan sencilla explicación: a mí siempre me ha parecido que Dios está tan asqueado de los hombres, y de la infinita crueldad que se infligen unos a otros, que cubre cuanto antes los lugares en los que han estado.



## El soldado Rowland Geers

Había nevado sin cesar y el campo de Virginia estaba blanco e inmóvil. Con ese tiempo era imposible realizar los ejercicios en formación cerrada, así que el capitán Matlock nos llevó a dar una larga caminata por las montañas. Durante el camino de vuelta estábamos tan animados que empezamos a doblar el tiempo por propia iniciativa, gritando a voz en cuello y lanzándonos bolas de nieve. Llegamos a la cumbre de la colina y, a nuestros pies, en el valle, ya se discernían las primeras luces del cuartel. De repente, Ted Irvine dio un grito y echó a correr cuesta abajo, y en un santiamén todos rompimos filas y salimos detrás de él, empujándonos y riendo y metiéndonos en las barracas.

Faltaba una hora para la cena, de modo que Walt Webster y yo decidimos ir a darnos un baño, pero cuando llegamos al lavabo descubrimos que no había agua caliente y durante unos minutos esperamos ahí, desnudos y tiritando de frío. Entonces, conteniendo la respiración y a toda prisa, nos duchamos con agua fría, dando saltos y pegándonos el uno al otro en el pecho hasta que una agradable sensación de calor empezó a recorrernos el cuerpo entero.

—Esto es maravilloso —dije—. ¡Es maravilloso, Walt!

Pero Walt, que estaba cantando disparates a grito pelado, simplemente porque era joven y rebosaba vida, se paró en seco, me levantó con sus poderosos brazos, me llevó hasta la puerta de la caseta e intentó arrojarme a un montículo de nieve. Yo, sin embargo, lo rodeé fuertemente con las piernas y los dos caímos juntos al montículo. Nos revolcamos en la nieve, forcejeando y riéndonos. Los otros nos vieron desde la barraca y minutos después todos los hombres de la compañía se desnudaron y se echaron a la nieve entre gritos de euforia.

Walt se levantó, se dio unas palmadas en los muslos y se puso a cacarear

como un gallo.

—¡Que salga el ejército alemán entero! —clamó—. ¡Que salgan todos a la vez, o uno por uno, que yo solito les daré su merecido!

## El cabo Jerry Blandford

Sentada a mi lado en la barra había una chica de aspecto dulce, o, mejor dicho, una mujer adulta de unos veintiocho o treinta años. Nos pusimos a hablar. Alargué la mano y le cogí la nota, pero ella fingió molestarse.

—Creo que la que debería pagar la cuenta soy yo —se opuso, riéndose.

Salimos del local y echamos a andar calle abajo. Le confesé que, a pesar de las ganas que había tenido de disfrutar de unos días de permiso, me sentía decepcionado. No era tan divertido cuando uno no conocía a nadie. Como no tenía adonde ir, caminé en la misma dirección que ella, pero finalmente me dijo que había llegado el momento de separarnos.

—En fin, adiós —me dijo, ofreciéndome la mano.

—No me dejes —le pedí—. Acompáñame al hotel y quédate conmigo. No pretendo insultarte —le aseguré—. Te respeto. Mi intención no es insultarte.

Vaciló durante un minuto y negó con la cabeza.

—Solo quiero que estés a mi lado —insistí—. Quiero sentir el olor a colonia en el cuerpo de una mujer y verla con el cabello suelto. No te haré nada que no quieras. Ni siquiera te tocaré, a no ser que me des permiso...

—Debes de tener un concepto muy poco favorable de mí para pensar que soy una de esas mujeres que se conquistan en la calle.

—No —repliqué—. Yo te respeto. Si no te respetara no te pediría que vinieras conmigo. Si buscara una mujer de la calle, podría conseguir cincuenta, y lo sabes. A ti te respeto —reiteré—. Te lo digo en serio.

Se quedó donde estaba, mirándome. Entonces negó una vez más con la cabeza.

—Lo siento —dijo.

—La semana que viene me mandan al otro lado —le expliqué—. Es posible que me maten de aquí a un mes. Es posible que sea mi última

oportunidad de estar con una mujer decente...

De repente la mujer se decidió.

—Muy bien. Vendré. Estaré contigo cada minuto del tiempo que te queda de permiso. Ve a buscar tus cosas e iremos a otro hotel, donde nos registraremos como marido y mujer.

—Procuraré no avergonzarte. Mantendré mis promesas y no diré nada al resto de los muchachos.

—No me importa —repuso—. No me importa quién se entere. No vendría contigo si me importara todo eso.

Entonces me cogió del brazo y nos alejamos.

## El cabo Pierre Brockett

Todos sabíamos que por regla general no servían a los soldados uniformados, pero el bar en cuestión estaba en un lugar apartado y contamos con poder convencer al camarero. Así que entramos los tres juntos y nos pusimos a la cola.

—Bien, ¿y qué desean estos caballeros? —nos preguntó el camarero cortésmente.

—Yo, un whisky de centeno sin hielo —dije.

—Yo otro, y una cerveza para después —dijo Bill Anderson.

—Yo tomaré un whisky escocés —dijo Barney Fathers.

El camarero cogió una botella y volvió a dejarla.

—A ver, chicos, ¿tenéis mucha prisa? —preguntó.

—No —respondimos al unísono—. En absoluto, ¡tenemos tiempo de sobras!

—Estupendo, pues —dijo el camarero—. Quedaos allí donde estáis hasta que termine la guerra y entonces estaré encantado de servir esas copas.

## El soldado Archie Lemon

El cuarto día en alta mar cayó en domingo y aquella mañana el capitán decidió celebrar la misa en la cubierta. Corría el mes de diciembre, pero el sol brillaba sobre el agua que nos rodeaba y la luz que se reflejaba en el latón del buque nos deslumbraba. Con ese sol casi hacía demasiado calor para los abrigos que llevábamos. Nos quedamos un rato de pie antes de que empezara el oficio. Fue muy sencillo: un salmo, una oración y un brevísimo sermón. Luego, antes de acabar, una bendición en la que el capellán pidió a Dios que nos llenara el corazón de valor y los brazos de fuerza para derribar a nuestros adversarios. Precisó que no éramos soldados en el sentido estricto de la palabra, sino cruzados que habíamos consagrado nuestras vidas y nuestras almas a nuestra patria y a nuestro Dios para que jamás se destruyeran las cosas que veneramos y consideramos sagradas.

Cuando regresamos a nuestras dependencias, todos estábamos callados y meditabundos. Nos tumbamos en las literas, pensando en las palabras del capellán. Sylvester Keith, cuya litera estaba al lado de la mía, me dio un cigarrillo y encendió otro para él.

—El capellán no anda equivocado —dijo—. O sea, respecto a lo de salvar a la civilización y consagrar nuestras vidas a la patria.

Bob Nalls se había acercado y se sentó con nosotros:

—He estado dándole vueltas a lo que ha dicho en cuanto a que esta sea la guerra que acabe con la injusticia. A mí no me importa que me maten por intentar conseguir algo así. No me importa, porque la gente que viene después de mí podría vivir feliz y en paz...

Nos quedamos allí, fumando nuestros cigarrillos y reflexionando.

## El cabo Walter Rose

Una vez a bordo del buque, me nombraron vigilante especial de submarinos. Proveyeron a cada hombre del destacamento de unos prismáticos y nos asignaron un ángulo específico del agua que teníamos que observar, asegurándonos de que el horizonte estuviera vigilado a todas horas. Mi ángulo era de 247 a 260 grados y en la torre estaba con Les Yawfitz, cuyo ángulo seguía al mío. Cada uno teníamos un teléfono al lado que comunicaba con la sala de máquinas, en el piso inferior, y con la dotación del cañón, en estado de alerta en la cubierta.

A media tarde, un día que llovía y hacía frío, vi un cajón de tomates flotando en el agua. Lo observé durante largo rato, tratando de determinar si se desplazaba con la marea. Entonces, cuando casi me había convencido de que sí, me di cuenta de que se había corrido casi medio metro hacia atrás, en sentido opuesto a la dirección de las olas. Cogí el teléfono e informé a los artilleros y a los ingenieros de que había un periscopio oculto bajo el cajón. El buque se viró rápidamente hacia un lado al mismo tiempo que los artilleros abrieron fuego. De repente vimos cómo el submarino afloraba, oscilaba y volcaba envuelto en una explosión de vapor.

Todo el mundo vino a felicitarme y a preguntarme cómo había sabido que el cajón de tomates camuflaba un periscopio. En realidad, no tenía ni idea; acerté y nada más. Así que me convertí en un héroe inteligente y me concedieron la Cruz de la Armada. Si me hubiera equivocado y debajo del cajón hubieran dado con agua, me habrían tildado de idiota; habría sido una vergüenza para el cuerpo y lo más probable es que me hubieran metido en el calabozo. A mí nadie me toma el pelo.

## El soldado Samuel Updike

Nos sentó de maravilla pisar tierra firme de nuevo tras catorce días a bordo del atestado buque. Las tachuelas de nuestras botas trapaleaban contra los adoquines mientras nos paseábamos tranquilamente por la calle mayor de la población y subíamos la colina que llevaba al cuartel. Hacía frío, pero había salido el sol y todos estábamos animados y con ganas de divertirnos. Nos reíamos e íbamos dándonos empujones. Entonces Rowland Geers le dio su petate y su rifle a Fred Willcoxon y se puso a hacer saltos de manos y otras payasadas. Los franceses, sin embargo, se quedaron mirándonos boquiabiertos y con expresión anonadada. No se parecían en nada a las multitudes americanas: tratamos de bromear y arrancarles una carcajada, pero nadie reaccionó. Continuaron observándonos como si estuviéramos locos hasta que apartaron la mirada.

—¿Pero qué le pasa a esta gente? —se extrañó Tom Stahl—. ¿Qué ha sido de su energía? ¿Dónde está su espíritu?

—Todos van vestidos de negro —señalé—. Cualquiera diría que acaban de salir de un funeral.

En ese momento, una mujer de la multitud, de pie junto a la acera, me contestó con un cerrado acento inglés:

—La gente que viste de negro está de luto —dijo como si se dirigiera a un niño—. Estamos en medio de una guerra, ¿sabe?

—Vaya, ¡no me había dado cuenta! —repuse—. Disculpe. ¡Lo siento de verdad!

La mujer inglesa, sin embargo, se había vuelto y estaba alejándose.

Desde entonces, he pensado en numerosas ocasiones que debimos de parecerles una pandilla de patanes.



## El sargento Michael Riggin

Una cosa que me desconcierta de estos novatos es por qué se empeñan en escribir cartas a casa y en recibir paquetes de sus madres y sus novias. Eso no se veía en los viejos tiempos, cuando yo entré en el servicio. La mayoría de los muchachos de entonces no tenían a quién escribir y las únicas cartas que recibían eran las de las meretrices a las que conocían mientras estaban de permiso. Pero, como ya he dicho, estos novatos se pasan la vida escribiendo y enviando cartas. No lo entiendo.

Yo me crié en un orfanato. No había ninguna oportunidad de que alguien criado en un orfanato bajo la custodia de la señora MacMallow echara de menos su casa... Jamás me olvidaré de esa vieja alimaña. Tenía el rostro alargado y huesudo y los dientes amarillos. Se recogía el cabello de forma que le quedara aplastado contra la cabeza con la ayuda de unas horquillas. Su voz era áspera y angustiada. No trataba bien a ninguno de los niños, pero solía meterse más conmigo que con los demás. Bien, me imagino que yo también le causé más problemas que los demás. Decía que iba a quebrar mi terquedad, y supongo que lo habría conseguido si no me hubiese escapado cuando tenía catorce años porque ya no la soportaba más.

No es que me pegara. Nunca lo hizo. (A no ser que me lo hubiera ganado a pulso, y aun así dolía poco.) Pero era mezquina... Para poner un ejemplo, cuando tenía nueve años me corté el pie con un cristal y el médico tuvo que coserme la herida. Esa noche, la señora MacMallow vino al hospital para ver cómo estaba. (Ella siempre cumplía con todo lo que consideraba su deber, eso sí.) Traía un plato de sopa de macarrones, porque sabía que era mi comida preferida. Cuando me di cuenta de que había preparado aquella sopa especialmente para mí, alargué las manos y tiré de ella hacia abajo para que se sentara a mi lado en la cama. Quería que me estrechara entre sus brazos y que me diera un beso, pero no sabía cómo pedírselo, así que me incliné hacia

ella y traté de besarla. La mujer apartó la cara y me quitó las manos de su brazo.

—Michael Riggin, ¡cuántas veces tengo que recordarte que te limpies las uñas! —me regañó.

Entonces cogí el plato de sopa y lo lancé al otro lado de la sala. No hubiese tomado ni una cucharada aunque mi vida dependiera de ello.

A eso me refiero cuando hablo de los muchachos que se pasan el rato escribiendo cartas a los suyos. No lo entiendo. No son más que tonterías. Cualquiera que se preocupe por otro es un pobre idiota, en mi opinión. A mí todo me importa un comino: aprovéchate de todo lo que puedas, eso es lo que yo digo, y no des nada a cambio, si de ti depende.

## **El sargento Theodore Donohoe**

Si trabajaras en una tienda de comestibles o para un fabricante de golosinas, o incluso para una funeraria, y te dedicaras a hablar de la pésima calidad de los comestibles o de las golosinas que vende tu jefe, o de lo poco satisfactorios que te parecen los funerales, a no ser que fueras bobo no esperarías un ascenso ni un reconocimiento dentro de la empresa o la profesión, ¿verdad? Y entonces, ¿cómo, por el amor de Dios, se atreven unos hombres normalmente inteligentes como Leslie Yawíitz y Walter Rose a hablar con tanto desprecio de la mala administración, del derroche o de la insensatez de la guerra, y luego esperar recibir ascensos y condecoraciones y mostrarse hoscos y descontentos cuando estas cosas no les llegan?

La guerra es un negocio como cualquier otro, es evidente, y para llegar a alguna parte hay que ajustarse a sus peculiaridades y jugar las cartas tal y como te han sido repartidas.

## El capitán Terence L. Matlock

Una vez que se hubieron reunido los sargentos de mi sección, les leí la orden que concedía permiso a cincuenta hombres de cada compañía:

—Los camiones recogerán al grupo que se marcha de permiso esta tarde a las dos en la sede del regimiento y los mismos camiones esperarán a los hombres en Celles-le-Cher, delante de la Asociación Cristiana de Jóvenes, hasta el domingo a las ocho de la tarde —los informé.

Entonces repasamos la lista de la compañía, pelotón tras pelotón, y escogimos a los hombres que se marcharían. El sargento Dunning miró el reloj. Eran las once y diez.

—Pues los muchachos tendrán que espabilarse si quieren coger el camión de las dos —dijo.

Los otros sargentos también hicieron ademán de alejarse, pero los detuve.

—Antes de irse de permiso, quiero que sus hombres pulan sus equipos, que limpien y lubriquen los rifles y que laven su ropa de recambio y la tiendan a secar.

Los sargentos me saludaron y se volvieron para irse.

—Sí, señor —dijeron.

—Un momento —continué—. No tan deprisa. A las doce y media pasaré por el cuartel a inspeccionar los rifles y el equipo de los hombres que tienen permiso. A la una, hagan que cada hombre se presente ante mí, delante de mi despacho, con la ropa de recambio lavada y escurrida. ¡Y díganles que mejor que esté bien limpia!

A la una en punto los hombres hicieron fila delante de mi despacho con los uniformes raspados y cepillados, los rostros brillantes. Había llovido la noche anterior y habían atravesado cuidadosamente el patio embarrado, procurando no ensuciarse las botas, que habían limpiado con una mezcla de

hollín y cera. Del brazo de cada hombre colgaban las prendas recién lavadas.

Estaba sentado a una mesa en el patio. A mi lado estaban el sargento Boss, mi primer sargento, y el cabo Waller, mi administrativo, que se había encargado de rellenar los pases para que estuvieran listos para los hombres. El primero de ellos, el soldado Calhoun, se aproximó y dejó el uniforme sobre la mesa. Lo abrí para examinar las costuras.

—¿A estos calzones los llama usted limpios? —pregunté.

—Es moho —repuso—. Por más que lo he intentado, no he conseguido quitarlo, señor.

—En ese caso, vuelva e inténtelo un poco más —ordené.

Calhoun dio media vuelta y, en ese momento, alguien hacia el final de la fila hizo una pedorreta.

—¿Quién ha sido? —quise saber.

Nadie respondió.

El segundo hombre había dejado su ropa encima de la mesa. La cogí y la arrojé al fango sin mirarla. A medida que iban presentándose los hombres con sus uniformes, los arrebaté de sus brazos y los lancé al charco de barro. Después cogí los permisos que había preparado Waller y los rompí en pedacitos que luego esparcí sobre un estercolero.

—Cuando hayan aprendido a mostrarse más respetuosos con su comandante, las cosas nos irán mucho mejor a todos

## El primer sargento Patrick Boss

He cubierto mi cupo de unidades lamentables desde que me alisté, pero esta se lleva la palma. En los viejos tiempos los hombres sabían batallar y sabían cómo cuidarse. Eran tipos duros, es cierto, pero entendían de disciplina y respetaban a los oficiales que les mandaban porque los oficiales también los respetaban a ellos. Para empezar, solo para alistarse ya hacía falta ser un número uno: en aquellos tiempos no aceptaban a cualquiera. Pero ahora nadie pone impedimentos, es evidente. Solo hay que fijarse en la chusma que se presenta. Ahora mismo, la mitad de ellos no entiende la diferencia entre «sobre la derecha en línea» y «alinearse por la derecha». Una parte de la compañía empieza a ejecutar una orden, otra parte acata otra y algunos se quedan donde están, mirando con impotencia a su alrededor. He intentado por todos los medios que les entre en sus cabezas huecas. Lo he probado una y otra vez. ¡Dios mío! ¡De veras que uno acaba subiéndose por las paredes!

En los viejos tiempos solía decirse que una compañía dotada de un buen primer sargento no precisaba capitán. Me imagino que debe de ser verdad. No pretendo echarme flores, pero, si no fuera así, no sé qué sería de uno que yo me sé, o sea, del imbécil de Terry, ¡ese prodigio quincallero de los galones! ¿Cómo consiguen los hombres como él un grado de oficial, para empezar? No me lo explico. No lo entiendo. Bien, de todas formas, pienso largarme de esta unidad en cuanto acabemos aquí. No tiene nada que ver con los viejos tiempos, cuando la dignidad de un hombre existía de verdad.

## El soldado Roger Jones

Jamás he visto unas trincheras tan tranquilas como durante aquellos días en Verdún. No había ni un alemán a la vista y, salvo los tiros de ametralladora que iban disparando de forma esporádica y algún que otro cohete, nada hacía pensar que pudiera haber alguien delante de nosotros. Tras un silencio, de pronto salía zumbando un cohete y la ametralladora trapaleaba una o dos veces. Unos minutos después, salía otro cohete del extremo opuesto de la trinchera acompañado de otra docena de balas de ametralladora.

Los muchachos se inventaron una historia según la cual no había nadie delante de nosotros; solo un anciano, que iba en bicicleta, y su esposa, que tenía una pata de palo. El hombre bajaba por las pasarelas de madera en bicicleta y su mujer iba detrás, armada con la ametralladora. El hombre entonces se paraba a lanzar un cohete y su esposa disparaba. Después volvían a empezar y se pasaban la noche dando vueltas.

Los muchachos hablaron tanto del viejo alemán y de su esposa de la pata de palo que, con el paso del tiempo, todos nos convencimos de que existían de verdad.

—Qué típico de un alemán obligar a su esposa a correr detrás de él cargando con todo el peso del arma —dijo Emil Ayres una noche—. Tengo entendido que también tienen por costumbre zurrar a sus mujeres.

—¡Eso es mentira! —saltó Jakie Brauer, cuyos padres habían nacido en Alemania—. ¡Los alemanes tratan tan bien a sus mujeres como los americanos o como cualquiera!

—¿Y por qué no lleva él la ametralladora de vez en cuando? —preguntó Emil—. ¿Por qué no se encarga él del arma y deja que la anciana monte en la bicicleta?

## El soldado Carter Atlas

Para desayunar: un café poco cargado, una fina rebanada de pan y un cazo de sopa aguada; para almorzar: dos patatas recocidas con restos de tierra todavía pegada a la piel, un pedazo de carne del tamaño del dedo gordo de un hombre y una cucharada de mermelada; para cenar: más café, aún menos cargado, y un cuenco lleno de arroz sin sazonar. ¿Cómo se supone que un hombre puede resistir con tales raciones? ¡Pero cualquiera trata de conseguir más! ¡Pobre de aquel que lo intente!

Pensaba continuamente en la comida: recordaba todos los platos sabrosos que había comido en mi vida y me imaginaba todos los alimentos extraños, como las trufas y los escribanos hortelanos, sobre los que había leído pero que nunca había probado. Incluso llegué a planear lo primero que comería en cuanto saliera, pero pensar en aquellas cosas a todas horas me producía tanta hambre que estuve a punto de volverme loco. Cuando cerraba los ojos veía un filete de ternera grueso y succulento, asado a la parrilla hasta dorarse, con un trozo de mantequilla derritiéndose por encima hasta mezclarse con su jugo. Veía el filete rodeado de patatas fritas recién hechas y olía su sabor con la misma nitidez que si me hubiesen puesto el plato delante. Me tumbaba en la litera con los ojos cerrados, regocijándome en ese filete. «Dentro de unos minutos lo cortaré y empezaré a comer», pensaba.

Entonces el destacamento volvió a las trincheras. Traía consigo la cena en unas latas de comida reglamentarias. Otra vez tocaba arroz, frío y pegajoso. Cuando el sargento Donohoe me dio mi ración, cogí el cuenco y, a pesar del hambre que tenía, lo lancé al barro. Luego regresé al refugio subterráneo, me eché en la litera y lloré como un niño. ¡Si me dieran un buen plato de vez en cuando, esta guerra no me molestaría tanto!



## El soldado Lucien Janoff

Mis problemas se remontaban a aquellos zapatos que el oficial de suministros me entregó en Saint-Aignan. Me iban tres tallas grandes y parecían hechos de hierro fundido. Siempre que hacía una caminata terminaba con los talones ampollados. Me dolían a todas horas. Después de un tiempo se me formaron callos y dejaron de ampollarse, pero cuando desaparecieron las ampollas me dolían incluso más que antes. No podía ni tocármelos, así de intenso era el dolor.

Finalmente, Roy Winters dijo que creía que tenía pus debajo de los callos y que por eso me dolían tanto los talones. Me aconsejó que fuera al puesto de socorro a que me los abrieran.

—¡Estamos listos! —repuse—. ¡Ni soñarlo! Como si no supiera qué harán conmigo esos principiantes. Me llenarán de cloroformo y al despertar me habrán cortado los pies a la altura de los tobillos... «¿De qué demonios te quejas? —me preguntarán—. Ya no te duelen los talones, ¿verdad?» Eso es lo que me dirán. A mí no me engaña nadie...

Así que Roy se ofreció a abrirme los talones él mismo para quitarme el pus, si creía que podía soportarlo. Le dije que adelante. Le aseguré que lo aguantaría, no faltaba más. Un tipo llamado Rufe Yeomans y un tal Charlie Upson me sujetaron las piernas para evitar sacudidas. Les prometí que echaría la cremallera. Y no dije ni pío mientras Roy cortaba, pero cuando me raspó el hueso chillé. No pude evitar soltar algún grito, supongo.

## El soldado Thomas Stahl

En Merlaut, donde estábamos alojados, Wilbur Halsey y yo estábamos sacando agua del pozo cuando se soltó el cubo y cayó ruidosamente al fondo.

—Espera un momento —dijo Wilbur—. Iré a la casa a decírselo a la anciana y le pediré otro cubo.

Unos minutos después salió la señora, arrancándose los pelos y dándose golpes en el pecho, con Wilbur a la zaga, tratando de explicarle qué había pasado. Cuando la anciana llegó al pozo, Wilbur y yo las pasamos moradas para impedir que se tirara a por el cubo. La mujer estaba cada vez más alterada.

Alian Methot, que domina el francés, salió de la casa y le aclaró que había sido un accidente y que Wilbur y yo estábamos dispuestos a pagarle el cubo, pero la anciana le golpeó la mano, haciendo caer el dinero, y se echó al suelo. Mientras tanto un grupo de franceses se había congregado alrededor. Miraban por encima de la valla y la mujer nos señaló y se puso a vociferar. Los franceses chasquearon la lengua y, uno por uno, se acercaron al pozo y se asomaron, moviendo la cabeza con gesto de disgusto y extendiendo los brazos.

—Menudo cubo tenía que ser —observó Wilbur—. Viendo cómo se comportan, cualquiera diría que era de platino.

Al día siguiente, todos los habitantes de la población habían acudido a asomarse al pozo, a escuchar las penas de la anciana y a compadecerse de ella. Por la tarde, cuando recibimos la orden de traslado, había una multitud alrededor del pozo, como si esperaran que el cubo saliera de un salto por impulso propio. La mujer, mientras tanto, se secaba las lágrimas con el dobladillo de la enagua.

—Todo esto me está sacando de quicio —dijo Wilbur—. No me faltan ganas de largarme de aquí. Esta gente está chiflada.

## El sargento James Dunning

Al teniente Fairbrother, recién destinado a mi sección, se le ocurrió una manera de encontrar los nidos de ametralladoras en la oscuridad. Sugirió que cuatro o cinco hombres se llenaran los bolsillos de piedras y que avanzaran sigilosamente por las líneas alemanas hasta que se toparan con un grupo de arbustos o un montículo que se les antojara sospechoso. Entonces debían arrojar un par de piedras hacia allá. Si hubiera una ametralladora oculta, el lanzamiento de las piedras enfurecería tanto a los artilleros que se pondrían a disparar, con lo que su posición quedaría al descubierto. A nadie se le escapó una sola sonrisa mientras se dirigía a la sección, pero cuando se hubo marchado del dormitorio nos echamos a reír.

—Pues yo sugiero que uno de nosotros lleve un cohete en la mano derecha —propuso Frank Halligan—. Así, cuando los artilleros se pongan a disparar, nuestro hombre solo tiene que sujetar el cohete entre el dedo gordo y el índice hasta que una de las balas le dé y lo inflame. El cohete entonces sale volando hacia el cielo y cae al otro lado de las líneas alemanas, don de se encuentra el káiser, prendiendo Cruces de Hierro a un regimiento. Y, mientras cae el cohete, el káiser se inclina hacia delante y la punta del cohete incandescente le da de lleno en su trasero militar. El káiser se endereza de golpe y se frota las posaderas con las manos, creyendo que alguien le acaba de propinar una patada y que sus hombres se han amotinado. Su majestad se asusta y echa a correr hacia nuestras líneas. Al ver que corre, el ejército alemán entero forma filas detrás de él y trata de explicarle qué ha pasado, pero el káiser se niega a escuchar: sigue corriendo hasta que llega al río Marne, donde salta, en un intento de cruzarlo, pero se queda corto y muere ahogado. El ejército alemán entero, por cortesía, se zambulle detrás de él. Todos mueren ahogados, se acaba la guerra y nosotros regresamos a los Estados Unidos.

Albert Nallett se levantó y cerró la puerta.

—Que nadie le oiga hablar así, sargento —le advirtió—. Si los de la división se enteran de esa mente militar tan prodigiosa que tiene, se verá con los hombros repletos de galones y un correa de oficial alrededor de la cintura en menos que canta un gallo.

## El sargento Wilbur Tietjen

Solía apostarme en la línea, con el fusil atado al hombro y el cañón apoyado en el terraplén, y miraba a través de las miras telescópicas a las trincheras alemanas, a casi un kilómetro de distancia. (Un francotirador debe tener paciencia; se trata de un don tan importante como el de disparar bien.) Y allí me pasaba horas tumbado, examinando la línea alemana, que parecía desierta. «Seguro que hay hombres allí —me decía—, y en algún momento uno de ellos se descuidará y se asomará.» Y, efectivamente, tarde o temprano aparecía una cabeza por encima de la trinchera o un hombre salía a gatas al exterior durante unos instantes.

Entonces calculaba la resistencia al viento y la elevación, alineaba las miras, relajaba los músculos, tomaba aliento y apretaba el gatillo muy lentamente. La mayoría de las veces, el hombre a quien apuntaba se levantaba de un brinco y giraba un par de veces antes de desplomarse. Parecía muy cómico desde donde estaba yo, como un soldado de plomo tallado que caía derribado por el viento.

Era el mejor fusilero del regimiento, o eso decían todos. Una vez, en julio, di a nueve hombres de los doce que tenía delante. El coronel estaba en la línea esa tarde y, junto con su edecán, observaron mis tiros a través de sus potentes gemelos. Me pusieron por las nubes cuando le di al noveno y yo sonreí como un paladín. Y es que aquellos hombres estaban tan lejos que no parecía que matara a nadie, en realidad. De hecho, nunca los había considerado hombres, sino muñecos, y resultaba difícil pensar que algo tan pequeño pudiera sentir dolor o pena. Si por ejemplo hubiera una raza humana que midiera menos que el dedo gordo de la mano, digamos, ni la persona más bondadosa del mundo iba a lamentarlo si pisaba a alguno de esos hombrecitos. Cuando se me ocurrió la idea, se la conté a Alian Methot, pero me dijo que ya la había usado otro en un libro.

—Bueno, pues es cierto, por mucho que se haya escrito un libro sobre  
ello —repuse.

## El soldado Jesse Bogan

Llegamos a una larga colina con forma de semicírculo y nos pusimos a excavar la ladera protegida. Más abajo, los alemanes estaban bombardeando un pueblecito llamado Marigny. Veíamos a la gente que salía corriendo de sus casas haciendo gestos raros y se precipitaba por las calles estrechas hasta reunirse con la línea que había ocupado la carretera. Seguimos excavando en la ladera opuesta de la colina y esperamos.

Era finales de mayo y todo el campo estaba verde y lozano. Abajo, en el valle, los árboles frutales habían florecido, creando unas vetas rosas, blancas y rojas que atravesaban el valle y unas manchas coloridas que salpicaban la ladera. Luego la niebla se asentó sobre el valle y poco a poco se hizo de noche.

Los alemanes habían dejado de bombardear el pueblo. Yacía en ruinas más abajo. El teniente Bartelstone se acercó:

—¡A ver, chorlitos! Recojan sus cosas. Cuando anochezca del todo nos vamos al bosque —nos informó, y entonces se volvió hacia el sargento Dunning—: La consigna es detener a los alemanes e impedir que avancen ni un centímetro más.

—En fin —dijo Alex Marro una vez que se hubo marchado el teniente —, una orden breve y concisa.

—¿Cómo se llama este sitio? —quiso saber Art Crenshaw.

—Ni idea —repuso el sargento Dunning—. ¿Qué más da?

—Le he hecho la misma pregunta a un francés en la carretera —intervino Alian Methot—, y me ha dicho que estamos en el bosque de Belleau.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo el sargento Dunning—. Recojan sus equipos y dejen ya de darle a la sinhuoso.

## El soldado Philip Calhoun

Al de Castro y yo estábamos agachados en un hoyo formado por un obús, emocionados y mirando cómo los artilleros alemanes destrozaban Marigny. Un perro sobrecogido por las bombas estaba agazapado al lado del lavadero comunitario. Tenía el rabo entre las patas y el pelo que le cubría el lomo rígido y erizado. Le lloraban los ojos y babeaba sin parar. De vez en cuando se ponía a dar vueltas rápidamente, formando un círculo, tratando de morderse la cola. De repente se detenía, extenuado, y hacía ademán de mordisquear el aire débilmente a derecha e izquierda. También levantó el hocico hacia el cielo en un par de ocasiones y abrió la quijada, pero el ruido de su voz se ahogó en el ruido del bombardeo.

Al final quedó poco del pueblo: apenas una pared de piedra caliza blanca en la que vimos un cuadro religioso dentro de un marco dorado que mostraba una corona de espinas y un corazón sangrante del que ascendían unas llamas. Al lado, colgado de un gancho de madera, había un abrigo amorfo de campesino. Me tumbé boca abajo y miré fijamente la pared.

Las bombas caían cada vez con más frecuencia y el perro asustado se puso de nuevo a dar vueltas y a perseguir su propia cola. La pared blanca tembló y cayeron algunas piedras. Cuando volví a alzar la mirada, el abrigo se había deslizado del gancho y yacía extendido sobre el polvo como un murciélago muerto. De pronto, cesó el bombardeo y el silencio que se produjo fue espantoso. El perro olfateó el aire. Con toda la voz que le quedaba se puso a aullar.

Entonces me levanté y cogí el petate. Unos segundos después, Al estaba a mi lado. Pasamos unos instantes mirando la pared blanca, que seguía en pie, y el cuadro sagrado, que estaba intacto en su sitio.

Al se acercó a la pared y la contempló con curiosidad.

—¿Por qué ha quedado solo esta pared? —preguntó—. ¿Por qué se ha



salvado esta y ninguna más?

Mientras estaba allí, colocándose el petate y tratando torpemente de ajustar la hebilla oxidada de su cartuchera, oí un ruido desgarrador y un fuerte estallido. La pared se derrumbó levantando una nube de polvo, asfixiando el corazón del que ascendían las llamas y con ello a Al, que murió aplastado bajo su peso.

## El soldado Edward Romano

Me encontraba en el puesto de observación cerca de la colina 44 y llovía. No hacía nada de viento y las gotas caían a plomo. Hacia el norte se veían destellos, como fucilazos por todo el horizonte, y se oían los gruñidos apagados de las baterías en la lejanía. Agachado donde estaba en la trinchera, empapado y aterido, pensé: «Por aquí todo está tranquilo esta noche, pero en el norte están ocurriendo cosas terribles. Allí, en este mismo instante, los hombres están muriendo despedazados o a bayonetazos».

De repente salió disparada una bengala Very, fragmentando el cielo con un suave beso, y bajo su luz vi las vallas intrincadas hechas de alambre de púas oxidado. También me fijé en las lentas gotas de lluvia que brillaban como cristales contra la luz y caían formando líneas rectas y exactas sobre el campo. Me tumbé, acurrucado y tembloroso, en la trinchera poco profunda con el fusil aplastado contra mi cuerpo. La lluvia también empapaba los cadáveres de los hombres enterrados a toda prisa y el aire se inundó de hedor a descomposición.

Vi a un hombre que se acercaba a mí, erguido e impertérrito. Iba descalzo y sus hermosos cabellos eran largos. Alcé el fusil para matarlo, pero cuando me di cuenta de que era Cristo volví a bajarlo.

—¿Me habrías hecho daño? —me preguntó con tristeza.

Le dije que sí y empecé a blasfemar:

—¡Debería darte vergüenza dejar que siga todo esto! ¡Debería darte vergüenza!

Entonces Cristo extendió sus brazos hacia el campo anegado, hacia la alambrada enredada, hacia los árboles chamuscados cual dientes en una mandíbula macilenta.

—Dime qué debo hacer —dijo—. ¡Dime qué debo hacer, si lo sabes!

En ese momento me puse a llorar y él lloró conmigo y nuestras lágrimas

fluyeron con las lentas gotas de la lluvia.

A medianoche llegó el relevo. Era Ollie Teclaw y quise decirle lo que había visto, pero sabía que lo único que iba a conseguir era que se mofara de mí.

## El teniente Edward Bartelstone

Cuando terminé la guardia, tenía frío y estaba enfermo; tiritaba y estaba calado hasta mis desgraciados huesos. Las sabandijas me picaban en la espalda y me subían por el pecho. Hacía semanas que no me lavaba y tenía los pies llenos de unas ampollas insoportables. En el refugio subterráneo el olor acre era asfixiante y me revolvía las entrañas, dándome náuseas. Encendí mi vela y pasé un buen rato mirándome las manos sucias y las uñas cubiertas de barro seco. Me invadió una sensación de repugnancia.

—Estoy dispuesto a soportar lo que sea —dije—, pero me niego a soportar ni un día más toda esta porquería. —Amartillé mi pistola y la dejé en la estantería al lado de la vela—. A medianoche en punto me mataré.

Encima de la cama encontré unas revistas que Archie Smith ya había leído y me había pasado. Cogí una al azar y la abrí. Delante de mí, con una mirada cargada de tristeza y compasión, estaba Lillian Gish. En mi vida he visto algo tan puro y limpio como su rostro. Pestañeeé varias veces como si no diera crédito a lo que veían mis ojos. Entonces acaricié sus mejillas con el dedo, muy suavemente.

—Vaya, eres tan limpia y preciosa —dije sorprendido—. ¡Qué pura y preciosa y dulce eres!

Recorté la fotografía, hice una funda de cuero donde guardarla y la llevé conmigo a todas partes hasta que terminó la guerra. Solía mirarla todas las noches antes de irme a dormir y todas las mañanas nada más despertarme. Me protegió durante aquellos terribles meses y me ayudó a salir, cuando todo acabó, tranquilo y sereno.

## El soldado Jacob Geller

Un día, un tal Harry Waddell y yo nos topamos con un alemán muerto que había caído encima de un tronco, en el que tenía apoyados los hombros. A la espalda llevaba un pequeño petate. (La bolsa estaba hecha de cuero y todavía conservaba algunos pelos de vaca. Los pelos eran de color castaño oscuro con manchas blancas y recuerdo que en ese momento le dije a Harry que la piel debía de ser de una vaca frisona.)

Cuando Harry y yo examinamos al hombre nos dimos cuenta de que había muerto a causa de un pedazo de metralla. Tenía un agujero en el pecho del tamaño de un puño. Harry y yo lo registramos en busca de recuerdos, pero apenas llevaba unas cuantas fotografías de su familia y unas cartas, que volvimos a guardar en su bolsillo, conforme a las normas. Entonces le dimos la vuelta y lo pusimos boca abajo para ver qué llevaba dentro del petate. El saco también estaba manchado de sangre y no contenía más que unos calzoncillos de invierno y medio pan de centeno, típico de Alemania.

—¡Qué suerte hemos tenido! —dijo Harry—. ¡Podemos comernos el pan!

La boca se me hizo agua y me sonaban las tripas, pero cuando lo examinamos de cerca comprobamos que el pan estaba cubierto de sangre. (El pan era del tipo que los alemanes llaman *Pumpernickel* y todavía estaba un poco húmedo por dentro, donde la sangre no se había secado.)

Saqué el cuchillo y traté de raspar la corteza ensangrentada, pero cuando vi que estaba completamente empapado abandoné la idea.

—¡A quién se le ocurre derrochar el pan de esa manera! —me reprendió Harry.

De modo que lo corté en dos trozos iguales y Harry Waddell y yo nos comimos hasta la última miga.

## El soldado Walter Landt

Solo era una pequeña herida superficial, pero el teniente Bartelstone creyó oportuno que fuera al puesto de socorro a que me pusieran la inyección del tétanos. Cuando entré, ninguno de los dos médicos se decidía sobre cuál iba a ser la mejor manera de administrármela. El más alto creía que lo mejor sería clavarme la jeringa directamente en el estómago y me subí la camisa para que me la pusiera, pero mientras me pinchaba el tubo de vidrio se rompió y casi todo el líquido se derramó por mi pierna. Entonces el médico gordo dijo que su compañero lo estaba haciendo mal y me bajé los pantalones para que me la inyectara en el trasero. Pero a él también se le rompió el tubo y entonces le tocó al médico alto reírse y hacer comentarios ocurrentes. Me tuvieron allí levantándome la camisa y bajándome los pantalones durante casi una hora, mientras cada uno defendía las ventajas de su método y trataba de aplicarme una inyección entera sin que se rompiera el tubo. La cuarta vez que el médico alto me pinchó el vientre, ya se me habían empezado a hinchar los brazos y las piernas. Entonces recuerdo que el otro dijo:

—De acuerdo, soldado, ¡bájese otra vez los pantalones y enseñémosle cómo hay que hacerlo!

A continuación, todo se hizo negro y la sala empezó a dar vueltas.

No recuerdo nada más, pero según me contaron pasé dos días y dos noches chillando sin parar. Y me hinché más que un negro muerto que lleva una semana entera pudriéndose en un hoyo formado por un obús. La próxima vez que me hieran, tendré trismo y me lo pasaré en grande.

## **El soldado Graley Borden**

Nos separaron temporalmente de nuestra división para destinarlos a otra división francesa y durante seis días y noches combatimos sin dormir ni descansar. Como luchábamos bajo el mando de los franceses, también percibíamos los mismos pertrechos y víveres que ellos. Cuando llegaron las primeras provisiones, había vino tinto y una pequeña ración de coñac para cada uno. Teníamos hambre y frío, estábamos agotados, y el coñac nos ayudó a entrar en calor e hizo soportable la interminable noche.

Pero el segundo día, cuando volvieron a traernos las raciones, habían eliminado el vino y el coñac de las asignaciones de los soldados americanos. Las organizaciones religiosas francesas se habían quejado de que nos proporcionaran bebidas alcohólicas: temían que la noticia llegara a los Estados Unidos y que la Unión de Cristianas por la Abstinencia y el Consejo Metodista por la Abstinencia y la Moralidad Pública se enteraran y se contrariaran.

## El teniente Thomas Jewett

Aquella mañana de junio, el sargento Prado y yo estábamos estudiando nuestra posición. A la izquierda, aproximadamente a medio kilómetro por delante de nosotros, había un pequeño grupo aislado de árboles.

—Esa arboleda podría ser un buen emplazamiento para un pelotón de artilleros, en el caso de que ataquen los alemanes —señalé.

El sargento Prado alzó la vista.

—No lo creo —dijo—. No lo creo en absoluto.

Permaneció donde estaba, negando con la cabeza. Yo no contesté de inmediato, fingiendo que no lo había oído.

—Lo mejor será que acompañe a algunos hombres hasta aquellos árboles y que se pongan a excavar una línea de trincheras allá —ordené finalmente.

—Yo no lo haría, teniente —insistió—. Ese grupo de árboles se ve a la legua. Los alemanes se van a dar cuenta enseguida de que hemos colocado unos hombres allí y acribillarán el lugar a bombazos. Llevo toda la mañana esperando que lo hagan.

—Disculpe —repuse—, pero creo que ha entendido la orden.

—Sí, señor —asintió.

Unos minutos después, Prado y sus hombres se habían arrastrado hasta el otro lado del campo de trigo y, a través de los prismáticos, vi cómo entraban en la pequeña arboleda. Entonces, mientras bajaba los gemelos y hacía ademán de alejarme, el ruido de un proyectil rasgó la tranquilidad. Me detuve, me volví y presencié cómo caía a poco menos de diez metros de los árboles. Hubo un silencio, durante el cual contuve el aliento y los artilleros alemanes volvieron a calcular el alcance, seguido de un sinnúmero de proyectiles que se torcieron y cortaron el aire con sus silbidos para explotar



con tremendos estallidos entre los árboles. Se levantaron unos géiseres de tierra, hojas y ramas rotas, y los troncos de los árboles azotados se doblaron hacia un lado y hacia otro como si un huracán se hubiera perdido entre ellos y no supiera encontrar la salida.

El bombardeo duró veinte minutos y cesó tan repentinamente como había empezado. Atravesé el campo de trigo a toda prisa, aterrorizado y lamentando lo que mi propia vanidad me había impulsado a hacer. Al llegar a los árboles, me topé primero con los cadáveres de Alden, Geers y Carroll, apiñados, con los rostros arrancados y las coronillas hundidas. Desplomado encima de un tronco, con el cuerpo desgarrado desde el vientre hasta la barbilla, vi al sargento Prado, mientras Leslie Jourdan permanecía de pie, mirándose la mano, cuyos dedos habían sido cercenados de un estallido.

Me apoyé en un árbol para no caerme.

—No quise hacerlo —dije—. No quise...

## El soldado Stephen Carroll

Cuando alcanzamos los árboles, el sargento Prado nos ordenó que nos pusiéramos a excavar enseguida.

—Es la tontería más grande que he oído en mi vida —dijo Rowland Geers—. ¿Qué pretende conseguir enviándonos aquí?

—No haga preguntas —zanjó el sargento Prado—. El Gobierno le paga treinta dólares al mes para acatar órdenes, no para hacer preguntas.

—¿No sabe que los alemanes han visto cómo nos arrastrábamos hacia aquí? —intervino Les Jourdan—. ¿Cree que los alemanes son bobos?

—Será mejor que se ponga a excavar —repuso el sargento Prado—, en lugar de gastar tanta saliva. Escríbame una carta al respecto.

El primer proyectil cayó a la derecha del grupo de árboles y nos tiramos al suelo, donde permanecimos durante unos momentos con la esperanza de que el obús hubiera sido fortuito, pero en pocos minutos la arboleda se llenó de bombazos. Los árboles jóvenes se balanceaban y una lluvia de ramas rotas y hojas cayó sobre nosotros. La tierra parecía explotar debajo de nuestros cuerpos y el ruido de los proyectiles que se reventaban y la metralla que volaba a nuestro alrededor recordaba a una orquesta tocando en claves diferentes.

Bob Alden estaba tendido en el hoyo a mi lado. Había vuelto la mirada de forma que únicamente se le veía el blanco de los ojos. Los párpados se le iban cerrando una y otra vez y tenía los labios fruncidos. Entonces Rowland Geers se arrastró hasta el hoyo y se acurrucó a nuestro lado. Bob se volvió e intentó decirle algo. Geers se inclinó hacia delante para acercar la oreja a la boca de Bob y captar sus palabras en el mismo momento en que un obús cayó de lleno en el hoyo que ocupábamos.

## El soldado Carroll Hart

El sargento Tietjen estaba conmigo el día que ocupamos el nido de ametralladoras en el bosque de Veully. Descubrimos que había muerto toda la banda, salvo un hombre corpulento y barbudo que estaba malherido. Justo cuando nos aproximábamos, el hombre metió la mano en el interior de su abrigo y hurgó en el bolsillo. Creyendo que iba a lanzarnos una granada, descargué la pistola contra él. Su brazo se deslizó del interior del abrigo con un movimiento brusco e irregular y la palma de su mano se posó durante un instante en sus labios. La sangre que le llenó la garganta empezaba a asfixiarlo y soltó un suspiro ahogado. Los ojos se le pusieron en blanco y se le abrió la boca.

Me acerqué y le abrí la mano para ver qué sostenía. Era una foto de una niña alemana. Tenía la cara redonda y pecosa y sus cabellos ensortijados especialmente para la ocasión le caían sobre los hombros.

—Debe de ser su hija —dijo el sargento Tietjen.

Pasé aquella noche en vela pensando en ese soldado alemán. Me revolví en la cama hasta que, hacia el amanecer, Tietjen vino a tenderse a mi lado.

—No sirve de nada sentirse culpable, compañero —me consoló—. Cualquiera hubiese creído que iba a lanzar una granada.

## El soldado William Anderson

Ahí estaba yo, con el pie partido desde los dedos hasta el talón, y al médico ese del puesto de socorro se le ocurrió que iba a ser capaz de soportar que me cosiera la herida sin administrarme algo que aliviara el dolor, salvo un par de tragos de coñac.

—¡Quiero que me den alguna anestesia! —insistí, y por si fuera poco sin que se me entrecortara la voz.

Uno de los enfermeros de combate trató de decirme que apenas les quedaba morfina y que tenían que guardar la poca que tenían para los oficiales. ¿Dónde se ha oído tamaña tontería?

—¡Qué demonios! —protesté—. ¿Acaso creen que los oficiales son más delicados que los demás? ¿Por qué no hacen un sorteo entre todos para ver a quién le toca la morfina, o se inventan una regla que dicte que solo pueden beneficiarse de ella los hombres de ojos azules que midan más de un metro setenta y tres? ¿Por qué no se inventan una norma razonable, al menos?

A lo que el médico repuso:

—Saquen a ese hombre y déjenlo en la nieve durante un ratito, a ver si así conseguimos embotarlo un poco.

—¡Por Dios! ¡Ya me gustaría que lo intentara! —me indigné—. ¡Ya quisiera yo que lo intentara! Pienso escribir una carta al comandante general de la división. Pienso escribir una carta al presidente Wilson...

Otro médico, que tenía los brazos ensangrentados hasta los codos, dijo:

—¡Por el amor de Dios! ¡Adminístrenle una dosis, aunque solo sea para que cierre el pico!

Cuando empecé a adormecerme me incorporé un poco y advertí al primer médico:

—¡Y pobre de usted si no me hace un cosido de primera!

El médico ensangrentado se rió.

—¿Sigue con nosotros, gentle Annie?<sup>[8]</sup> —preguntó.

—¡A la porra! —dije.

## El soldado Martin Dailey

Me desperté en un tren hospital. Me escocían los ojos, tenía el pecho dolorido y punzadas en las piernas. Desde donde estaba acostado, iba vislumbrando el campo francés, repleto de amapolas y plantas de mostaza en flor. Oí un murmullo de voces y el ruido metálico de unos motores cuando hicimos una parada de algunos minutos en una estación por el camino. Me recosté y volví a cerrar los ojos. El vagón apestaba a desinfectante y sangre seca, y a ese olor que se desprende al enjaular a muchos hombres juntos.

Encima de mí un tipo hablaba sin parar de Nebraska. Su cabeza, que asomaba por encima de la litera, tenía un color blanco grisáceo y sus uñas habían cobrado un color azulado. Hablaba en voz queda y lenta. Tenía muchas ganas de hablar porque sabía que iba a morir antes de llegar al hospital. Pero no había nadie que lo escuchara. Estábamos allí tumbados, casi en silencio, pensando en nuestras desgracias, como carneros recién castrados, demasiado cansados para consolarnos con juramentos. Permanecimos mudos, mirando fijamente al techo, o echando algún vistazo por las puertas al campo precioso, ahora en plena floración.

## El soldado Henry Damarest

Cuando llegué al hospital me ofrecieron un baño caliente y me proporcionaron una camisa de dormir limpia. Luego, un celador me llevó en silla de ruedas hasta el quirófano, donde los médicos trabajaron por turnos día y noche. Me desperté un rato después, envuelto en sábanas frescas que olían a lavanda.

El hospital había sido antaño una magnífica residencia privada y la sala donde estaba mi cama había sido el jardín de invierno. Al otro lado de los cristales veía el parque con los árboles meciéndose con el viento, cual ancianas con las capas abiertas. Pasé un largo rato mirando los árboles y la lluvia. Entonces comprendí por primera vez ese verso de Verlaine: «Las lágrimas caen en el corazón como la lluvia en el pueblo...». Lo repetí una y otra vez en voz baja.

Al cabo de bastante tiempo vino un médico a visitarme. Yo lloraba en silencio. Sabía lo que estaba haciendo, pero no me apetecía parar.

—¿Qué le ocurre, hijo? —preguntó—. No tiene que preocuparse por nada. Le van a hacer otra pierna tan buena que nadie notará la diferencia.

—Estoy tan agradecido por estar aquí —le dije—. Verá, estuve seis meses en la línea de fuego, de los cuales pasé cada minuto creyendo que iban a matarme. Nunca esperé salir vivo. Y ahora me encuentro aquí, entre sábanas limpias, y todo el mundo me trata con tanta amabilidad... —Traté de dejar de llorar, pero no pude—. Sé que no resulta muy decoroso —seguí—, pero me siento tan feliz que me dedicaría a lamerle la mano a todo el mundo.

—De acuerdo —dijo el médico, dándome una palmadita en la cabeza—. Ahora tiene que dormir. Cuéntemelo todo cuando pase a verle por la mañana.

## El cabo Lloyd Somerville

Todos los hombres de la sala habíamos sido gaseados, y todos íbamos a morir. Las enfermeras sabían que no podían hacer nada por nosotros y la mayoría de los hombres también se habían dado cuenta.

Al otro lado de la sala un hombre forcejeaba, tratando de respirar. El sudor le caía a chorros por la cara y aspiró haciendo un ruido agudo como de ventosa. Después de cada ataque, se recostaba, extenuado, y emitía un sonido burbujeante con los labios, como si quisiera disculparse por molestar a los demás, porque cada vez que alguno daba boqueadas los demás luchábamos inconscientemente con él, y cuando se recostaba extenuado los demás también aflojábamos los puños y nos relajábamos un poco. Pensé: «Ese tipo me recuerda a una soprano cascada que pretende practicar escalas».

Un hombre cuyo rostro se había tornado de un color parecido al del cemento mojado se inclinó hacia un lado del catre y vomitó dentro de un cubo de hojalata. La soprano entonces intentó alcanzar una nota aguda y me di cuenta de que ya no lo soportaba más. Golpeé el colchón con los puños, se me aceleró el corazón y recordé que los médicos me habían dicho que solo me curaría si conseguía estar tranquilo y sereno.

La enfermera de noche acudió a mi lado. Era gorda y vieja, y caminaba sobre los lados de los pies como un oso domesticado. Tenía un antojo en la barbilla. Se quedó allí, mirándome con impotencia.

—A usted debe de resultarle muy divertido, ¿verdad? —le dije.

La mujer no respondió, y yo me puse a reír y a llorar y a decir todas las obscenidades que había oído en mi vida, pero ella se inclinó hacia mí en silencio y me dio un beso en la boca.

—Un chico tan grande como tú... —me reprendió con sorna—. ¡Debería darte vergüenza, hombre, mucha vergüenza!

Le agarré la mano y la apreté con fuerza. Noté cómo empezaba a



recuperar el pulso. Los dedos del pie se me abrieron y conseguí relajar las piernas, que estaban agarrotadas y entumecidas. Sentía como si me las hubieran golpeado con un palo.

De modo que la enfermera permaneció de pie al lado de la cama pensando en cómo podía ayudarme. Volví la cabeza y apreté los labios contra la palma de su mano. Quería que comprendiera que ya no tenía miedo. La miré fijamente a los ojos y sonreí; ella también me sonrió.

—Se me ocurre algo que quizá te ayude —dijo—. Un buen trago de coñac.

Le dije que sí, que estaba de acuerdo.

—Has probado alguna vez el coñac, ¿verdad? —se inquietó—. No voy a ser yo la primera en servirte una copa...

## **El soldado Lawrence Dickson**

A principios de junio nos apostamos en el bosque de Belleau, en una posición recién evacuada por el Sexto Regimiento, que había lanzado un ataque esa misma mañana. El lugar estaba lleno de material y de varias cartas rotas y tiradas. Reconstruí un fragmento de una carta y lo leí, pero no conseguí dar con las últimas hojas. Iba dirigida a un hombre llamado Francis R. Toleman y era la carta más interesante que había leído jamás. La llevé conmigo durante mucho tiempo con la esperanza de conocer algún día al tal Toleman, pero aquello no ocurrió nunca.

Si hoy está vivo y lee esto, le agradecería que me escribiera para contarme si Jim y Milly llegaron a reconciliarse. También me gustaría saber qué demonios hizo Alice Wilson para que los suyos se pusieran en contra de ella hasta tal punto.

## El soldado Nathan Mountain

Oíamos el zumbido de los motores encima de nosotros, como si procediera de una lejana fábrica de cepillado. Luego se producía un silencio antes del silbido de las bombas al caer. Cada vez que se escuchaba ese primer silbido de la bomba, la columna se paralizaba de miedo y los hombres se preparaban, esperando que en aquella ocasión el aviador no apuntara a la carretera. Entonces llegaba el fognazo y el estallido, y sorteábamos el hoyo dejado por el obús en la tierra, que seguía echando humo, y a los hombres que yacían muertos en su interior. Los hombres se apresuraban para alcanzar a los soldados de la columna avanzada sin dejar de reñir y empujarse, cargando unos petates ligeros y con los fusiles colgando del hombro.

Entonces Mamie, la mulas de la cocina, enloqueció. Coceó y saltó hacia delante mientras rebuznaba sin parar con voz bronca. Cuando Lingote Riggin trató de tranquilizarla, bajó las orejas, intentó morderle la mano y puso los ojos en blanco, parpadeando descontroladamente. Al fin consiguió soltarse de los arreos y bajó coceando y rozando por la carretera, arrastrando detrás de ella la cadena de eslabones rota. Pasó un minuto dando vueltas y coceando fuera de sí, tras lo cual atravesó la carretera de un brinco y se adentró corriendo en el bosque.

Los aviones, cada vez más atrevidos, no tardaron en acercarse a la carretera para acribillarnos a balazos. Veíamos los fognazos de las ametralladoras y las balas trazadoras rojas parecían luciérnagas contra el cielo. Nos tumbamos en la carretera, abrazándonos al suelo, tratando de amalgamarnos con la tierra mientras las balas llovían a nuestro alrededor.

—La vieja Mamie está sufriendo un ataque de nervios —le gritó Albert Hays, entre risas.

—Sí —repuse.

Al amanecer llegamos a Soissons y lanzamos el ataque.

## El soldado Christian Geils

—¡Salga ahora mismo de ese hoyo! —gritó el sargento Donohoe—. ¡Salga y póngase en marcha!

—No —me negué—. No.

Mi cuerpo daba sacudidas como un hombre aquejado del baile de San Vito. Me temblaban las manos y me castañeteaban los dientes.

—¡Pero serás cabrón! ¡Serás miedica, cabrón! —chilló Donohoe. Me dio un par de veces con el cañón del fusil—. ¡Salga de ahí! —ordenó una vez más.

—No pienso salir —repuse—. Ya no lo soporto más.

—¡Pedazo de miedica cabrón! —repitió.

Se acercó el teniente Fairbrother.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Salí arrastrándome del hoyo que había dejado el obús y me levanté para ponerme frente a ellos. Quise decir algo pero no pude. Empecé a retroceder lentamente.

—¡Quieto ahí! —dijo el teniente. Pero seguí retrocediendo.

—¡Miedica cabrón! —reiteró el sargento Donohoe.

Acto seguido, levantó el fusil y me apuntó a la cabeza.

—¡No se mueva! —gritó el teniente Fairbrother.

Quería quedarme donde estaba. Intenté quedarme donde estaba. Yo mismo me advertía: «¡Como no me quede donde estoy, me va a pegar un tiro, sin duda!». Pero no pude; seguí retrocediendo. Hubo un silencio. Oí cómo me castañeteaban los dientes, marcando un ritmo. «¡No te muevas!», me ordené. Entonces di media vuelta y eché a correr, y en ese instante oí el estampido del fusil del sargento Donohoe. Me caí al fango echando sangre por la boca a borbotones.

## El soldado Mark Mumford

Cuando Bernie Glass, Jakie Bauer y yo saltamos a la trinchera, no vimos más que a un niño gordo alemán que estaba muerto de miedo. Se había quedado dormido en el refugio y, cuando bajamos con las bayonetas sujetas, salió corriendo e intentó subirse hasta el borde de la trinchera. Jakie lo agarró del culo del pantalón y lo tiró hacia abajo; Bernie, por su parte, lo amenazó un par de veces con la bayoneta, solo para asustarlo, ¡y vaya si lo consiguió! Sin embargo, cuando Jakie se puso a hablarle en alemán, el chaval se tranquilizó un poco.

Nos suplicó que lo soltáramos, pero le explicamos que no podíamos porque teníamos que llevarlo preso, según las órdenes del capitán Matlock. El pequeño repuso que prefería que lo mataran antes que lo hicieran prisionero, porque los americanos cortaban las manos y los pies a los presos que cogían. ¿Alguna vez se ha oído tontería más grande? Cuando Jakie nos tradujo lo que le había dicho, Bernie se enfadó.

—Pregúntale de dónde ha sacado esa información —le pidió Bernie—. Pregúntale quién le ha estado contando semejantes mentiras.

Después de hablar con él, Jakie se volvió hacia nosotros y repitió la respuesta en inglés:

—Se ve que se lo dijeron en el campo de instrucción. Dice que todo el mundo lo sabe. Incluso sale en los periódicos.

—¡Pero será sinvergüenza este mocoso! —replicó Bernie—. Mira que acusarnos de algo así cuando todos sabemos que son los alemanes y no nosotros los que hacen esas cosas. ¡Por el amor de Dios! ¡Qué cara tan dura! —Entonces se echó a reír—. Tengo una idea. Vamos a divertirnos un poco con él. Dile que las normas dictan que cuando un hombre hace prisionero a otro tiene que grabarle sus iniciales en la barriga con un cuchillo de trinchera.

—De acuerdo —asintió Jakie, y se echó a reír.

Cuando consiguió ponerse serio, le comunicó al niño alemán lo que había dicho Bernie y por un momento creí que el pequeño iba a desmayarse. Palideció, apoyó la mejilla en la pared de la trinchera y gimió. Entonces se desabrochó la camisa y vimos que llevaba un espléndido cinturón *Gott mit uns*<sup>[9]</sup>. Jakie quería quedárselo como recuerdo. Se lo enseñó a Bernie y le dijo que iba a quitárselo, a no ser que alguno de nosotros lo quisiera, pero Bernie le advirtió:

—¡No puedes hacerlo! ¡Eso sería robar!

—Muy bien —accedió Jakie—. Pues se lo compraré.

Le dijo al niño alemán que quería su cinturón y que a cambio le daría diez francos.

El chaval ni siquiera le contestó. Creo que no oyó lo que le decía Jakie, porque no paraba de sollozar y de retorcerse las manos, imaginándose cómo íbamos a cortarle la barriga.

—¡Adelante, pues! Cógelo —dijo Bernie—. Cógeselo si lo quieres.

Pero, cuando Jakie se inclinó hacia delante para desabrocharle el cinturón, el niño alemán chilló y le cortó el cuello de oreja a oreja con un cuchillo que llevaba escondido bajo la guerrera.

## El soldado Bernard Glass

Cuando vi caer a Jakie Bauer, con las arterias escupiendo sangre contra la pared de la trinchera como un pollo al que le acaban de cortar el pescuezo, me quedé tan patitioso que permanecí donde estaba como un tonto mientras el niño alemán se subía hasta el borde de la trinchera y huía por patas. Finalmente reaccioné y salí tras él. No me hubiese costado nada pegarle un tiro, pero me parecía demasiado bueno para ese pequeño diablo. Sobre todo después de haberlo tratado con tanta amabilidad, ofreciéndonos a comprarle el cinturón en lugar de robárselo, algo que podríamos haber hecho sin pestañear. Casi consiguió dejarme sin aliento, pero al fin lo cogí. Le clavé la bayoneta una y otra vez. Lo rematé con un culatazo en la cabeza.

Fue una jugada sucia y traicionera cortarle el cuello así a Jakie Bauer. Era el tipo más honrado que he conocido jamás, incapaz de matar una mosca, si podía evitarlo. Y verlo así, con la cabeza casi cortada y los ojos...

Eso demuestra que no hay que fiarse de los alemanes. A fe que, después de eso, nunca más volví a darle otra oportunidad a ninguno de ellos.

## El soldado John Townsend

Me gasearon al anochecer, demasiado tarde para que me mandaran de vuelta al puesto de socorro, de modo que el teniente Bartelstone me dijo que me fuera al refugio del fondo e intentara dormir. Me prometió que me mandaría a la retaguardia en cuanto amaneciera.

Durante la noche me despertó el estrépito de unas pistolas automáticas y oí gritos e improperios por toda la línea. Sabía que se trataba de un asalto. Me incorporé e intenté abrir los ojos, pero se me habían enconado y tenía los párpados pegados. Se me oprimió el pecho y sentía náuseas. Los disparos se multiplicaron y los gritos se iban acercando cada vez más. Pensé: «¡Van a tomar las trincheras! ¡Tengo que escaparme ahora, mientras pueda!». Me levanté de la litera de alambre y traté de encontrar la salida a tientas, pero iba tropezando contra cosas en el suelo y golpeándome la cabeza. Estaba tan desorientado que ni siquiera recordaba dónde estaban las escaleras. Me asusté. Permanecí con las manos apoyadas en la pared y dije en voz baja: «¡Romano! ¡Halsey!». Sin embargo, aun cuando decía sus nombres sabía que estaba solo en el refugio.

Oí gritos y disparos directamente encima de mi cabeza y unos pasos apresurados en los tablonos de fuera. Alguien pronunció unas palabras guturales que no comprendí. Se abrió la puerta del refugio y uno de los soldados lanzó una granada en el interior.

—No lo haga —dije—. No...

Por fin encontré las escaleras y empecé a subirlas cuidadosamente a gatas hasta llegar al último peldaño, donde noté el aire frío en mi rostro. Me puse de pie y alcé las manos para indicar que no iba armado. No veía nada, pero presentí que había muchos hombres delante de mí.

—Estoy ciego e indefenso —dije—. No me hagan daño, por favor.

Hubo un silencio mientras esperaba con las manos encima de la cabeza.



Entonces uno de ellos me atravesó el cuerpo con una bayoneta y otro me dio un culatazo, y caí por las escaleras hasta el fondo del refugio.

## El soldado Wilbur Halsey

La enfermera jefe nos dijo que fuéramos a donde quisiéramos del pueblo, pero que no nos acercáramos a la Rue Serpentine: si íbamos allí nos revocarían el permiso y no nos volverían a conceder otro en lo que nos quedaba de estancia en el hospital.

Una vez en la calle, a la luz del sol, lo primero que me dijo Herb Merriam fue:

—¿Y dónde diablos cae la Rue Serpentine esa?

Me reí.

—Ni idea —respondí—, pero vamos a buscarla.

Dimos una vuelta pero no la encontramos. Finalmente cruzamos el canal y entramos en un pequeño bar. Pedimos un coñac.

—Pregúntale al camarero dónde está —me animó Herb Merriam.

—No tengo ningunas ganas —me opuse.

—¡Venga! —insistió Herb—. ¡Vamos! ¡Pregúntaselo!

Cuando el camarero volvió a pasar por la mesa me dirigí a él en el mejor francés que pude:

—¿Podría indicarnos, por favor, dónde...?

Pero el camarero ni siquiera esperó a oír el final de la pregunta.

—Caminen cuatro manzanas hacia el este y giren a la derecha para la Rue Serpentine —contestó con voz hastiada, sin levantar la mirada de la mesa.

Herb y yo nos reímos.

—Rápido —dijo Herb—. Apura la copa, que nos vamos.

Regresamos al hospital una hora antes de la cena. La señorita Mattson, la enfermera de día, estaba acabando el turno.

—Bueno, chicos, ¿qué os ha parecido la Rue Serpentine?

Herb se sonrojó y yo también. Los dos nos quedamos cabizbajos,

mirándonos los pies.

—Mejor que vayáis abajo a tomar una pastilla profiláctica —dijo la joven con total naturalidad—. Coged el pasillo de la derecha y llamad a la primera puerta.

## El soldado Harry Waddell

Así fue como ocurrió: nos hallábamos en un bosque cerca de Boissy, recién llegados del frente, donde habíamos pasado diez días luchando. La mayoría de los hombres fueron a buscar jabón para lavarse la ropa esa tarde o se pusieron a escribir cartas a sus familias, pero un par o tres de nosotros decidimos ausentarnos sin permiso para ir a echar un vistazo al paisaje.

En la carretera, entre dos campos, vi a una chica que vigilaba a una vaca y le iba quitando las moscas de la espalda con una rama de sauce. Me sonrió e hizo un ruido con la boca, de modo que salté por encima de la valla y me dirigí hacia ella. Me miró, entrecerró los ojos y se rió. Entonces extendió los brazos encima de la cabeza y bostezó, luciendo sus pechos, que se agitaban como dos pequeños conejos. Me acerqué a ella y le puse las manos en los muslos, y ella respondió arrimando sus caderas y restregándose contra mí. Entonces me bajó la cara hacia sus pechos, puso los ojos en blanco y nos besamos. Hacía calor y llevaba el cabello pegado a la cabeza. Se le habían formado unas gotas en el cuello y en los labios y olía a sudor y a alfalfa.

De repente me apartó como si estuviera asustada y en ese momento me fijé en un hombre que nos observaba desde el otro lado del seto. La chica se puso a chillar y a pegarme con la rama. Salté por encima de la verja, pero el hombre me persiguió, gritando y blandiendo una pala. También se unieron otros a la caza, hombres y mujeres armados con palos y horcas. Finalmente me arrinconaron, impidiéndome el paso, y me quedé paralizado.

Así fue como ocurrió en realidad, y que Dios me ayude.

## El soldado Benjamin Hunzinger

No tenía ninguna intención de desertar: nada estaba más lejos de mis pensamientos aquella noche. Lo que pasó fue que había conocido a una camarera esa misma tarde durante una escapada al pueblo, aprovechando que estaba de permiso, y la chica me había prometido que se reuniría conmigo aquella noche al lado del canal. El sargento Howie estaba conmigo cuando nos citamos y testificó a mi favor en el juicio, por poco que me sirviera.

Bien, después del toque de silencio, me escabullí del campamento, sorteando al centinela que hacía guardia en la carretera. Annette (así se llamaba, o algo por el estilo; nunca llegué a saber su nombre) me esperaba, tal y como me había prometido. Caminamos cogidos del brazo por la orilla del río y nos sentamos en la hierba al lado de un espino en plena floración. Yo no sabía qué decirle a ella y ella no sabía qué decirme a mí, aunque no nos hubiéramos entendido, de todas formas. Así que nos quedamos ahí, abrazándonos, oliendo las flores del espino y escuchando el agua que susurraba entre los juncos.

Salió la luna y nos tumbamos en la hierba. Más tarde, nos ocultamos bajo el seto y accedió a que me beneficiara de ella. Pasamos toda la noche abrazados y justo antes del amanecer nos despedimos. Yo tenía que volver con el resto de la compañía y ella permaneció allí, de espaldas al seto, diciéndome adiós con la mano.

Atajé por los campos, apresurándome para volver a la barraca antes de que pasaran lista, pero cuando llegué al campamento mi compañía se había marchado. Cogí mi petate y salí a toda prisa con la intención de adelantarme a ellos. Cuando los encontré, diez días después, estaban combatiendo en Saint- Mihiel. Me confiscaron el fusil y me arrestaron, acusándome de desertión ante el enemigo.

—No pueden decir eso de mí, ¡por Dios! —insistí repetidamente—. No

soy desertor. No tenía ninguna intención de desertar.

## **El soldado Plez Yancey**

Nos tocaba un sector tranquilo, para variar, y a fe que nos lo concedieron. A nuestras espaldas teníamos el pueblo de Pont-á-Mousson y delante discurría el río Mosela. Al otro lado del río habían acampado los alemanes. La noche en que nos hicimos con las trincheras, los franceses nos informaron de las reglas del juego y nos pidieron que no las infringiéramos: por la mañana, los alemanes podían bajar al río a nadar, a lavar ropa o a coger la fruta de los árboles que crecían en su orilla; por la tarde tenían que desaparecer y nosotros éramos libres de nadar, de hacer juegos y de comer las ciruelas que crecían en nuestra orilla. El acuerdo funcionaba a la perfección.

Una mañana, los alemanes nos dejaron una nota de disculpa avisándonos de que iban a bombardearnos aquella misma noche a las diez en punto y que la descarga iba a durar veinte minutos. Efectivamente, la descarga se produjo, pero todos habíamos retrocedido casi un kilómetro y nos habíamos acostado, de modo que no hubo daños. Pasamos doce maravillosos días allí, al lado del Mosela, y entonces, con gran pesar, tuvimos que ponernos en camino. Sin embargo, todos habíamos aprendido algo: si los soldados rasos de cada ejército pudieran reunirse a la orilla de un río para hablar tranquilamente de las cosas, no habría guerra que durara más de una semana.

## El teniente Archibald Smith

Cuando entré en la trinchera de comunicación oí unos pasos ligeros a mis espaldas, como si alguien me persiguiera descalzo. Me volví rápidamente y vi al soldado Carter con el fusil levantado y la bayoneta sujeta, la punta de la cual casi me rozaba el pecho. En sus ojos vi un extraño brillo, como si estuviera ido. Tenía el rostro crispado y de su garganta salían unos gruñidos parecidos a los de un cerdo. Apretó la bayoneta contra mi vientre y me hizo retroceder hasta la pared de la trinchera. Miré a mi alrededor pero no había nadie a la vista. Escuché atentamente, pero no se oía nada en el paso de tablones.

—¿Qué quiere, Carter? —le pregunté lo más suavemente que pude.

—¡Ya lo sabe! —repuso—. ¡Usted me la tiene tomada!

Negué con la cabeza.

—Se equivoca —contesté—. Anda muy equivocado si cree eso.

—¿Por qué no me deja tranquilo, entonces? —quiso saber—. ¿Por qué no se lleva a otro de patrulla? ¿Por qué no me deja dormir?

De repente bostezó y vi en sus ojos una mirada de cansancio. Se tambaleó sin perder el equilibrio. Hice ademán de bajar los brazos para agarrar el fusil, pero Carter se repuso, me empujó de forma amenazadora con la bayoneta y volví a alzar las manos. De pronto, toda la situación se me antojó absurda. Me eché a reír.

—¿Acaso no lo entiende? —empecé—. Quería que me acompañara de patrulla porque confío en usted y le considero el mejor soldado de la sección. No hay nada más que decir. No pretendo atosigarle.

El soldado negó con la cabeza.

—La tiene tomada conmigo —repitió.

—¡No! —exclamé—. Está equivocado. Eso es falso.

—Necesito dormir —dijo—. Estoy cansado. Necesito dormir.



—De acuerdo —asentí—. Vuelva al refugio y acuéstese. Yo mismo me encargaré de que nadie le moleste en las próximas veinticuatro horas. Vuelva al refugio y acuéstese, y los dos nos olvidaremos completamente de lo que ha ocurrido.

Negó una vez más con la cabeza. Parpadeó y le costó volver a abrir los ojos.

La tiene tomada conmigo —insistió, como si leyera en voz alta de un libro.

Acto seguido, sin prisa, empujó la culata de su fusil y la bayoneta me atravesó el cuerpo lentamente. Extrajo la hoja y me la volvió a hundir una y otra vez sin parar. Me desplomé sobre los tablones y me quedé allí, tumbado en el fango. Carter seguía de pie, limpiando la hoja con arcilla azul que cogió de la pared de la trinchera.

## El soldado Edward Carter

El domingo por la noche salí a colocar nuevas alambradas con el sargento Mooney. No me tocaba, pero el teniente Smith dijo que quería que Mooney me llevara a mí. El lunes por la mañana me tocó vigilar la cocina y acabé justo a tiempo para salir a patrullar con el teniente Smith, que había vuelto a reclamarme. El martes por la mañana hice mi guardia habitual y por la noche me mandaron a hacer de centinela de los ataques con gas en el refugio. El miércoles a primera hora, un destacamento se dirigió a la retaguardia para recoger raciones y el teniente Smith creyó conveniente que lo acompañara debido a que yo conocía bien las carreteras. Acababa de regresar y de cerrar los ojos cuando el sargento Tietjen me despertó.

—¡Por el amor de Dios! —protesté—. Vaya a buscar a otro. Ni que fuera el único hombre de la sección. Hace una semana que no duermo.

No puedo hacer nada —dijo Tietjen—. Sé que le parecerá una cochinado, pero el teniente Smith me ha ordenado que venga conmigo.

—¡Será cabrón! —salté—. ¿Por qué la ha tomado conmigo? ¿Por qué se empeña en fastidiarme a todas horas?

—No lo sé —repuso Tietjen—. Solo pretendo comunicarle lo que ha dicho.

Volví a levantarme y acompañé al equipo de trabajo. A la vuelta estaba tan soñoliento que apenas podía mantener los ojos abiertos. Ni siquiera me esperé para cenar. Me acosté, todavía vestido, y me dormí incluso antes de echarme sobre la litera.

Entonces, casi en el acto, alguien se colocó a mi lado y empezó a zarandearme. No estaba del todo despierto, pero oí la voz del cabo Brockett, que decía:

—Eddie está bastante cansado, teniente Smith. Ha pasado todo el día con un equipo de trabajo. Quizá sea mejor que se lleve a otro.

Seguido de la voz del teniente:

—Se le pasará en cuanto se levante.

Abrí los ojos y me incorporé. Delante tenía al teniente Smith con aspecto fresco y descansado. «¡Qué cabrón! —pensé—. ¡Hay que ser muy cabrón!» Miré al suelo y me cubrí el rostro con las manos para que no viera cuánto lo odiaba.

—Saldremos a las diez —me informó—. Pasaremos toda la noche fuera. —Entonces echó un vistazo a su reloj—. Todavía tengo tiempo para ir al cuartel general y escribir unas cartas antes de ponernos en marcha —dijo, y se rió, dándome una palmada en el hombro antes de irse.

«¡Qué cabrón! —pensé—. ¿Por qué no me dejará tranquilo?»

Cuando hubo desaparecido, pasé unos minutos sentado antes de tomar la decisión. Entonces me escabullí del refugio y me dirigí corriendo hacia la vieja trinchera de comunicación abandonada por los franceses, que estaba parcialmente ocupada. Estaba esperándolo en la trinchera de pertrechos cuando pasó por delante tarareando *La paloma* en voz baja. Me había quitado los zapatos para que no crujieran los tablones. Lo seguí unos trescientos metros, sin saber exactamente qué debía hacer, pero entonces se volvió y me vio.

Intentó convencerme para que no lo hiciera, pero lo empujé contra la pared de la trinchera y le clavé la bayoneta hasta que dejó de respirar. Acto seguido regresé corriendo y me metí en el refugio, donde me quedé dormido antes de que el guardia hubiera completado la ronda y de que nadie pudiera echarme en falta.

## **El soldado Emil Ayres**

Al principio solía escuchar a Les Yawfitz y a ese tal Nallett cuando discutían en la barraca. Los dos habían estudiado en la universidad y siempre tenían algo que decir acerca de cualquier tema que saliera. Pero hablaban sobre todo de la guerra y de que la habían ocasionado unos intereses económicos para unos fines egoístas. Se burlaban de la posibilidad de que el idealismo o el amor a la patria tuvieran algo que ver con la guerra. Es brutal y degradante, decían, y los bobos que luchan son títeres manipulados para servir a los intereses de otros.

Durante un tiempo los escuché y traté de esclarecer mis propias ideas. Entonces dejé de darle más vueltas. Si lo que dicen es verdad, prefiero no saberlo. Me volvería loco y me pegaría un tiro si creyera que esas cosas son ciertas. A menos que un hombre realmente lo viva así, no entiendo cómo puede estar dispuesto a... cómo puede permitirse...

De manera que ahora, cuando se ponen a hablar, me levanto y me marcho de la barraca o me vuelvo hacia la pared y me tapo los oídos.

## El soldado Martin Appleton

¿Alguna vez te has hallado solo durante una noche tranquila mientras el mundo temblaba con la vibración de los fusiles, contemplando cómo la luz silenciosa rozaba el horizonte en lugares inesperados? ¿Has visto salir la luna detrás de unos álamos y has observado cómo asciende, rama desvencijada tras rama desvencijada, hasta salvar aquellos brazos muertos y elevarse hacia el cielo sosegado? Yo he visto estas cosas y te aseguro que son preciosas.

Luego están los cohetes, las bengalas Very y los proyectiles de iluminación (blancos, dorados y verdes), que se elevan indolentemente hacia el cielo dibujando grandes parábolas. A veces los cohetes estallan suavemente delante de tus propios ojos, creando una luz impersonal que desciende empujada por el viento; otras veces se convierten en estrellas de colores cálidos y hermosos que arden con pureza durante apenas un instante y se extinguen incluso antes de que puedas precisar el momento de su aniquilación.

Cada vez que las bengalas Very pasan flotando por encima de las trincheras, no puedo evitar pensar en el tiempo y el infinito, y en el Creador del universo. Y en que esta guerra y mi desesperación deben de ser, desde su punto de vista, tan insignificantes y, sin lugar a dudas, tan remotas como lo son, a mi limitado juicio, los cohetes que se elevan y caen.

## El soldado Leslie Westmore

Una voz me decía insistentemente: «Si se te disparara la pistola sin querer y te diera en la rodilla, se te agarrotaría la pierna y la guerra habría terminado para ti. Tendrías suerte de librarte a cambio de tan poco».

Me negaba a escuchar la voz que me susurraba. «Eso sería un acto de cobardía. Nunca más podría ir con la cabeza bien alta. Nunca más podría mirar a los demás a los ojos», pensé.

«Pero si te quedaras ciego... —me decía la voz—, ¡nadie podría culparte si te quedaras ciego! ¡Piensa un poco! Tu tío Fred se quedó ciego y tu abuela perdió la vista antes de morir. Es una condición genética.»

«Es cierto —accedí—, pero el tío Fred tenía cataratas, y se las podría haber extraído, y la abuela gozó de una buena vista hasta los setenta y cinco años.»

«Muy bien —dijo la voz—. Adelante, pues, si prefieres que te maten. Pero eres un necio, y con eso no tengo nada más que añadir.»

«Prefiero que me maten a quedarme ciego —aseguré—. Correré el riesgo de que me maten.»

«Es mentira —me recriminó la voz—. Sabes muy bien que es mentira.»

Me di la vuelta en la litera, pensando en lo cómoda que me parecía aquella casa de descanso comparada con los refugios de la guerra. Dentro de unos días íbamos a volver a la batalla.

«¡Pruébalo! —me animó la voz—. Tampoco está tan mal. Tu tío Fred fue feliz después, ¿verdad? Y recuerda cómo todo el mundo mimaba a tu abuela y la trataba a cuerpo de rey. Cierra los ojos y pruébalo durante un rato. Ya verás como no se está tan mal.»

«De acuerdo, pero solo un minuto», repuse.

Cerré los ojos y me dije: «Me he quedado ciego». Entonces volví a abrirlos, pero cuando lo hice no veía nada. «Esto es ridículo —pensé—. A tus

ojos no les pasa nada. Es absurdo.»

«¿Y cómo lo sabes? —preguntó la voz—. Acuérdate de tu abuela y de tu tío Fred.»

Salté de la cama, asustado. Delante de mí solo había negrura, y cuando di unos pasos me tropecé con unos hombres que estaban sentados en el suelo jugando a la veintiuna.

—¡Mire por dónde va! —se molestó el sargento Howie—. ¿Dónde demonios cree que está?

Me quedé dónde estaba, inmóvil. Entonces intuí que Walt Rose se ponía de pie. Oía cómo respiraba y sabía que me estaba mirando fijamente.

—¡Eh! ¡Venid aquí, rápido! —dijo con voz nerviosa.

La litera de Carter Atlas crujió cuando se levantó de un salto. Oí las voces de Walter Landt y Lawrence Dickson y noté cómo se congregaban a mi alrededor, pero permanecí donde estaba, sin abrir la boca.

—¿No nos ves? —preguntó Walt Rose—. ¿No nos ves en absoluto, Les?

—No —repuse—. Me he quedado completamente ciego.

De repente me invadió una sensación de alivio. Hacía meses que no me sentía tan feliz.

—La guerra ha terminado para mí —dije.

## El soldado Sylvester Wendell

El capitán Matlock había recibido varias cartas de los padres de unos hombres muertos en combate, de modo que decidió escribir a los familiares más cercanos de cada uno de los fallecidos, según especificaban sus cartillas militares, y me destacó para que reuniera la información de cada caso y redactara las cartas de condolencia adecuadas.

Estaba sentado en el despacho de la compañía escribiendo las cartas mientras Steve Waller, el administrativo, preparaba las nóminas. Concedí a cada hombre una muerte gloriosa y romántica con unas últimas palabras pertinentes, pero al cabo de unas treinta cartas yo mismo me atragantaba con las mentiras que estaba contando. Decidí que en al menos una de las cartas diría la verdad, y esto es lo que escribí:

Estimada señora:

Su hijo, Francis, falleció innecesariamente en el bosque de Belleau. Le interesará saber que en el momento de su muerte estaba plagado de bichos y debilitado por la diarrea. Tenía los pies hinchados y podridos y apestaban. Vivió como un animal asustado, pasando frío y hambre. Entonces, el día 6 de junio, le alcanzó un pedazo de metralla y sufrió dolores horribles mientras agonizaba lentamente. Nadie hubiese creído que pudiera sobrevivir aquellas tres horas, pero así fue. Pasó tres horas enteras entre gritos y maldiciones. Verá, no tenía nada a lo que aferrarse: había aprendido hacía tiempo que lo que usted misma, su madre, que tanto lo quería, le había enseñado a creer mediante unos sustantivos tan inanes como honor, valentía y patriotismo era una enorme mentira...

Esta es la parte que leí en voz alta a Steve Waller. Escuchó hasta que hube terminado sin alterar el semblante. Entonces se despezó un par de



veces.

—Subamos a la casa a ver si convencemos a la anciana para que nos prepare unos huevos fritos —propuso.

Me quedé callado. No me moví de donde estaba sentado, delante de la máquina de escribir.

—Los franceses ganan al mundo entero a la hora de freír huevos —observó—. Dios sabe cómo lo hacen, pero cuando se ponen a cocinar son la monda.

Me levanté, me eché a reír y rompí en pedazos la carta que acababa de escribir.

De acuerdo, Steve —dije—. De acuerdo. ¡Lo que tú digas!

## El soldado Ralph Brucker

Si alguno de mis compañeros quiere que le cuente con pelos y señales lo que sé de Bocapez Terry, lo haré: tiene treinta y cinco años, y antes de la guerra trabajaba de dependiente en unos grandes almacenes. Su esposa pesa cien kilos y en la foto que vi de ella lleva un vestido escotado y está oliendo una rosa. Bocapez la llama «pichurri» y ella lo llama «Terry mi hombre», y en sus cartas se hablan en media lengua.

Pero prepárense, porque esto no es lo peor. Por la noche, de vuelta en la retaguardia, se pone en calzoncillos y se rasca los pies mientras devora galletas de higo y lee un libro que se titula *Canciones de amor de las Indias Orientales*. En el fondo no es mal tipo. Las intenciones de Terry son buenas, pero le falta sentido común, y cuando empiezan a atosigarle los mandamases de la división se pone nervioso y se desquita con los hombres de la compañía. A mí siempre me ha tratado bien y no es mal tipo, a pesar de lo que piensen los compañeros. Y yo debería saberlo, teniendo en cuenta que soy su ordenanza desde hace ocho meses.

## El soldado Byron Long

Aquella noche acampamos cerca de Belleville y por la mañana recibimos la orden de acudir al espulgadero, que estaba situado en un campo abierto. Nos quitamos la ropa delante del edificio, la atamos en un bulto con nuestras etiquetas de identificación y el encargado la metió en el horno durante aproximadamente una hora. Entonces pasamos por las instalaciones en grupos de cincuenta. Hizo falta la mañana entera para que las recorriera todo el batallón, y mientras esperábamos a que la ropa saliera del horno tuvimos que dar vueltas por el campo, completamente desnudos.

A medida que pasaban las horas, los bordes del campo se fueron llenando de espectadores, en su mayoría mujeres, que se sentaron en la hierba y nos observaron, o almorzaron con total indiferencia. Una anciana había traído una silla y una labor. Me acerqué a donde estaba sentada tal y como mi madre me trajo al mundo.

Esta tarde van a despiojar al Primer Batallón —dije—, pero yo que ustedes no me esperarían, señoras. Cuando han visto mil hombres desnudos, va los han visto todos.

—*Comment?*—preguntó la anciana, sonriendo con dulzura.

## El soldado Philip Waldsworth

Mi castidad se convirtió en una de las bromitas manidas de la compañía: las tropas suplentes ya estaban al corriente incluso antes de aprenderse los nombres de los comandantes de la sección. Yo dejaba que se rieran y me ocupaba de lo mío. Sabía que era inútil tratar de hacer que comprendieran mi punto de vista. Lo menciono ahora sencillamente porque acentúa la comicidad de mi destino final.

Así fue como ocurrió: estábamos alojados en un pueblo francés donde teníamos que reorganizar y reponer los pertrechos. Durante aquellos días pudimos disfrutar de bastantes permisos. Jesse Bogan, uno de los soldados de mi pelotón, sugirió una noche que fuéramos al Café de la Poste y compartiéramos una botella de vino. Tenía que escribir algunas cartas y no me hacía mucha gracia la idea de salir, pero insistió tanto que acabé cediendo.

Cuando llegamos al bar, estaba atestado de soldados y había bastantes mujeres sentadas a las mesas con ellos. En cuanto entramos Jesse y yo, una de las mujeres se apartó del grupo con el que estaba y se sentó con nosotros en otra mesa. El sargento Halligan, Hyman White y alguno más la siguieron e intentaron hacer que volviera con ellos, pero la joven me rodeó el cuello con los brazos y dijo:

—¡No! ¡No! ¡Este es mi chico!

(Más adelante descubrí que todo estaba planificado. Incluso Jesse Bogan, en quien confiaba, estaba compinchado con ellos.)

Al final, los demás fingieron enfadarse con la mujer y volvieron a su mesa para seguir divirtiéndose. Un rato después, Bogan se levantó y se marchó, dejándome a solas con ella.

Me pidió que la acompañara a su cuarto, pero rechacé su ofrecimiento de la forma más educada que supe. Le hablé de Lucy Walters y le expliqué

que nos habíamos prometido mantenernos puros el uno para el otro hasta que estuviéramos casados. La mujer permaneció sentada, escuchándome con comprensión. Dijo que tenía razón. Dijo que una joven pocas veces conocía a un hombre con un punto de vista tan sólido. Entonces pasó a hablar de la granja cerca de Tours donde había nacido y de lo feliz que había sido allí. Me habló de su prometido, un muchacho del pueblo, y de cómo ellos también habían estado enamorados y de sus intenciones de casarse, hasta que falleció en la primera batalla del Marne. Pensaba en él a todas horas, me confesó, y lamentaba, siempre, que hubiera muerto antes de que consumara su amor y descubriera hasta qué punto la vida podía ser plena y bella...

Mientras hablaba, no dejaba de pensar: «Mi moralidad es absurda. Quizá me maten la semana que viene. Quizá nunca vuelva a ver a Lucy en mi vida». La joven me cogió la mano y los ojos se le llenaron de lágrimas. «Todo me parece triste y un poco confuso —pensé—. ¿Qué más dará, de un modo u otro, que me vaya con esta mujer?»

Después me avergoncé. Le ofrecí veinte francos (no tenía ni idea de cuánto podía cobrar por algo así), pero los rechazó. Se aferró a mí y me besó. Me dijo que le recordaba al chico que había muerto en el Marne: él también había sido muy inocente... Pero ella sabía todo ese tiempo que me había contagiado.

Más adelante me asusté y fui al puesto de socorro. El médico me examinó, se rió e hizo venir a los oficiales médicos del hospital. Me formaron consejo de guerra por no haber acudido a tomar un medicamento profiláctico y me mandaron a este batallón de trabajo. Le he dado mil vueltas a este tema, pero no consigo entender, ni siquiera ahora, qué tiene de graciosa la castidad masculina ni por qué resulta ofensiva y repugnante. La mujer del bar recibió doscientos francos de mis amigos a cambio de haberme seducido. Representó toda la escena delante de ellos cuando regresó al bar: por lo visto, actué de forma muy torpe y cómica.

## El soldado Alex Marro

Estábamos acampados en un bosque a unos diez kilómetros de Nancy y aquella tarde Gene Merriam, el mensajero de nuestro batallón, pasó a visitar a su hermano, Herb. Venía de llevar un mensaje a Nancy y estaba contándonos cómo le había ido.

—Hay una casa de citas allí que está abierta a todos —dijo—, y os juro que nunca en mi vida he visto unas chicas tan guapas. Todas son rubias y se pasan el día sentadas sobre sus culazos gordos, vestidas con kimonos, abanicándose y comiendo peras...

Cuando se hubo marchado, Nate Mountain, Mart Passy y yo nos pusimos a hablar de algunas de las mujeres que habíamos conocido a lo largo de nuestras vidas y nos preguntamos si podríamos montárnoslo para ausentarnos aquella noche. Reunimos todo el dinero que teníamos y ascendía a setenta y ocho francos. Calculamos que nos llegaría para los tres, aunque fuera una casa de primera, y después de que pasaran lista nos escabullimos.

Gene Merriam nos había dado las señas exactas y encontramos la casa sin demasiada dificultad. Nate se dirigió a la puerta, llamó al timbre y poco después la abrió una mujer robusta y huesuda con un mechón cano en el pelo. Sin embargo, en cuanto se fijó en nuestros uniformes sucios nos hizo señas para que nos largáramos. Entonces trató de dar un portazo, pero Nate se le adelantó. Consiguió meter el pie por la puerta y no lo sacó. La mujer se puso a gritar con voz estridente y a insultarnos en inglés.

Un policía militar, alertado por el barullo, se acercó para ver qué ocurría. Primero amenazó con detenernos por habernos ausentado sin permiso, pero Mart le dio cincuenta francos y eso le cambió el humor.

—¿Quiénes se han creído que son? —preguntó el hombre—. Esta casa es exclusivamente para oficiales. Para entrar por lo menos hay que lucir galones de capitán... —añadió con una risotada—. Estas fulanas son jóvenes

refinadas y sensibles. ¡No se rebajarían ni a desabrocharles los calzoncillos a una panda de sebosos como ustedes! —El oficial dejó de reír y frunció el ceño—. Y ahora vuelvan con su unidad a marchas forzadas —dijo—. ¡Regresen echando leches antes de que cambie de parecer y les denuncie a todos!

## El soldado John McGill

He participado numerosas veces en incursiones de asalto en las que todos los hombres involucrados salieron heridos o sin vida. Se me ha astillado el fusil en las manos y en dos ocasiones he acabado con el casco destrozado por la metralla. Me han hecho saltar los botones de la chaqueta a balazos y una vez incluso la cinta que sujeta mis etiquetas de identificación se rompió a causa de los disparos de una ametralladora. No obstante, nunca he sufrido ni un solo rasguño, aunque he tomado parte en todos los combates de mi compañía. Podría seguir citando innumerables ejemplos para dar fe de la buena suerte que me acompaña, pero la anécdota más extraña ocurrió justo después de la batalla de Soissons.

Habíamos regresado al bosque y estábamos reorganizándonos y esperando a los rezagados. Me hacía falta un nuevo estuche de utensilios de cocina porque el mío había quedado destrozado junto con mi petate mientras lo llevaba atado a la espalda durante el enfrentamiento (¡otra ocasión en que me salvé por los pelos, claro está!). De modo que me aproximé a una pila de objetos reutilizables y cogí el primer estuche nuevo que vi. Cuando llegué a mi tienda y lo examiné detenidamente, vi que mi nombre, John McGill, había sido grabado con una preciosa caligrafía gótica. Y eso es algo extraordinario, ¿verdad?

Pueden considerarlo una coincidencia, si lo desean, pero yo sé que no. Existen muchas cosas que no podemos justificar con estadísticas ni con las reglas del azar. Existen muchas fuerzas extrañas que obran a nuestro alrededor y que no alcanzamos a comprender. Los hombres de mi compañía no daban crédito a mi buena fortuna. Antes de lanzarse a la batalla, muchos me ponían las manos en la frente, esperando con ello compartir mi misma suerte, pero, fuese cual fuese el poder que me protegía a mí, nunca funcionaba para los demás.



## El soldado Sidney Borgstead

Cuando el capitán Matlock leyó en mi cartilla militar que había trabajado de *couturier* decidió, propenso como es a meter solemnemente la pata, trasladarme a la cocina y convertirme en cocinero. A él le pareció completamente lógico que un hombre acostumbrado a manipular gasas y preciosos tafetanes tuviera la misma destreza a la hora de gestionar reses muertas y patatas deshidratadas.

Al principio procuré preparar las raciones de la forma más atractiva posible, pero no tardé en darme cuenta de que a nadie le importaba cómo presentaba la comida. Es decir, lo único que les interesaba era la cantidad, y literalmente horas antes de que la comida estuviera lista los hombres ya hacían cola, observando con avidez cada uno de mis movimientos. ¡Cómo no iba a ponerme nervioso y de mal humor! Lo peor, sin embargo, venía cuando tocaba repartir: entonces los hombres miraban sus raciones y gruñían, no por la calidad, eso no (a pesar de ser una reacción que habría comprendido e incluso tolerado), sino por el mero hecho de que no hubiera más. (Dios sabe que no podía preparar más comida de la que me proporcionaban los del cuartel general. A fin de cuentas, no soy mago.) Se lo zampaban en un santiamén y volvían a hacer cola con la esperanza de poder repetir.

Un día en Corcelles estaba preparando un estofado en una olla reglamentaria. Todavía faltaba una hora para la cena, pero cuando alcé la vista comprobé que ya se había formado una cola de hombres. Lamento reconocer que me puse un poco histérico. Me entraron ganas de decirles: «¡Tranquilos, lechoncitos míos, que mamá cerda pronto tendrá lista la cena!».

En una estantería, a un lado de la cocina, había unos medicamentos y pomadas que Mike Olmstead, el sargento de comedor, llevaba consigo para casos de emergencia. La idea se me ocurrió de forma imprevista y no pude reprimir unas risitas. Destapé la olla y lo eché todo al estofado.

Esa noche, una vez acostado, pensé: «¡Bien! ¡De esta manera no aparecerá nadie a la hora del desayuno y eso sí que será un alivio!». Pero, cuando el guardia del comedor me despertó a las cinco de la mañana, lo primero que oí fue el tintineo de un soldado que limpiaba su plato sucio con una cuchara. Luego oí cómo los hombres corrían y tosían y se daban empujones para asegurarse un sitio en la cola. Cuando entré en la cocina y encendí los fogones, la cola ya era larguísima. Si faltaba alguno, era imposible distinguirlo a simple vista.

Di media vuelta y eché a correr. No sabía adonde iba, pero sabía que tenía que alejarme de allí. Me topé con el sargento Olmstead en la puerta. Se dio cuenta de que estaba profundamente nervioso y disgustado. Me planté delante y me puse a golpearle el pecho.

—¡Déjeme pasar! —le exigí—. El capitán Matlock tendrá que buscarse otro cocinero, porque yo ya no aguanto más. ¡Que me encierren, que me fusilen si quieren, pero yo ya no aguanto más!

El sargento Olmstead, un tipo legal, supongo, aunque terriblemente soso, me pasó el brazo por el hombro y me dio unas palmaditas en la espalda.

—Cálmese, guisandero, y no se deje llevar por las entrañas —dijo en tono tranquilizador.

—¡Déjeme pasar! —insistí con firmeza.

—No me dejaría en la estacada, ¿verdad? —preguntó.

—¡Sí! —repuse.

Ya no trató de retenerme más tiempo.

—De acuerdo, pero antes de que se vaya me gustaría que me preparara unas empanadillas de manzana. Nunca he comido nada tan delicioso en mi vida.

Me lo quedé mirando con incredulidad.

—¿Le parecieron más ricas que las tartas de melocotón que le hice en Saint-Aignan?

El sargento Olmstead se lo pensó bien y finalmente optó por la diplomacia:

—Las dos cosas estaban tan buenas que me cuesta mucho decidirme por cuál me gustó más —dijo.

Vacilé durante unos instantes y el sargento Olmstead los aprovechó:

—¿Cómo cree que les iría a estos muchachos si usted no se ocupara de ellos cuando vuelven de las trincheras? —preguntó.

Solté una risa burlona.

—¡Estarían encantados! —repuse—. Lo que les preparo les da asco.

El sargento Olmstead movió la cabeza con gesto adusto.

—Eso no se lo crea ni por un momento, porque andaría muy equivocado —dijo—. En el bar oí cómo algunos presumían de comer mejor que cualquier otra compañía del regimiento. Decían que compadecían al resto de compañías.

—¿Está seguro de que me está diciendo la verdad? —quise saber.

—Por supuesto. Se lo cuento tal y como ocurrió.

Y, siendo un tonto a las tres y a falta de medio seso que me valga, permití que se beneficiara de mi buen corazón y volví a la cocina, donde me puse de nuevo a preparar el desayuno.

## El soldado Allan Methot

Mi poesía ya empezaba a llamar la atención cuando me alisté, convencido como estaba de la belleza de la guerra a través de la belleza de mis propios sonetos. Luego vinieron los meses de instrucción, monotonía y dolor. No obstante, hubiese aguantado la humillación y las horas interminables de trabajo sin sentido. Me acostumbré a todo aquello y aprendí a restarle importancia. Lo que me resultaba insoportable era el aislamiento espiritual. ¿Con quién podía hablar? ¿Quién había que me entendiera? No había nadie. Ni una sola persona.

¡Qué sensación de extrañeza, la de encontrarme solo! Me cercaba con creciente intensidad. Miraba a mis compañeros, sus rostros aburridos y borreguiles. Nada pedían de la vida salvo dormir y comer, y alguna noche de borrachera en un burdel. Me invadió una sensación de repugnancia. Criaturas insulsas, impasibles e indiferentes a la belleza...

Y luego aquellas noches que me tocó hacer guardia con Danny O'Leary y su mirada huérfana de inteligencia. Se quedaba ahí como un bobo, mirándome fijamente y frunciendo sus pobladas cejas, con la boca abierta como un idiota. Traté de hablar con él pero fue inútil. Siempre bajaba la vista como si se avergonzara de mí y la clavaba en los tablones mientras jugueteaba con su fusil.

—A ver si esta vez nos pagan cuando regresemos —dijo una vez.

Solté una carcajada. Me fui hasta el final de la trinchera y contemplé una bengala de gas de color verde que iluminó el cielo hacia el norte. ¡Qué sensación de aislamiento! ¡Qué sensación de hallarme entre extraterrestres! Salí de la trinchera y me dirigí hacia la línea de los alemanes. Caminé lentamente, observando las bengalas y susurrando las palabras de mis poemas. Entonces me paré, para luego seguir caminando hacia delante.

«Pronto se extenderá una mano que me arrojará al suelo —pensé—, y

yaceré roto contra esta tierra rota. ¡Pronto un pie, con la forma del infinito,  
pisará mi frágil cráneo y lo aplastará!»

## El soldado Danny O'Leary

Me gustaría que me vieras ahora, Allan Methot: me gustaría que vieras lo que has creado. Pues tú me creaste de una forma mucho más completa que ese estibador borracho de cuyas entrañas salí un día.

Fui tan basto, tan estúpido hasta que apareciste tú. ¿Cómo lo intuiste? ¿Cómo conseguiste ver a través de todas aquellas capas hasta vislumbrar la débil chispa que se ocultaba en mí? ¿Recuerdas las noches que pasamos juntos haciendo guardia, durante las que me recitabas a Shelley y Wordsworth? El ritmo que daba tu voz a aquellas palabras se me antojaba el sonido más hermoso que había oído jamás. Qué ganas tenía de hablar contigo, de decirte que comprendía, de hacerte entender que la confianza que habías depositado en mí no iba a caer en saco roto, pero no me atrevía. Era incapaz de considerarte un ser humano como yo o como los otros hombres de la compañía. Te consideraba tan por encima de nosotros que me quedaba mudo en tu presencia, deseando que un alemán se metiera de un salto en la trinchera e intentara matarte para poner mi cuerpo entre el tuyo y la bala. Me quedaba allí, manoseando el fusil, con la esperanza de que nunca dejaras de pronunciar aquellos preciosos versos.

«¡Aprenderé a leer! —pensaba—. ¡Cuando acabe la guerra aprenderé a leer!»

¿Dónde estás ahora, Alian? Quiero que me veas. Tu amistad no fue en vano; tu confianza ha sido justificada. ¿Dónde estás, gran corazón? ¿Por qué no respondes?

## El soldado Jeremiah Easton

Una vez que hubimos ocupado nuestra posición, el capitán Matlock me mandó al cruce, a un kilómetro hacia atrás, donde esperé la caravana de carromatos para indicarles el camino. El bosque estaba lleno de artillería y las tropas avanzaban hacia la línea. «Esto va a ser grande —pensé—. Esta vez no se trata de un pequeño asalto a una trinchera.»

Luego, al anochecer, los aviones alemanes empezaron a bombardear las carreteras y el bosque. Se lanzaron en picado súbitamente, rompiendo el fuego con sus ametralladoras, y entonces remontaron el vuelo otra vez para ponerse fuera de alcance. A las nueve estaba oscuro como boca de lobo y a las diez se puso a llover. La lluvia caía a cántaros, zarandeada por el viento gélido, pero aun así seguían apareciendo más hombres, miles y miles de ellos. Con los fogonazos los veía claramente, las cabezas gachas para protegerse de la lluvia cegadora, avanzando despacio por las carreteras y atravesando el bosque, desvaneciéndose como enormes serpientes dentro de las trincheras de comunicación que desembocaban en la línea de batalla.

—Esto sí que va a ser grande —dije—. Esta vez no se trata de una refriega de poca monta.

De madrugada la lluvia paró y los primeros fusiles abrieron fuego. En un instante, mil armas disparaban formando un semicírculo estruendoso y resplandeciente y mil obuses volaban por el aire, explotando al otro lado de las líneas alemanas. La descarga duró tres horas y entonces, al rayar el día, cesó. Desde mi posición, veía cómo se acercaban nuestros hombres, cómo brillaba la luz contra el metal de sus bayonetas. Pero poco tuvieron que hacer, pues no quedaba rastro de las trincheras alemanas ni del terreno que las rodeaba: ni un árbol, ni una brizna de hierba. Nada vivo. Nada en absoluto. Los fallecidos yacían apilados dentro de las trincheras formando montones extraños y enmarañados. «No queda nada con vida —pensé—, ¡nada en

absoluto!»

Y, entonces, de un fortín asolado salió un hombre arrastrándose de entre las ruinas. Tenía la mandíbula parcialmente cercenada y le colgaba de la cara, pero cuando nos vio se sujetó el hueso desgoznado con una mano y soltó un gemido asustado y conciliador.



## El soldado William Mulcahey

Nos acercamos sigilosamente al nido de ametralladoras, cada hombre con una granada en la mano, preparados para lanzarla, arrastrándonos lentamente, pegados a la tierra, tratando de no agitar la densa maleza. Entonces los alemanes nos avistaron y abrieron fuego entre gritos de euforia.

Nos levantamos de un brinco, lanzamos las granadas y corrimos hacia ellos disparando nuestros fusiles con las bayonetas sujetas para el combate. De repente algo me dio de lleno y caí otra vez a la maleza. Se oían disparos frenéticos por toda la línea. Hubo maldiciones y gritos, y, unos minutos después, volvió a reinar el silencio, interrumpido solamente por Pete Stafford, que se arrastraba sobre los codos hacia nuestra línea repitiendo: «¡Me han roto la pierna! ¡Me han roto la pierna!».

Levanté la cabeza e intenté decirle algo, pero el suelo se inclinó hacia arriba y se puso a dar vueltas como una ruleta. Me recosté de nuevo sobre los hierbajos. «Nunca sabré cómo termina la guerra —pensé—. Ahora nunca sabré si los alemanes ganan o no.»

## El sargento Julius Pelton

El cuarto día por la tarde retrocedimos hasta el borde del bosque y excavamos unas trincheras mientras el Primer Batallón pasaba por encima de nuestras cabezas y continuaba el ataque. Delante teníamos un campo de trigo y una casa de labranza en ruinas. Más allá volvía a empezar el bosque. El que teníamos delante parecía intacto e incólume, a diferencia del bosque en el que nos hallábamos nosotros, que estaba repleto de árboles caídos y ramas arrancadas, todavía verdes. A nuestra izquierda había un foso de gravilla, abandonado hacía tiempo, con una sola entrada estrecha; detrás había un barranco que recorría unos cien metros hasta detenerse en seco al llegar a un banco de arcilla.

Desde donde estaba tumbado veía el foso de gravilla. Johnny Citron estaba de guardia al lado de la entrada, vigilando a los veintidós prisioneros que habíamos tomado ese día. Entonces se me acercó el capitán Matlock.

¿Qué hacemos con ellos, sargento? —me preguntó.

—No lo sé, señor —repuse.

—Lo más fácil sería apuntar al hoyo de gravilla con una ametralladora. Sí, eso sería lo más fácil —agregó.

—Sí, señor —asentí entre risas, dado que en ningún momento lo había tomado en serio.

Pasó un minuto dándole vueltas y entonces dijo:

—El hueco es demasiado estrecho y los lados son muy escarpados; a los artilleros les va a costar mucho...

Comprendí entonces que no bromeaba.

—Lo mejor es que los llevemos al barranco y lo hagamos allí —resolvió.

Escuché sus palabras sin decir esta boca es mía, pero mientras hablaba pensaba: «Llevo en el servicio desde que era un crío de dieciocho años. He

presenciado muchas cosas que a los hombres corrientes les revolverían las entrañas. Supongo que ahora no es momento de ponerse melindroso... ¡Pero esto es una salvajada! Esto es la salvajada más grande que he visto jamás».

Cuando el capitán Matlock calló, le respondí con una salutación.

—Sí, señor —dije.

—Le acompañarán el cabo Foster y su pelotón de fusileros. Creo que Foster es el hombre más adecuado para llevarlo a término.

—Sí, señor —asentí—. Sí, señor. Así lo creo yo también.

—Vaya a decirle a Foster que acabe con la faena antes de que oscurezca.

—Sí, señor —repuse.

Más tarde, mientras hablaba con Foster, me sentí avergonzado. «Dios, ¡qué salvajada! —pensé—. ¡Dios! Pero si esto es la salvajada más grande que he visto jamás.»

Entonces me acordé de lo que me había dicho mi antiguo sargento de instrucción cuando todavía estaba en el campamento militar: «A los soldados no les corresponde pensar —dijo—. En teoría, si supieran pensar no serían soldados. Los soldados tienen que limitarse a cumplir lo que se les dice y dejar que piensen los oficiales superiores».

«Bueno —me dije—, me imagino que no es asunto mío. Supongo que estoy aquí para cumplir órdenes.»

Entonces fui a buscar al cabo Foster y le transmití las órdenes del capitán Madock.

## El cabo Clarence Foster

—Es un viejo truco —dije—. Recuerdo haber leído sobre este mismo truco en la prensa americana antes de alistarme: los alemanes mandan a sus hombres en tropel hacia las líneas enemigas para que se entreguen y al cabo de un tiempo hay más prisioneros detrás de la línea que soldados. Entonces los alemanes atacan y esa es la señal para que los prisioneros dominen a los guardias y arremetan desde la retaguardia. ¡Es una vieja trampa y suele funcionar! —advertí—. Nunca olvide que los prusianos son más listos que el hambre. Han empleado el mismo truco contra los franceses innumerables veces. Me sorprende que nunca haya oído hablar de él, sargento —agregué.

—He oído muchas tonterías en mi vida —contestó.

—Pues esta información es correcta —repliqué—. Lo he visto escrito en los periódicos.

—¿Y se cree todas las paparruchas que lee en los periódicos? —preguntó el sargento Pelton.

—¡Hombre, esto sí que lo creo! —repose—. A un alemán apestoso lo creo capaz de todo.

El sargento Pelton se echó a reír.

—El capitán Matlock tenía claro que usted era el hombre más indicado para la tarea.

—Y me halaga que deposite tanta confianza en mí —señalé—. ¡Por el amor de Dios! ¡Esto es la guerra! ¿A qué pensaba que veníamos? ¿A hacer una excursión con la escuela dominical? Fíjese bien en los alemanes. Se dedican a incendiar iglesias y a arrancarles los sesos a bebés inocentes. Hay que pagarles con la misma moneda —añadí—. Es el único tratamiento que los alemanes alcanzarán a entender.

El sargento Pelton se alejó.

—Muy bien, pues. Esté preparado dentro de media hora —dijo—.

Vamos a acabar con esto cuanto antes.

Entonces regresé a la trinchera donde se hallaba mi pelotón y les comuniqué las órdenes del capitán Matlock. Sabía de buena tinta que muchos de ellos, que no comprendían la necesidad de semejante acto, iban a censurar al capitán por el hecho de fusilar a los prisioneros, pero en esas circunstancias no quedaba otra salida. Esperaba una protesta de Walt Drury y otra de ese abogado marítimo, Bill Nugent, y no me equivoqué.

—A mí no me lo cuenten —me escabullí—. ¡Si el plan no les viene bien, vayan a contar sus penas al capitán Matlock!

—No osaría hacer algo así —insistía Nugent—. No puede hacer una vileza así.

—¿Y dónde se creen que nos hemos metido, señoritas? —pregunté—. ¡Esto es la guerra! ¿Por qué no han traído sus muñecas y sus platitos para entretenerse?

## El soldado Walter Drury

El cabo Foster nos dijo que cargáramos las armas y que fuéramos al hoyo de gravilla. Teníamos unos prisioneros y el capitán Matlock había ordenado que los lleváramos al barranco y los fusiláramos.

—¡Me niego a hacerlo! —me opuse—. Quizá esté dispuesto a matar a un hombre para defender mi propia vida, pero matar a un ser humano a sangre fría... ¡Me niego a hacerlo! ¡Me niego!

—Hará lo que le ordena el capitán, a no ser que quiera vérselas con el consejo de guerra. Entonces lo pondrán de pie y lo fusilarán también. Tal vez le apetezca más.

—¡Me niego a hacerlo! —reiteré.

—Muy bien —dijo el cabo Foster—. Dejaré que lo decida usted mismo, pero luego no me venga con que no le advertí.

Cogimos los fusiles y nos dirigimos al hoyo de gravilla. En el interior había dos docenas de jóvenes cuyos rostros estaban cubiertos de un vello fino y rubio. Estaban acurrucados en el centro del hoyo, lanzándose miradas nerviosas y hablándose en voz queda y asustada con los cuellos inclinados hacia delante, como si carecieran de fuerzas para sostener el peso de los cascos que llevaban. A juzgar por su aspecto, estaban enfermos y tenían hambre. Sus uniformes estaban raídos, rasgados y cubiertos de barro. Los dedos de sus pies sobresalían de las grietas de sus botas. Algunos ya estaban heridos y debilitados a causa de la pérdida de sangre y, apenas capaces de sostenerse por sí solos, se mecían de un lado para otro de modo vacilante.

De repente noté que se me aflojaban las piernas.

—No —dije—. No. No lo haré.

El cabo Foster estaba colocando a los prisioneros en fila, blasfemando con ira y agitando los brazos. «¿Por qué no me niego a hacerlo? —pensé—. ¿Por qué no nos negamos todos? Si nos plantamos un número suficiente de

hombres, ¿qué pueden hacer?» Entonces comprendí claramente la realidad de aquello: «Nosotros también somos prisioneros. Todos somos prisioneros...».

—¡No! —grité—. ¡Me niego a hacerlo!

Tiré el fusil, me volví y corrí dando tropezones hacia el bosque. Oí que el cabo Foster me llamaba para que volviera; oí los gritos de Dick Mundy y Bill Nugent, pero seguí corriendo sin parar, ocultándome detrás de los árboles y cayéndome dentro de los agujeros formados por los obuses al explotar, escondiéndome y temblando para luego seguir alejándome a toda prisa. Finalmente llegué a un viejo granero, donde me refugié tras una pila de desperdicios e intenté pensar en lo que había hecho. No tenía ni un amigo que me protegiera. No sabía francés. No tenía ninguna posibilidad. Tarde o temprano me en contraría la policía militar y me juzgarían por desertor. Eso era inevitable, lo sabía.

«Lo mejor será que me entregue y me lo quite de encima cuanto antes —decidí—. Quizá solo me caigan veinte años. Veinte años no son muchos —pensé—. Cuando salga tendré cuarenta y dos años escasos y a esa edad podré volver a empezar mi vida.»

## El soldado Charles Gordon

En cuanto hubieron colocado a los prisioneros en fila y empezaron a sacarlos del hoyo, Walt Drury hizo un ruido extraño, tiró el fusil y salió corriendo hacia el bosque.

—¡Walt! —grité—. ¡Walt!

—Que se vaya —dijo el cabo Foster—. Más tarde ya recibirá su merecido.

Entonces los prisioneros salieron del hoyo con la mirada impasible, cabizbajos, sin mirar hacia la derecha ni hacia la izquierda. El bosque presentaba los estragos causados por el fuego de la artillería, estragos recientes además, porque las hojas que se aferraban a los árboles destrozados y las ramas colgantes eran verdes. En algunos sitios, los troncos presentaban las marcas de la metralla, formando tiras de corteza roídas y flácidas que se balanceaban al viento, dejando expuesta la madera blanquecina de los árboles, de donde rezumaba lentamente la savia.

—Vamos —dijo Foster—. Vamos. Pongámonos en marcha antes de que oscurezca.

Nos abrimos camino cuidadosamente entre el bosque arrasado, apartando las ramas caídas y dando patadas con las botas a las hojas que se habían desprendido, creando una alfombra verde. Cuando llegamos a la entrada del barranco, los prisioneros intentaron echarse atrás, atemorizados, y se pusieron a hablar de forma excitada. Entonces, echando unas miradas inquietas por encima del hombro, entraron, uno tras otro, y se acurrucaron contra la pared opuesta.

Uno de los prisioneros tenía los ojos muy azules y no parecía acoquinarse ante nada. Se puso a hablar con sus compañeros, sonriendo y negando con la cabeza. No comprendía sus palabras, pero me imaginé que les estaba diciendo que no se preocuparan porque no había nada que temer.



«Estos hombres lucen otro uniforme y hablan otro idioma, pero están hechos de la misma carne y sangre que nosotros —imaginaba que decía—. No hay nada que temer porque no van a hacernos daño.»

De pronto, el hombre de los ojos azules me miró y sonrió y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, le devolví la sonrisa. Después el sargento dio la orden de abrir fuego y los rifles empezaron a estallar, disparando balas por doquier. Apunté con cuidado al hombre de los ojos azules. Por algún motivo quise que muriera en el acto. Se dobló hacia delante, se agarró el vientre con las manos y dijo: «¡Oh, oh!», como un niño que ha comido ciruelas verdes. Cuando alzó las manos vi que las balas le habían cercenado casi todos los dedos y que escupían sangre como el agua que chorrea de un grifo que pierde. «¡Oh! ¡Oh! —decía una y otra vez con voz de asombro—. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!» Entonces dio tres vueltas y cayó de espaldas con la cabeza en una posición más baja que sus pies. La sangre le salía a borbotones del vientre, con insistencia, como una marea que le empapó el abrigo embarrado y le manchó el cuello y la garganta. Levantó las manos dos veces más y dos veces más hizo ese ruido suave de asombro. Entonces sus manos y sus párpados dejaron de moverse.

Me quedé donde estaba, disparando de un lado hacia el otro conforme a las instrucciones.

«Todo cuanto me han enseñado a creer acerca de la misericordia, la justicia y la virtud es mentira —pensé—. Pero la más grande de todas las mentiras son las palabras “Dios es Amor”. Esa es sin duda la peor mentira jamás inventada por el hombre.»

## El soldado Roger Inabinett

Cuando el último prisionero dejó de dar patadas, el pelotón salió del barranco y regresó a la trinchera. Me oculté detrás de un árbol caído y dejé que los demás me adelantaran sin darse cuenta de que no los seguía. Durante un rato oí cómo caminaban a través del bosque, haciendo crujir las hojas con cada pisada, pero unos minutos después se hizo el silencio. Entonces volví y empecé a hurgar en los bolsillos de los muertos, pero casi no valió la pena. La mayoría llevaban billetes de marcos y unas cuantas monedas con agujeros cuadrados en el centro. Los guardé en mi bolsillo. Quizá tuvieran algún valor, no estaba seguro. También encontré muchas cartas y fotografías, que rompí en pedazos y tiré a una pila. Algunos de los hombres llevaban el anillo de su regimiento, que extraje de sus dedos: cada uno vale tres o cuatro francos. Otro tenía un precioso encendedor grabado a mano y con forma de cantimplora, pero aparte de eso no había prácticamente nada más.

Lo que buscaba en realidad eran Cruces de Hierro, que alcanzan unos precios elevados en los servicios de abastecimiento. Eran recuerdos codiciados y los muchachos las compraban para mandárselas a sus prometidas. A veces las venden hasta por ciento cincuenta francos. Los alemanes suelen llevarlas prendidas a sus camisetas, debajo del abrigo, donde nadie las ve. Inspeccioné a cada uno de los hombres, pero si alguno de esos prisioneros llevaba una condecoración no conseguí encontrarla.

Casi había acabado cuando levanté los ojos y vi que el sargento Pelton me estaba observando atentamente, sin desviar la mirada.

—Estoy buscando Cruces de Hierro —dije.

Se acercó, me agarró del cuello y me levantó.

—Deje todo eso donde estaba —me ordenó.

—¿Y qué sentido tendría hacer eso, sargento? —pregunté—. Nosotros tenemos más derecho que cualquiera a cogerlo. Si no nos lo quedamos

nosotros, lo hará otro, seguro. —Cogí el encendedor y se lo ofrecí—. Tenga. Se lo regalo, si lo quiere.

Durante unos instantes pensé que iba a pegarme, pero se lo pensó mejor. De repente me soltó y se alejó.

—Vuelva con su pelotón —me ordenó.

—De acuerdo —repuse—. Si se lo va a tomar así, me parece bien. Pero ¿de qué le sirve enfadarse?

—¡Le he dicho que vuelva con su pelotón! —gritó.

## El soldado Richard Mundy

Decidí desmontar mi fusil para limpiarlo a fondo. No tenía ganas de seguir pensando en esos prisioneros, pero cuando me senté con mi pelotón en aquella trinchera poco profunda, rodeado de los pedazos de mi fusil, no pude evitar pensar en ellos. El cabo Foster abrió unas latas de carne en conserva con una bayoneta y Roger Inabinett dividió la carne y unas galletas en ocho partes iguales.

Charlie Gordon sacó la armónica y se puso a tocar una melodía alegre, pero Everett Qualls le hizo parar. Entonces Foster repartió la comida y cada hombre aceptó su ración. Con solo verla, a Bill Nugent le entraron náuseas. Se dirigió al borde de la trinchera y vomitó. Cuando regresó tenía el rostro pálido. Jimmy Wade llevaba la cantimplora llena de coñac y se la pasó. Bill bebió un largo trago, pero volvió a levantarse casi en el acto para ir a vomitar de nuevo. Entonces se tumbó y se puso a temblar.

—¿Qué te ocurre, Bill? —preguntó Foster.

—Nada —repuso.

—Han empleado ese mismo truco con los franceses miles de veces y siempre se han salido con la suya —dijo Foster—. Los alemanes no tienen ni un pelo de tontos. Nunca hay que bajar la guardia.

Delante de nosotros, en el campo de trigo, los últimos rayos de sol se extendían por encima de las espigas pisoteadas, pero el bosque estaba casi oscuro. Inabinett estaba manoseando un encendedor que había encontrado entre los árboles. Lo chasqueó una y otra vez, haciendo un ruido seco.

—Solo le hace falta una piedra nueva —dijo—. Estará como nuevo en cuanto le ponga una piedra nueva.

Volví a montar el fusil y froté la culata con aceite. No conseguía quitarme de la cabeza a aquellos prisioneros, que se caían y se ponían de rodillas para volver a caerse otra vez. Caminé hasta el final de la trinchera y

me asomé por encima del borde. A muchos kilómetros delante de nosotros oía los disparos de fusiles y del oeste venían los estallidos intermitentes de los obuses, pero en el bosque reinaba la tranquilidad. «Cualquiera diría que estamos en medio de esta guerra», pensé.

Entonces me entraron unas ganas irreprimibles de volver al barranco y ver a los prisioneros. Salí rápidamente de la trinchera, antes de que los demás pudieran sospechar de mis intenciones.

Los prisioneros yacían donde los habíamos dejado, casi todos boca arriba y enredados formando unos nudos grotescos que parecían gusanos de pesca en una lata. Llevaban los bolsillos del revés y vacíos, los abrigos desabrochados y abiertos. Me quedé un rato mirándolos en silencio, completamente impasible. De repente la rama de un árbol que crecía al lado del barranco se balanceó y cayó, dejando que un rayo de sol se filtrara a través de los árboles e iluminara los rostros de los hombres. Desde la espesura del bosque un pájaro soltó un único gorjeo temeroso y calló de repente, recordando lo que había pasado. Me invadió una sensación extraña que no alcanzaba a entender. Me eché al suelo y hundí el rostro en las hojas caídas.

—Mientras viva, nunca más volveré a hacer daño a nada —dije—.  
Nunca más, mientras viva... ¡Nunca!... ¡Nunca!... ¡Nunca!

## El soldado Howard Nettleton

No quiero volver a oírles —nos advirtió el sargento Dunning—. El capitán Matlock ha dado la orden de que todos, salvo los hombres destacados para arreglar las carreteras, tienen que acudir a la iglesia y pasárselo bien, ¡y les juro por Dios que como no acaten se van a enterar! Y no piensen que podrán librarse, porque Lingote Riggin estará allí con una lista para comprobar que no falte ni un solo hombre.

En fin, la orden puso punto final al juego de la veintiuna.

—A mí me parece que por lo menos a los hombres de la retaguardia podrían dejarnos tranquilos el domingo por la mañana —opinó Archie Lemon—. Por lo menos podrían concedernos eso.

—Vamos. Acabemos de una vez —intervino Vester Wendell—. Otra misa no le va a hacer daño a nadie.

Habló Bob Nalls:

—Como vuelva a escuchar a ese capellán suplicar a Dios que tenga piedad de los paladines americanos y aniquile a sus enemigos impíos, pienso levantarme y preguntarle: «¿Y a usted quién se lo ha dicho? ¿De dónde saca tanta información confidencial?». Como vuelva a hacerlo, voy a preguntarle si desconoce que los alemanes también rezan. «Seamos lógicos —le diré—. Por lo menos escojamos a dioses diferentes a quienes rezar. ¡No tiene sentido que ambos lados estemos rogándole lo mismo a un mismo Dios!»

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo el sargento Dunning—. Ya me tienen harta, señores. No van a decir absolutamente nada. Van a hacer lo que se les dice y van a rezar y cantar salmos y disfrutar mientras lo hagan. ¡Vamos! —insistió—. ¡En marcha!

## El soldado Harland Perry

Un hombre de la Decimoquinta Artillería de Campaña llamado Charlie Cantwell me contó la siguiente anécdota. Parece ser que lo gasearon y estaba en la cama con los ojos vendados cuando el hombre que tenía al lado lo agarró de la mano y lo despertó. En ese momento calculó que debían de ser las tres de la madrugada, pero no estaba del todo seguro.

Entonces, según Charlie, su vecino le dijo que iba a morir. Charlie no podía verlo, por supuesto, porque tenía los ojos tapados, pero presintió que debía de ser un hombre de unos veinticinco años, de ojos castaños y cabellos negros rizados y con la barbilla partida. Charlie se mofó de la idea de que el otro fuera a morir, pero el hombre le aseguró que sí. Entonces preguntó a Charlie si creía que él, o sea, Charlie, iba a recuperarse y Charlie respondió que sí, que estaba casi convencido. De modo que el hombre metió la mano debajo de su almohada (no sé cómo Charlie se enteró si tenía los ojos vendados, como él mismo me dijo) y sacó un fajo de billetes capaz de asfixiar a una vaca.

—Aquí tienes diez mil francos —le dijo el hombre—. Gástalo todo en pasártelo bien.

Charlie aceptó el dinero y lo ocultó bajo el colchón.

—Malgástalo —le aconsejó el hombre—. Gasta todo lo que puedas en mujeres.

Charlie le prometió que lo haría y el hombre falleció de madrugada.

Bien, así es como Charlie me contó su historia, y me importa un comino que se la crean o no. A mí ni me va ni me viene. Lo único que sé es lo que me contó Charlie, y que tenía diez mil francos, y que nos pulimos una buena parte del dinero después de recuperarnos lo suficiente para que nos concedieran permiso para ir al pueblo.

## El soldado Albert Nallet

Antes de que destinaran la compañía a Francia, los hombres estuvieron estacionados en el trópico y allí se hicieron con Tommy, la mascota de la compañía. No sé exactamente qué era, pero parecía más un mapache que otra cosa. El sargento Halligan dijo que los nativos de Honduras los llaman osos hormigueros. No tengo ni idea de si es así; lo que sé es que Tommy tenía más sentido común que el capitán Matlock y todos sus oficiales juntos. Podíamos estar durmiendo en un refugio cuando uno de los guardas empezaba a olfatear el aire, hacía aspavientos y daba la alarma del gas. Entonces los hombres permanecían sentados con las máscaras de gas puestas hasta que les dolía la cabeza de la presión. Finalmente me di cuenta de que, cuando se trataba de una falsa alarma, Tommy seguía durmiendo acurrucado donde estaba sin inmutarse, y de que si realmente había gas no necesitaba que lo avisara un guardia: se iba a excavar un agujero y apilaba toda la tierra alrededor del hocico. Después de descubrirlo, hice caso omiso a todas las alarmas, salvo a las que atendía Tommy. La cuestión es que nunca me gasearon.

A Tommy le encantaba la leche condensada y Mike Olmstead, el sargento de comedor, solía dársela. En una ocasión, después de Saint-Mihiel, la cocina de campaña se extravió de la compañía durante dos días. El capitán Matlock envió a una docena de mensajeros para que la localizaran, pero ninguno de ellos lo consiguió. Entonces decidí soltar a Tommy y le dije:

—Escucha, Tommy, ¡ve a buscar a Mike! ¡Leche condensada! ¡Mike tiene leche condensada para ti!

Tommy se bajó de mi hombro de un salto y se dirigió a toda prisa derecho hacia el bosque, sin desviarse, moviendo la cola de emoción. Yo mismo pensé que se había equivocado en aquella ocasión, pero lo seguí de todas formas y al cabo de un cuarto de hora ya había localizado la cocina y había trepado por la pierna de Mike para acariciarle la mejilla con el hocico.



Resultó que Mike y su cocina nos habían adelantado durante la noche, por la carretera, y se encontraban a varios kilómetros delante de nuestra línea, pero al capitán Matlock no se le había ocurrido mandar a ninguno de los mensajeros en aquella dirección. Cuando Mike apareció con su cocina e informó de dónde había estado, el capitán Matlock dijo que era imposible. Mantuvo que Mike no podía haber pasado por nuestro lado durante la noche sin que nadie lo oyera.

Rasqué la panza de Tommy, ahora llena de leche condensada, y le guiñé el ojo. Tommy abrió la boca y se frotó el hocico, lo que se aproxima mucho a lo que para otro sería una carcajada.

## El soldado Robert Nalls

Después de la batalla de Saint-Mihiel, nos alojaron en Blenod-les-Toul con un matrimonio de ancianos franceses. Solo habían tenido un hijo, un chico llamado René, que había muerto al principio de la guerra. No paraban de buscar semejanzas entre su hijo y nosotros. Yo tenía los ojos castaños y los ojos de René también eran castaños; René tenía los dedos largos y finos y los dedos de Sam Quillin también eran largos y finos. Hallaban parecidos en cada uno de nosotros: en Jerry Blandford porque tenía los dientes rectos y blancos; en Roger Jones porque compartían la misma melena rizada y tupida, y en Frank Halligan porque tenía la costumbre de cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás cuando se reía. Su vida entera giraba en torno a su hijo fallecido. Hablaban de él a todas horas; no pensaban en nada más.

Tras su muerte, el Gobierno francés les mandó una pequeña placa de cobre que representaba en bajorrelieve el rostro heroico de una mujer rodeado de una corona de laurel. Debajo de la cara de la mujer aparecían las palabras: «Caído en el campo del honor». No se trataba de una condecoración excepcional, ni mucho menos. Era uno de esos objetos que el Gobierno solía mandar a los parientes más cercanos de todos los hombres que habían muerto en combate, aunque el matrimonio le atribuía una importancia descomunal. En un rincón de la sala habían puesto un pequeño estante para la medalla y el estuche, y debajo la mujer había construido un altar en el que ardían dos velas día y noche. La anciana pasaba largos ratos delante del altar con las manos nudosas y arrugadas descansando sobre sus rodillas. Entonces seguía frotando las cacerolas o se iba al establo a ver a su vaca.

Nos alojamos en Blenod durante cinco días, hasta que una noche nos llegó la orden de trasladarnos. Durante ese tiempo, el matrimonio se encariñó mucho con nosotros. Nos acompañaron hasta el lugar de reunión y se ofrecieron a llevarnos los fusiles y los petates. Luego se quedaron en medio

de la carretera, a pesar del vendaval de septiembre que les azotaba con fuerza, y se santiguaron una y otra vez mientras rogaban a Dios que nos devolviera sanos y salvos a casa.

Algunas semanas después, a muchos kilómetros de Blenod, volví a ver la placa de cobre: cayó del petate de Bernie Glass un día mientras se afeitaba. La recogió rápidamente, aunque sabía que yo la había visto.

—¿Cómo pudiste, Bernie? —le pregunté—. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—Me parece que no es asunto tuyo —repuso Bernie—. Creí que sería un bonito recuerdo para llevarme a casa.

Nunca regresé a Blenod y nunca volví a ver a ese matrimonio de ancianos, pero me gustaría que de alguna forma supieran cuánto me avergüenzo de todo el género humano.

## El soldado Oswald Pollard

Es aquí lo gracioso del caso: en septiembre, un tipo llamado Fallon, del cuarto pelotón, se volvió mochales. Se encaramó al parapeto de la trinchera, en plena descarga, y nadie pudo convencerlo para que bajara. Tratamos de hablar con él, de hacerlo entrar en razón, pero el hombre se negaba.

—Quiero que me peguen un tiro —repetía—. Sé perfectamente lo que estoy haciendo. Quiero que me peguen un tiro. Quiero suicidarme, ¿lo entienden?

Entonces Lingote Riggin sacó la pistola y la apretó contra la cabeza del tal Fallon.

—Como no dejes de suicidarte, ¡yo mismo te mataré, como que me llamo Michael Riggin! —dijo.

Fallon palideció al instante y se puso a gimotear. Bajó a la trinchera de un salto y se puso de rodillas.

—¡No! —imploró—. ¡No me mate, por favor!

## El soldado Martin Passy

A todos los muchachos les maravillaba mi audacia. Nunca les revelé la verdad, pero en el fondo de mi corazón sabía que no merecía que se me reconociera ningún mérito, a diferencia de hombres como Harold Dresser o el sargento Tietjen, que habían realizado grandes hazañas. Al principio me preocupaba la guerra y que me mataran, hasta que un día, en Baltimore, mientras estaba de permiso, vi un letrero en una puerta:

MADAME BONATURA  
VIDENTE DE ORIENTE

Adivina el pasado, el presente y el futuro

Entré en el salón y pasamos un rato hablando. Bajó las persianas y encendió una lámpara minúscula que le iluminaba el rostro y contempló su bola de cristal. Poco después se le alteró el semblante y se movió de forma nerviosa. Comenzó a hablar con voz soñolienta y me dijo los nombres de mis hermanos y el número de mi compañía, entre otras muchas cosas. Entonces vi que se ponía nerviosa y empezó a hablar en voz ronca.

—Hágame una pregunta y la contestaré —me dijo.

«Bien —pensé—, más vale que lo sepa ahora y así me olvido del tema de una vez.»

—Hágame una pregunta, la que sea —insistió.

—¿Me dirá la verdad, aunque la respuesta sea mala? —quise saber.

—Sí —afirmó.

—Pues dígame si voy a morir en la guerra.

Madame Bonatura miró largamente su bola de cristal antes de responder.

Tenía ganas de decirle: «¡No! ¡No me lo diga! ¡No responda!», pero no lo hice. «Ahora es tan buen momento como cualquier otro para saber la verdad», pensé.

Finalmente la madame habló y contuve la respiración:

—No lo van a matar, ni siquiera a herir —dijo—. Volverá junto a aquellos a quienes ama, se casará con la chica que elija y vivirá feliz el resto de su vida.

Por eso no creía justo que se me reconociera tanto mérito. No fui más valiente que los demás y, además, sabía de buena tinta que hiciese lo que hiciese no podía pasarme nada.

## El soldado Leo Hastings

Ese francotirador alemán se pasó toda la mañana intentando dispararme. Yo me iba asomando o me paseaba por el espacio abierto y entonces oía un tenue sonido metálico y la bala pasaba volando por encima de mi cabeza. Luego me paraba en seco, me quedaba donde estaba durante dos segundos o daba un paso hacia atrás o hacia un lado de forma inesperada. Caminaba por el parapeto de la trinchera burlándome del francotirador. Intuía que estaba tan exasperado que debía de estar al borde de las lágrimas. Yo también había utilizado miras telescópicas y sabía que ningún francotirador del mundo iba a darle a un hombre que iba variando tanto el paso como lo hacía yo, a no ser que consiguiera anticipar el sistema del otro, y tenía las mismas posibilidades de lograr eso como de robar el banco de Montecarlo.

—Me quedaré aquí y dejaré que vaya disparando todo el día —dije—. No me daría ni en siglos. A ver, tal y como estoy ahora, me tiene cubierto. ¡Pero espera! Tiene que calcular la distancia, tomando como ángulo ese árbol muerto y la casa de labranza, me imagino. Ahora ya lo tiene. Ahora le queda calcular la resistencia al viento y la elevación. Ya está listo para pegarme un tiro, pero si me muevo un poco hacia la derecha o doy unos pasos de claqué le fastidio todos los cálculos que acaba de hacer. ¿Lo ves? —dije—. Ahí va su bala, a medio metro a la derecha. No me daría ni aunque su vida dependiera de ello.

## El soldado Silas Pullman

Unos minutos más y entraremos a atacar. Oigo el tictac de mi reloj. Este silencio es peor que el bombardeo en sí. Nunca he estado bajo fuego enemigo y desconozco si podré soportarlo. No imaginaba que fuera a ser así. Quiero dar media vuelta y echar a correr. Supongo que soy un cobarde. Los demás no tienen miedo. Allí están todos, sujetando sus fusiles y haciendo bromas. Quizá tengan tanto miedo como yo. ¿Cómo voy a saberlo? ¿Cómo voy a saber qué les pasa por la cabeza? El sargento Mooney se dirige a mí: «Asegúrese de que haya sujetado bien la bayoneta», dice, y asiento con la cabeza. No me atrevo a hablar. ¡Oh, Dios! Que nadie se dé cuenta de que estoy aterrorizado. Que no se den cuenta, por favor. Ya no voy a pensar más en eso. Pensaré en otra cosa.

El teniente Jewett acaba de hacer la seña. El sargento Mooney está saliendo de la trinchera.

—¡Vamos! ¡Arriba! —dice, y todos salimos detrás de él.

Ahora caminamos lentamente hacia delante. ¿Por qué no abren fuego los alemanes? Saben que nos dirigimos hacia ellos. Nos ven. ¡Por el amor de Dios, abran fuego! Nadie los engaña. ¡Adelante! ¡Abran fuego!

¡Al suelo! ¡Al suelo! ¡Tírese al suelo, pedazo de idiota! ¿Quiere que lo maten o qué? Los alemanes ya han abierto fuego. Estamos pegados al suelo, arrastrándonos, avanzando centímetro a centímetro. Todavía no han determinado la distancia. «La orden es que nos arrastremos hacia allí hasta que estemos a unos cincuenta metros de sus trincheras y entonces corramos hacia ellos a toda velocidad y los atacemos.» Correr hacia ellos y atacar. Qué sencillo. Ataquen.

Ahora ya han calculado la distancia. El cabo Brockett recibe un tiro en el hombro. Se arrastra hacia un hoyo abierto por un proyectil. Se ha metido dentro, a salvo de las balas de las ametralladoras. ¿Por qué no deja de



retorcerse? Eso no va a ayudarlo. Con eso no conseguirá nada.

Las balas levantan la tierra a escasos centímetros de mi cabeza. ¡Agáchate más! ¡Agárrate bien al suelo, imbécil! Mart Appleton y Luke Janoff acaban de recibir un balazo cada uno. Se desploman casi al instante. Ahí están, tumbados e inmóviles. Y ahora le dan al hombre que tengo a mi lado. ¿Quién es? Se llama Les Yawfitz, si no me equivoco. Le han dado en toda la cara y la sangre le corre por las mejillas y le llena la boca. Hace un ruido como si se atragantara y se arrastra por el suelo como una hormiga. No ve hacia dónde va. ¿Por qué no se queda quieto? Eso sería lo más sensato. No sabe hacia dónde va, por si no se había dado cuenta.

Estamos cerca de las trincheras. ¡Levántense! ¡Levántense! Ha llegado el momento de echar a correr y lanzar las granadas. Ha llegado el momento de hacernos con las trincheras. Luchamos con las bayonetas. Estamos dentro de las trincheras alemanas. Luchamos con fusiles dotados de garrotes y cuchillos de trinchera. Se oyen gritos y los hombres corren de aquí para allá, confundidos. Pero ahora reina la tranquilidad. Estamos volviendo con los prisioneros. El sargento Dockdorf yace en el suelo con el cuello cortado, medio dentro, medio fuera de la trinchera. Jerry Easton está extendido sobre los tabloncillos alemanes. Todavía le tiemblan los párpados.

## El soldado Samuel Quillin

Era algo así como una combinación de refugio y morada, y antes de que tomáramos el territorio de los alemanes, el día anterior, había servido como casino para los oficiales. Daba a la carretera de Somme-Py y lo convertimos rápidamente en un puesto de evacuación. Cuando subí aquella noche a visitar a los heridos de mi batallón, la sala estaba atestada de hombres lesionados que esperaban la llegada de las ambulancias. Corría el mes de octubre y recuerdo que el aire era frío y vigorizante, con cierta sensación de helada. Pasé algunos minutos yendo de hombre en hombre, mirando las etiquetas de identificación. Entonces oí un silbido y una especie de soplido. Me tapé los oídos y me preparé, porque sabía por instinto que iba a darnos de lleno. El ruido se incrementó hasta convertirse en un chillido. Luego hubo un fognazo, seguido de una explosión ensordecedora que reventó las paredes. Me sumergí en un lago de tinta y me quedé postrado, boca abajo y sin respirar durante mucho tiempo. Después empecé a subir centímetro a centímetro hacia la superficie y me puse a gemir.

—Hay un hombre vivo allá abajo —oí que decía alguien.

Durante unos instantes nadie respondió a la voz, pero finalmente oí otra:

—Nadie puede estar vivo con tanto peso encima.

De repente recordé dónde estaba. Estaba tendido boca arriba y a través de las vigas, las láminas de hierro y las toneladas de tierra veía una sola estrella, lánguida y tenue en el cielo. Me asusté y me puse a gritar.

—¡No se mueva! —dijo con severidad la primera voz—. Mantenga la calma. Hay cientos de toneladas en equilibrio justo encima de su cabeza y si se mueve se vendrá todo abajo.

Dejé de moverme. Arriba, unos hombres apartaban las vigas con mucho cuidado, sacando los cadáveres a medida que los iban encontrando. El primer hombre volvió a hablar:

—¿Está herido?

—Me imagino que sí —repuse. Al rato, fui yo quien habló—: Creo que voy a gritar. Estoy pensando en que las vigas van a hacerme papilla.

—Si lo hace es porque es bobo.

Cerré los ojos y me puse a escribirle una carta, mentalmente, a una chica que conocía del pueblo que se llamaba Hazel Green, haciendo que rimara cada frase. Cuando los abrí de nuevo, vi un pedazo grande de cielo. Este pedazo se fue haciendo cada vez mayor, hasta que me quitaron la última viga del pecho y los hombres me ayudaron a levantarme. Me puse de pie, comprobando mis piernas. Caminé sin ayuda hasta el puesto de socorro, donde me examinó el médico, pero no encontró ni un solo rasguño en todo mi cuerpo.

—Han extraído veintiséis cadáveres de ese refugio y usted es el único que ha salido con vida —dijo el médico—. Se ha salvado por los pelos.

—Sí, señor —aseveré—. ¡Ya lo creo!

## El soldado Abraham Rickey

Estaba echado en el campo de trigo cerca del capitán Matlock cuando le descerrajaron un tiro y fui el primero en acudir en su ayuda. Una bala de ametralladora le había dado de lleno entre los ojos, atravesado la cabeza y salido por la base del cráneo.

Un muchacho de la tercera sección, un tal Mart Passy, vino cuando me oyó gritar y juntos levantamos al capitán y lo llevamos a una trinchera, donde los camilleros lo cogieron y lo trasladaron a la retaguardia.

Una vez acabada la ofensiva y ya de vuelta en Fly Farm, donde fuimos a buscar un lote de repuestos, les conté a algunos de los muchachos que habían ametrallado a Bocapez Terry.

—Se desplomó sin hacer ruido —dije—. O sea, cayó sobre el trigo y se encogió. Estaba convencido de que lo habían matado, pero todavía respiraba cuando se lo llevaron los camilleros. Solo fue una bala, pero le atravesó la cabeza. Cuando lo puse boca arriba vi una cucharadita de sesos desparramados en el suelo.

—¡Alto ahí! ¡Vayamos por partes, bisoño! —saltó el sargento Dunning—. ¿Cuántos sesos has dicho que salieron de la cabeza de Bocapez Terry?

—Una cucharadita, más o menos —repuse.

Todos movieron la cabeza con gesto incrédulo y se encogieron de hombros.

—¿Estás seguro de que el hombre que recogiste era el capitán Matlock? —receló el sargento.

—Por supuesto —confirmé—. Completamente convencido.

Todos se echaron a reír.

—¡Sé razonable, hombre! —intervino Vester Keith—. ¡Sé razonable! ¡Si se le desparramaron tantos sesos, no podía ser nuestro Terry!

## El soldado Wilburg Bowden

La noche era oscura como boca de lobo, sin una sola estrella, y me arrastré hasta un hoyo profundo, donde me tendí y escuché aguzando el oído. Me di cuenta enseguida de que había otro hombre conmigo en el hoyo. No sé cómo me percaté, porque no lo veía, ciertamente, pero lo intuía. Saqué mi cuchillo de trinchera y me preparé, pero el hombre me habló en inglés. Me dijo que era centinela de avanzada del Primer Batallón y que se había topado con una patrulla alemana que lo había dejado herido. Me lo dijo susurrando con la boca pegada a mi oreja. Las trincheras alemanas quedaban a poca distancia del hoyo y no nos atrevíamos a hacer ningún ruido que pudiera delatarnos.

—¿Dónde te han dado? —le pregunté en voz baja.

Tardó mucho en responder.

—En la pierna —dijo finalmente.

Cogí su estuche de primeros auxilios y desarrollé la venda lo mejor que pude. No llevaba ni una cerilla, aunque tampoco me hubiera atrevido a encenderla. Le desabroché el cinturón y le bajé los pantalones. Luego le corté los calzones con el cuchillo.

—¿En qué pierna? —pregunté.

—No estoy seguro —contestó lentamente.

—Voy a pasar la mano por tu pierna —musité— y, cuando roce la herida, dímelo para que pueda vendártela.

—Muy bien —asintió.

Pasé la mano por su pierna izquierda desde el muslo hasta la rodilla, pero no se estremeció ni hizo ningún gesto de dolor. Entonces le puse la mano en el muslo derecho y lo palpé con cuidado. De repente se estremeció un poco.

—¿Te duele aquí? —pregunté.

—Sí —repuso.

Su uniforme estaba empapado de sangre y tras tocarle las piernas mis dedos estaban pringosos. Le puse la venda en la parte que me había indicado y la apreté bien.

—¿Todavía sale sangre? —quiso saber.

—No —lo tranquilicé—. Ahora ya no pierdes sangre. La herida no debe de ser muy grande, a fin de cuentas, si ni siquiera la notabas —señalé.

—Será profunda, me imagino —conjeturó.

Después de ponerle la venda, me dijo que tenía mucho sueño y que iba a dar una cabezada.

—Eso es —le dije—. Descansa un poco. Cuando vuelva con mi compañía, mandaré un par de camilleros para que vengán a buscarte.

No contestó. Se había quedado dormido mientras hablaba.

Cuando regresé a la línea, al cabo de una hora, informé al sargento Boss sobre el hombre herido y ordenó que fueran a buscarlo, pero cuando lo encontraron estaba muerto. Lo llevamos al refugio y lo examinamos a la luz de una vela. Lo primero que vimos era que tenía un agujero del tamaño de un puño en el costado. Me lo quedé mirando, perplejo, mientras los demás se burlaban de mí. Entonces quité la venda que le había puesto en la pierna. La piel estaba intacta. En realidad, no tenía ni un rasguño en todo el cuerpo salvo la herida que tenía en el costado, por la cual se había desangrado.

He pensado muchas veces en lo ocurrido con ese hombre, pero no le encuentro ni pies ni cabeza. ¿Por qué se estremeció y me dijo que tenía una herida en la pierna si no era así? ¿Era consciente de dónde lo habían herido? ¿O lo hizo porque sabía que iba a morir y mis preguntas le molestaban? ¿Juzgó que lo mejor sería dejar que me saliera con la mía y le pusiera la venda porque yo insistía mucho? Le he dado muchas vueltas, pero nunca he sacado ninguna conclusión.

## El soldado Eugene Merriam

Entregué el mensaje al teniente Bartelstone y me volví para marcharme, pero los alemanes habían empezado una vez más a bombardear el bosque y la carretera de Somme-Py.

—Más vale que se espere hasta que termine la descarga —me aconsejó el teniente Bartelstone.

—No, señor —me resistí—. Lo mejor será que vuelva a la sede. Ya encontraré la manera de atravesar la cortina de fuego.

—Se trata de una cortina muy espesa —me advirtió—. Es mejor que espere un poco.

—Todo irá bien —le aseguré—. He sobrevivido a cien bombardeos infinitamente peores que este. Si tuviera que esperar a que terminaran todos, pocos mensajes llegarían a su destino.

—Sí, supongo que tiene razón —se rió el teniente.

Me subí el cuello del abrigo, como si fuera a adentrarme en una tormenta de lluvia, y eché a correr a toda prisa por el bosque. Los obuses iban estallando en las copas de los árboles y el bosque se llenó de metralla candente. Los pedazos se arremolinaban, gemían y hacían un ruido parecido al de los caballos cuando reciben un mordisco en la ijada. Era otoño y las hojas de los árboles eran rojas y amarillas y marrones. Llovían delante de mis ojos y caían al suelo como pájaros muertos. El bombardeo pareció intensificarse, pero continué corriendo. Sabía que no me serviría de nada agacharme. De repente el bosque se despejó y vi la carretera.

«Dentro de un minuto saldré del bombardeo y estaré a salvo», pensé.

## El soldado Herbert Merriam

Abandoné el hospital a finales de septiembre y la compañía estaba acampada en un bosque cerca de Manorville. Pregunté al sargento Boss por mi hermano, Gene, el mensajero de nuestro regimiento.

—Pues no lo he visto últimamente —respondió—, pero nos hemos desplazado continuamente y hace tiempo que no coincido con los de la sede.

—Esta noche iré para allá y le daré una sorpresa —dije.

Dejé mis cosas en una litera desocupada, pero Byron Long me las quitó.

—Oye, quédate con mi litera, si quieres, Herbie —se ofreció—. Esa está rota. Ven, que te la cambio por la mía.

—Pero ¿esto qué es? —me sorprendí, riéndome—. ¿Se puede saber qué os pasa? ¿Ahora hacéis prácticas para ver si entráis en los boy scouts o qué?

Byron no dijo nada, pero apartó la mirada.

—Yo que tú no iría a la sede a ver a Gene —dijo el sargento Halligan.

—¿Por qué no? —me extrañé—. No hay ninguna norma que lo impida, ¿verdad?

—Creo que es mejor que no vayas.

Me quedé donde estaba y durante un minuto pensé en sus palabras. De repente mi corazón se puso a latir con demasiada fuerza. Se me aflojaron las piernas y por un momento creí que iba a caerme.

—Ah —dije—. Ah. Entiendo.

—¿Por qué no te tumbas en la litera de Byron y descansas un rato? —sugirió Frank Halligan—. Es aquella que hay al lado de la pared, apartada. Allí no te pisará nadie. Echa una cabezada, anda. Debes de estar cansado después del viaje desde el hospital.

—De acuerdo —acepté—. Creo que un sueñecito me irá bien.

—Vamos, acuéstate —dijo Byron—. Ten, te taparé con mis mantas para que no pases frío.



Entonces todos los hombres encontraron un motivo para irse del dormitorio. Salieron uno tras uno al frío bosque hasta que finalmente me quedé a solas.

## El soldado Peter Starfford

Cuando salí del éter, al principio no reconocí dónde me encontraba, pero unos minutos después se me despejó la mente y recordé que estaba ingresado en un hospital y que me habían amputado la pierna. La enfermera me administró un medicamento y enseguida desapareció el dolor. Todo me pareció confuso. A ratos era consciente de dónde estaba y de lo que me había ocurrido, y entonces me dormía y me imaginaba de nuevo en casa.

Desconozco la hora que debía de ser cuando oí unos cuchicheos que venían desde arriba. Abrí los ojos, levanté la vista y lo primero que vi fue a una anciana de expresión dulce que me miraba. Por algún motivo, creí que estaba de vuelta en Little Rock y que aquella dama era una de las vecinas, la señora Sellers, que había venido a ver a mi madre.

—¡Hola, señora Sellers! —dije—. ¿Cómo es que le ha dado por subir a verme a mi habitación?

Entonces me fijé en los médicos y las enfermeras que había a cada lado de la señora y recordé dónde estaba. La mujer no dijo nada, pero me sonrió con amabilidad. Cuando caí en la cuenta de mi error, me dirigí a ella de forma más educada:

—Discúlpeme, señora, pero la he confundido con la mujer que lleva la casa de huéspedes que hay justo delante de mi casa.

La mujer me respondió con una voz muy cultivada:

—¿Me parezco a ella?

—Sí, señora —le aseguré—. ¡Y mucho! Vamos, si llevara una bata y un gorro de tocador, ya le digo yo que nadie sería capaz de distinguirlas.

Por la expresión de su rostro, supe que había metido la pata. Más tarde, me enteré de que había estado hablando con su majestad la reina de Inglaterra. Cuando supe la verdad, pedí a la enfermera que se encargara de decirle a la reina que la señora Sellers era una mujer respetable que gozaba de

una excelente reputación entre todos los habitantes de Little Rock y que no tenía por qué avergonzarse del parecido que guardaba con ella. La enfermera me dijo que, siendo tan íntima amiga de la reina, se lo diría sin falta la próxima vez que la visitara.

Nunca supe nada más del tema, pero el error fue involuntario por mi parte y era evidente que la reina también se lo había tomado como tal. Sin embargo, estoy convencido de que todavía se acuerda de mi despropósito y de que, desde ese día, se ha reído muchas veces a mi costa.

## El soldado Sidney Belmont

He oído contar una anécdota que le ocurrió a un coronel de mi regimiento. Una tarde se acercó al frente, vestido con el uniforme de soldado y sin lucir sus águilas ni su cinturón ni las demás insignias de su rango. Mientras inspeccionaba las filas, apareció Gene Merriam con un mensaje. Cuando vio al coronel, se paró y lo saludó a la vista de todos. El coronel montó en cólera.

—Vamos a ver, pedazo de idiota —gritó—. ¿A quién se le ocurre saludar a un oficial en pleno frente? ¿Pretende que los francotiradores del ejército alemán me identifiquen?

Durante unos minutos más, se dedicó a despotricar y a amenazarlo con el puño hasta que finalmente se apiadó de Gene, que estaba colorado y con la cabeza gacha ante el rapapolvo que estaba recibiendo.

—Escuche —le dijo el coronel—. La próxima vez, si quiere llamarme la atención en el frente, olvídense de saludarme. Lo que tiene que hacer es acercarse, darme un par de patadas y decir: «¡Oiga, imbécil decrepito desgraciado!». Así es como debe hablarme cuando acudo al frente —dijo el coronel.

Más adelante me contaron la misma historia con respecto a los coroneles de todos los regimientos de Francia, pero en el mío sucedió de verdad.

## El soldado Richard Starnes

Aquella noche, después del asalto, nos despistamos y no conseguimos encontrar el hueco en nuestra alambrada. Eramos cinco. Seis, contando el prisionero que habíamos traído con la intención de someterlo a un interrogatorio. Mientras discutíamos, los alemanes nos lanzaron unas bombas de gas. Sacamos las máscaras y nos las pusimos en el acto, pero el prisionero no llevaba ninguna y, cuando el gas empezó a asfixiarlo, se echó al suelo, presa del pánico, y suplicó por su vida. Sollozó, se retorció las manos y nos habló de su madre y de su casa. No le prestamos atención. No quisimos escuchar lo que nos decía. Entonces el hombre se abrazó a mis rodillas y se negó a soltarme. En mi vida he visto un acto tan cobarde. En numerosas ocasiones traté de apartarlo con el pie, pero volvió cada vez, llorando y abrazándose a mis piernas. A esas alturas ya empezaba a toser y le lloraban los ojos.

Ahora viene la parte más graciosa de la historia: mientras ese cerdo infeliz se aferraba a mis rodillas y lloraba, me invadió una extraña sensación de compasión y, antes de que pudiera darme cuenta, me arrodillé a su lado y lo estreché entre mis brazos.

—Coge mi máscara, hermano —le dije dulcemente.

No sé por qué lo hice. ¡Nunca he entendido cómo fui capaz de hacerlo! Debía de estar loco. Un hombre cuerdo jamás haría algo así.

Y si él hubiese tenido aunque fuera una pizca de consideración, habría rechazado la máscara, pero la cogió de mis manos y se la puso. Mi intención, en realidad, no era darle la máscara. ¿Por qué iba a hacerlo? En cuanto reparé en mi error, quise arrebatársela, pero no podía hacerlo delante del resto de los hombres. ¿Comprende el apuro en el que me metí?

—Sí —respondió el médico—, lo comprendo.

—¿Qué derecho tenía él de aceptar la máscara si yo apenas era

consciente de lo que estaba haciendo? ¿Qué derecho tenía?...

—Fue un acto magnífico —dijo el médico.

—Le digo que fue un acto de locura —grité—. Me arrepentí en el mismo momento en que se la entregué.

—Ahora cállese —me pidió el galeno—. Si no, va a provocar otra hemorragia.

## El cabo Frederick Willcoxon

Era finales de octubre y los alemanes habían empezado a retroceder, liberando a todos los pueblos que habían ocupado en los últimos cuatro años. A todas horas del día nos topábamos con civiles franceses, en su mayoría hombres y mujeres mayores, que se dirigían hacia la retaguardia cargados con sus pertenencias. Cuando paramos a tomar un descanso de diez minutos, vimos a una anciana que estaba apoyada en la ladera de una colina muy inclinada. Atada a su espalda llevaba una enorme cesta de mimbre repleta de ollas y cacerolas, entre otras cosas. Tenía la cara arrugada y parecía débil y agotada.

—¡Dios mío! —exclamó el sargento Halligan—. ¿Cómo consigue esa pobre abuela cargar con tanto peso?

—No lo sé —contesté—, pero voy a ayudarla a llevar todas sus cosas hasta lo alto de la colina.

Me volví y caminé hacia ella, pero cuando me vio la anciana me amenazó con el puño. Me detuve, sorprendido, y le hablé suavemente:

—No se asuste, abuela. No voy a hacerle daño.

Entonces le sonreí y seguí caminando, pero antes de llegar a ella se levantó de un brinco, soltó una especie de chillido y subió hasta lo alto de la colina, con la cesta a cuestas y con la misma rapidez con la que un lagarto trepa por un muro. Se movía tan deprisa que me quedé allí boquiabierto. Una vez en la cima, escupió hacia mí y me dijo que era un cerdo.

Todos se rieron y se mofaron de mí. Mart Passy se revolcó por los suelos, riéndose a carcajadas.

—¡Eh, Fred! —gritó—. Dile a tu novia que vuelva a bajar y que nos ayude a subir la cocina de campaña.

## El sargento Marvin Mooney

Un día, en el bosque de Argonne, tropezamos con un soldado alemán herido. Era temprano todavía y el suelo estaba cubierto de la escarcha de la noche anterior. El alemán estaba tendido boca abajo y me imaginé que había pasado toda la noche allí, porque cuando le di la vuelta no había indicios de escarcha en el lugar en que estaba tumbado. Tenía el rostro muy pálido y temblaba sin parar. Llevaba unas gafas de lentes gruesos y mugrientos.

Cuando me vio, suplicó un trago de agua, a lo que le dije:

—Era diferente cuando te dedicabas a violar a las enfermeras de la Cruz Roja y a cortarles las piernas a los niños en Bélgica, ¿verdad? Pues ahora se ha vuelto la tortilla y te voy a pagar con la misma moneda.

Entonces le enderecé la cabeza con el pie y le golpeé la cara con la culata de mi fusil hasta dejársela hecha papilla. Después, abrí la cantimplora y eché el agua que quedaba al suelo, pues no quería que nadie pensara que lo que me importaba era el hecho de darle agua.

—¡Ten! El trago de agua que pedías —dije.

El que me tome por mentiroso, que se lo pregunte a Fred Terwilliger o a Harry Althouse. Ellos estaban conmigo cuando ocurrió.

Era un tipo enclenque y llevaba las gafas atadas a las orejas con dos tiras de bramante. Tenía la cara blanca, tiritaba y le castañeteaban los dientes. Apenas medía un metro sesenta y cinco, aunque quizá fuera más alto. Con cada golpe que le propinaba, se le encogían un poco las rodillas.



## El soldado Oliver Teclaw

Una mañana, mientras nos dirigíamos hacia el frente, oí que alguien gritaba mi nombre con excitación.

—¡Ollie! —chillaba—. ¡Ollie Teclaw!

Era el sargento Ernest, mi viejo sargento de instrucción. Siempre había mantenido que en todos los años que llevaba de servicio yo era el peor soldado al que había intentado adiestrar.

—Hola —le dije.

—Oye, ¿alguna vez llegaste a aprender cómo sujetar bien un fusil? —preguntó.

—No —repuse—. Nunca.

—¿Y pasaste las pruebas de tiro?

—No, sargento; nunca aprendí a disparar un arma —contesté—. Nunca he sabido.

La distancia que nos separaba estaba haciéndose cada vez mayor, y entonces el sargento Ernest, haciendo bocina con las manos, gritó:

—¿Y qué tal las granadas? ¿Ya sabes lanzar granadas?

—No he mejorado desde mis días en el campamento —respondí.

Ernest movió la cabeza con gesto incrédulo y soltó un gemido.

—¡Por el amor de Dios! ¿Todavía no te ha matado nadie? —vociferó.

—Pues no. Hasta ahora, no.

## El soldado Franklin Good

Corría el mes de noviembre. Las noches eran frías y cada mañana amanecía con el suelo cubierto de escarcha. Las carreteras estaban heladas y duras como el hierro. No quedaba ni una hoja en los árboles y las ramas susurraban como el papel de lija en el viento. En el bosque, más abajo, los alemanes se retiraban a ritmo constante, dejando sus trincheras sembradas de municiones y material y sus heridos abandonados en el suelo. Atravesamos el bosque con cautela, procurando no pisar ninguna mina.

Avanzamos sin descanso durante todo el día. Al anochecer avistamos el Meuse, que fluía delante de nosotros. Echamos a correr cuando vimos el río, deseosos de cruzar el puente y acampar antes de que oscureciera del todo, pero cuando llegamos a la orilla cayeron tres proyectiles y el puente saltó en pedazos, que cayeron al agua y desaparecieron arrastrados por la rápida corriente. Todos permanecemos en la orilla, soplándonos las manos, levantando nubes de vaho con cada aliento.

Los ingenieros vinieron de la retaguardia, dispuestos a construir un pontón. Nos pusimos a excavar una trinchera junto a la orilla, anticipándonos al bombardeo que nos tenían preparado los alemanes. Los ingenieros trabajaron a toda marcha y el pontón estaba listo antes de que empezara el bombardeo. Sin embargo, alguien tenía que nadar hasta el otro lado del río para sujetar el pontón a la orilla opuesta. Jerry Blandford se ofreció como voluntario. Se desnudó y se arrojó a las gélidas aguas, remolcando el delicado pontón detrás de él. Cuando alcanzó la orilla opuesta, empezó el bombardeo. Blandford ató la cuerda alrededor de un tocón y el primer hombre pasó al otro lado.

Los proyectiles estallaron a nuestro alrededor, levantando chorros de agua y terrones más grandes incluso que el cuerpo de un hombre. Uno tras otro, cruzamos el pontón a toda prisa y nos apostamos al otro lado del río.

Al amanecer, lo habíamos cruzado todos. Nueve hombres habían muerto en el intento y el pontón había sido parcialmente destruido, y luego reparado, en tres ocasiones. Cuando el último hombre pisó la orilla opuesta, se reorganizaron las secciones y continuó el ataque.

Nos volvimos para mirar el río y vimos a los ingenieros, cual hormigas, construyendo apresuradamente otro puente lo bastante sólido para soportar el peso de nuestra artillería.

## El soldado desconocido

Aquella tranquila noche veníamos de colocar unas nuevas alambradas y los hombres estaban muy animados. Hasta que dos ametralladoras Maxim abrieron fuego, un fuego arrollador y mortífero, y uno de mis compañeros alzó las manos y se desplomó sin decir palabra. Me detuve en seco, perplejo ante el ataque inesperado, sin saber hacia dónde ir. Entonces oí un grito: «¡Cuidado! ¡Cuidado con la alambrada!», y vi a mis compañeros, tumbados boca abajo, asustados y dispersándose por todos lados. Eché a correr, pero en ese momento recibí un empujón, me quedé sin aliento y me caí hacia atrás, enredándome con la alambrada.

Al principio no me di cuenta de que estaba herido. Permanecí donde estaba, en la alambrada, respirando hondo. «Debo mantener la calma —pensé—. Si me muevo, me enredaré tanto que jamás podré salir de aquí.» Después lanzaron una bengala blanca y bajo la luz que la siguió vi que tenía el vientre desgarrado y que mis entrañas colgaban de la herida como un ramo mal arreglado de rosas azules. Me asusté y forcejeé, pero cuanto más me retorcí más se me clavaban las púas. Finalmente, cuando comprobé que no podía mover las piernas, supe que iba a morir. De manera que me quedé tendido donde estaba, gimiendo y escupiendo sangre.

No me podía sacar de la cabeza los rostros de los hombres y la forma en que habían huido en cuanto hubieron oído los primeros disparos. Me acordé de una vez, siendo niño, que fui a visitar a mi abuelo, que vivía en una granja. Ese año los conejos se le estaban comiendo las coles y el abuelo cerró todas las entradas al huerto salvo una, que cebó con hojas de lechuga y zanahorias tiernas. Cuando el campo se llenó de conejos, empezó la diversión. Mi abuelo abrió la barrera y dejó entrar al perro; mientras tanto, el jornalero se plantó junto al agujero armado con un palo de escoba con el que les iba rompiendo el cuello a medida que salían. Recordé que me hice a un lado,

compadeciéndome de los conejos y pensando que eran muy tontos por haber caído en una trampa tan evidente. Y ahora, tendido como estaba en la alambrada, ese recuerdo me volvió de forma vivida. Yo me había compadecido de aquellos conejos. Nada menos que yo.

Me recosté con los ojos cerrados y seguí pensando. Entonces oí al alcalde del pueblo, leyendo su alocución anual en el Cementerio de los Soldados. Algunos fragmentos de su discurso persistían en mi mente: «¡Estos hombres encontraron una muerte gloriosa en el Campo del Honor!... ¡Sacrificaron sus vidas de buena gana por una Noble Causa!... ¡Tamaña exaltación sintieron cuando la Muerte les besó los labios y les cerró los ojos para una Inmortal Eternidad!».

De repente me vi, otra vez de niño, en medio de la multitud con la garganta anudada para no llorar, escuchando embelesado el discurso y creyendo a pies juntillas cada una de sus palabras, y en ese preciso instante entendí perfectamente por qué yacía agonizando sobre esa alambrada.

Una vez pasada la primera impresión, empecé a notar las heridas. Había presenciado cómo morían otros hombres en la alambrada y siempre había mantenido que si me pasaba lo mismo no haría ningún ruido, pero al cabo de un tiempo ya no soportaba más el dolor y solté unos gritos agudos y temblorosos. Y seguí llorando así durante un buen rato. No podía evitarlo.

Hacia el amanecer, un centinela alemán salió de su puesto y se acercó al lugar donde yacía.

—¡Chitón! —dijo suavemente—. ¡Chitón, por favor!

Se puso en cuclillas y me miró fijamente con una expresión de lástima. Comencé a hablar con él:

—Lo que dice la gente es una gran mentira y nadie se la cree del todo — empecé—. Y yo formo parte de ella, me guste o no. Ahora formo más parte de ella que en toda mi vida: dentro de unos años, cuando haya terminado la guerra, llevarán mi cadáver de vuelta al Cementerio de los Soldados, igual que trasladaron los cadáveres de los soldados que murieron antes de que yo naciera. Y habrá una banda de metal y habrá discursos y habrá una magnífica losa de mármol en la que aparecerá mi nombre cincelado cerca de la base. También estará el alcalde y señalará mi nombre con su dedo índice regordete y tembloroso y proferirá palabras acerca de la muerte gloriosa

y los campos del honor. ¡Y entre la multitud habrá otros niños que lo escucharán y le creerán, igual que yo también lo escuché y le creí!

—¡Chitón!—susurró el alemán—. ¡Chitón! ¡Chitón!

Me retorcí una vez más sobre las púas y me eché a llorar.

—¡Y no soporto la idea de que eso ocurra! ¡No lo soporto! Nunca más quiero escuchar aquella música militar ni aquellas palabras rimbombantes: quiero que me entierren en un lugar donde nadie me encuentre. Quiero aniquilarme por completo.

De pronto me callé, porque se me había ocurrido una manera de conseguirlo. Me arranqué las etiquetas de identificación y las lancé contra la alambrada, lo más lejos que pude. A continuación rompí en pedazos las cartas y las fotografías que llevaba conmigo y esparcí los fragmentos a mi alrededor. También me deshice del casco para que nadie pudiera identificarme a partir del número de serie grabado en la banda elástica. Entonces me recosté de nuevo, ahora exultante.

El alemán se había levantado y seguía mirándome fijamente, como si no entendiera.

—¡He ganado a los oradores y a las funerarias en su propio campo! ¡Los he vencido a todos! Nadie más podrá utilizarme como símbolo. ¡Nadie más podrá mentir a costa de mi muerte!

—¡Chitón! —musitó el alemán—. ¡Chitón! ¡Chitón!

El dolor entonces se hizo tan insoportable que me atraganté y mordí el alambre con los dientes. El soldado alemán se acercó un poco más y puso una mano en mi cabeza.

—Chitón —me rogó—. Chitón, por favor.

Sin embargo, no podía parar. Me retorcí en la alambrada y chillé. El alemán sacó una pistola y empezó a darle vueltas entre las manos, sin mirarme. Entonces colocó el brazo debajo de mi cabeza para levantarme y me besó suavemente la mejilla, repitiendo frases que no comprendía. Me di cuenta de que él también había estado llorando.

—¡Hazlo! —lo insté—. ¡Rápido! ¡Rápido!

Durante unos instantes permaneció donde estaba con las manos temblorosas. Luego apretó el cañón contra mi sien, apartó la mirada y disparó. Pestañeé un par de veces antes de cerrar completamente los ojos. Apreté los puños y los aflojé muy lentamente.

—He roto la cadena —susurré—. He vencido a la estupidez inherente a la vida.

—¡Chitón! —dijo—. ¡Chitón! ¡Chitón! ¡Chitón!

## El soldado Charles Upson

Lo primero que advertimos fue el silencio de la artillería alemana. Entonces nuestra artillería también dejó de disparar. Nos miramos, sorprendidos por la repentina tranquilidad, y nos preguntamos qué ocurría. Se nos acercó un mensajero, sin aliento, con un mensaje de la oficina divisional. El teniente Bartelstone, al mando de nuestra compañía, lo leyó despacio y convocó a los sargentos de la sección:

—Vayan a avisar a los hombres de que hagan alto el fuego. Ha terminado la guerra —dijo.

## El cabo Stephen Waller

La Compañía K entró en acción el 12 de diciembre de 1917 a las 22.15 en Verdún, Francia, y dejó de luchar durante la mañana del 11 de noviembre de 1918 cerca de Bourmont, habiendo cruzado el río Meuse la noche anterior en medio de un bombardeo. A lo largo de este período, participó en las siguientes grandes operaciones: Aisne, Aisne-Marne, Saint-Mihiel y Meuse-Argonne.

Algunos hombres recibieron una mención por su valor, y las siguientes condecoraciones fueron otorgadas por el servicio meritorio bajo el fuego enemigo: diez Cruces de Guerra (cuatro de ellas con palmas), seis Cruces por Servicio Distinguido, dos *Médailles Militaires* y una Medalla de Honor, siendo otorgada esta última al soldado Harold Dresser, un hombre de asombrosa valentía personal.

El porcentaje de bajas, incluyendo los muertos, los heridos en combate, los desaparecidos y los evacuados a los hospitales por enfermedad, ascendió a una cifra considerablemente superior a la media (332,8 por ciento).

Nuestro comandante, el capitán Terence L. Matlock, demostró ser eficaz y conservó de principio a fin el respeto y la admiración de los hombres a su servicio.



## El soldado Leo Brogan

Ya se había firmado el armisticio y llevábamos tres días atravesando Francia, a apenas un día a la zaga del ejército alemán, en proceso de evacuación. Llovía: una lluvia fina y neblinosa que caía a plomo y nos calaba hasta los huesos temblorosos mientras nos abríamos paso de forma desordenada por los caminos embarrados. Visto a través de la llovizna, el paisaje, una extensión de campos pardos y áridos y bosques sin hojas, se nos antojó muy desolado y los pueblos parecían solitarios contra el cielo gris como el peltre.

De vez en cuando cruzábamos algún pueblo parcialmente reconstruido o asolado solo a medias en el que todavía quedaban habitantes. En aquellas ocasiones, los aldeanos salían a las puertas de sus casas, mudos y un poco asustados, a mirar cómo pasábamos. También nos topamos con alguna casa solariega espléndida que, debido a su ubicación aislada, se había librado de los bombardeos sistemáticos y seguía inconcebiblemente intacta, al lado del camino, con sus paredes de ladrillo, sus verjas de hierro y sus setos descuidados. Fue mientras nos aproximábamos a uno de estos *châteaux* cuando recibimos la orden de romper filas para almorzar. Nos echamos a un lado del camino y esperamos. Al rato apareció Mamie, nuestra mulas de cocina, que avanzó pesadamente hasta la cabeza de la columna arrastrando la cocina de campaña y se apartó del camino para entrar en un campo inculto.

Hymie White, de la segunda sección, se quitó el petate y se desentumeció los hombros. Cuando acabó de destensarse la espalda y hubo sacado su estuche de utensilios, la cocina ya estaba montada y a su alrededor se había formado un corro de hombres. Sidney Borgstead y su ayudante estaban dejando una olla llena de sopa en el suelo. El sargento Mike Olmstead, el sargento de comedor de la compañía, que estaba supervisando a voz en cuello la preparación de la comida, se volvió de pronto y se dirigió a nosotros:

—¡No sé qué pretendéis conseguir, chorlitos, pero como no forméis una cola aquí no habrá manduca para nadie!

Su larga experiencia con hombres hambrientos lo había convertido en un hombre que desconfiaba de todo. El sargento tenía el rostro lleno de bultos, deforme, y una boca torcida que parecía un pequeño hoyo dejado por un obús.

Los hombres se pusieron rápidamente en la cola y Sid Borgstead empezó a servir la comida. El sargento Olmstead no se apartó de su lado, pendiente de que cada hombre recibiera la ración que le correspondía. Cuando le tocó a Hymie White, le sirvió un cazo lleno de sopa poco espesa y un pedazo de pan, encima del cual había echado una cucharada de jarabe de maíz. Hymie se quedó mirando las escasas raciones y montó en cólera:

—¡Esto sí que es un plato digno de un hombre! —protestó. No quedaba ni rastro de su mirada amable. Tenía la cara colorada y bufó de ira—. ¡A esto sí se le llama un plato digno de un hombre, maldita sea!

—Si no te gusta, vuelve a verterla en la olla —dijo el sargento Olmstead.

—¡No he comido como Dios manda desde el día en que entré en esta condenada unidad!

—¡A mí no me cuentes tus penas, hijo!

—¡Lo que le hace falta a esta compañía es un nuevo sargento de comedor!

—¿Ah, sí? —saltó el sargento Olmstead—. Pues que te quede una cosa muy clarita: yo preparo lo que me suministra la sede, ¿entiendes?

Hymie se dio cuenta entonces de que no valía la pena seguir con la discusión y se dirigió de nuevo al camino, donde había dejado el petate, y se sentó a comer. Observó que en su ausencia varios hombres muy viejos y varios niños muy pequeños se habían congregado alrededor de la puerta de hierro del *château*. Miraron fijamente mientras los soldados engullían la sopa, siguiendo con sus ojos aletargados cómo subían y bajaban de forma rítmica cien cucharas sucias.

Poco después, apareció una anciana abrigada con un impermeable cojeando por el largo sendero enlosado que separaba la casa de la verja. La acompañaba una niña de unos ocho años: una criatura poco agraciada con dos trenzas apretadas y flequillo, y de piernas gordas y torpes. A su lado caminaba reposadamente un pequeño cervato cuyas ijadas eran de color gris moteado y sus ojos castaños, de mirada dulce.

Cuando el grupo llegó a la verja, la anciana, con un gesto teatral, se llevó una mano huesuda al corazón y con un movimiento amplio envió un beso a los soldados recostados. Entonces se puso a hablar rápidamente en francés, ahora agarrándose el pecho o el cuello, ahora señalando al cielo plomizo. Hymie se volvió hacia Pierre Brockett:

—¿A qué demonios viene el sermón de esa vieja bruja?

Brockett, que estaba limpiando el plato con un trozo de pan para apurar hasta la última gota de sopa, alzó la vista y la escuchó durante unos instantes.

—Quiere dar las gracias a los valientes soldados por haber salvado a su patria destrozada, y más de lo mismo.

—Ah, de ahí tanto aspaviento —dijo Hymie.

Se dio cuenta de que el cervato había metido la cabeza entre los barrotes de la verja y que lo observaba desde el otro lado del camino con una mirada ansiosa y embelesada. Hymie silbó suavemente, de manera obsequiosa. La reacción del cervato fue lanzarse contra la puerta y su cuerpo nervioso se estremeció de la emoción. Entonces permaneció inmóvil durante unos segundos, se apartó de la verja y caminó con afectación hasta el otro lado del césped, agitando su cola de pelusilla y correteando y dando vueltas cómicas sobre sí mismo. Finalmente paró y miró hacia Hymie White para comprobar si había apreciado sus esfuerzos.

Los soldados se rieron a carcajadas de sus gracias. Al oír las risotadas, la anciana hizo una breve pausa. Con una mano señaló directamente hacia el lugar del cielo donde consideraba que vivía Dios, y pasó la otra por el cabello negro de la niña, que se había vuelto y batía palmas de alegría. La mujer sonrió con benevolencia, acarició la mejilla de la pequeña y, después de tirar un último beso y de hacer una profunda reverencia, concluyó el panegírico. Delante de la puerta se congregaron una docena de soldados a chasquear los dedos y silbar para llamarle la atención al ciervo, pero el animal no les hizo caso: su mirada embobada seguía puesta exclusivamente en Hymie White.

—¡Vuelve a probarlo, Hymie! —lo animó Graley Borden.

Una vez más, Hymie soltó un silbido largo y bajo, y, como si esperara esa misma señal, el cervatillo corrió como un poseso por el camino, dando taconazos y mostrando el pelo suave de color crema que le cubría el vientre. Se abalanzó de forma boba y repentina hacia los parterres y los arbustos deshojados, frenando justo a tiempo para evitar un choque y virándose a toda prisa hacia otro lado como un demente. Finalmente, se acercó a toda prisa a la verja y se arrojó contra las barras metálicas de la puerta. Ante la

imposibilidad de salir, se quedó mirando a la anciana, moviendo la piel de pura emoción nerviosa.

Los hombres que se habían reunido delante de la verja se deleitaron con el espectáculo. Se desternillaron de risa e hicieron comentarios procaces acerca de la fuerza del amor a primera vista y de las inesperadas dotes de seducción de Hymie White. La mujer esbozó una sonrisa tierna y de repente abrió el enorme cierre de la verja de hierro. La niña soltó un grito agudo y una frase muy corta, a lo que la anciana respondió con una palmadita en la mejilla y media docena de palabras tranquilizadoras. Durante unos instantes se hizo el silencio, hasta que finalmente la muchacha asintió con la cabeza y permaneció imperturbable, sin levantar la mirada de sus botas. Ante el consentimiento de la pequeña, la anciana abrió la puerta de par en par y, sin perder ni un segundo, el cervato dio un brinco y atravesó corriendo el camino embarrado y se lanzó a los brazos de Hymie White.

Los soldados se apiñaron a su alrededor y trataron de llamar la atención del animal, pero no les hizo ni caso: no tenía ninguna intención de separarse de los brazos de Hymie White, entre los que se hallaba acurrucado, lamiéndole la mejilla con su suave lengua, sin apartar de él su afectuosa y húmeda mirada.

John McGill y yo contemplamos juntos la escena. John se mostró visiblemente conmovido. Se volvió a mí y susurró:

—Con cuánta seguridad supera a nuestro razonamiento humano el instinto básico del cervato. Tiene que haber una belleza de espíritu en Hymie White, tan instantáneamente aparente e irresistible para el cervato, que evade nuestros sentidos más obtusos.

Observé a Hymie White durante otro minuto y vi a un joven fornido e impasible de rasgos toscos y semblante enrojecido. Tenía la boca manchada de la grasa de la sopa que acababa de tomar y moqueaba ligeramente.

—Tal vez tengas razón, John; tal vez tengas razón.

Poco después llegó la orden de que nos preparáramos para marcharnos. Nos levantamos y recogimos nuestros petates y los utensilios de cocina que estaban esparcidos por el suelo.

Hymie White seguía abrazando al cervatillo y acariciando cariñosamente sus ijadas suaves y rollizas. Al cabo de un rato, se volvió hacia Pierre Brockett, que trataba con dificultad de ponerse el equipo.

—Pregúntale a la abuela por cuánto vende el cervato —dijo.

Brockett le hizo la pregunta y la niña soltó otro chillido brusco y

aterrorizado. La anciana sonrió y negó con la cabeza.

—No está en venta —dijo Pierre.

Con pesar, Hymie acompañó al cervato hasta el otro lado del camino y lo dejó junto a la niña. El animal forcejeó e intentó liberarse, pero ella lo agarró con fuerza entre sus brazos. Cuando Hymie hubo ocupado su posición y ya tenía el rifle colgado del hombro, la niña rompió a llorar y se dirigió presurosamente a la anciana. Entonces soltó el cervato, que corrió rápidamente hacia Hymie y se puso a acariciarle la mano con el hocico y a dar vueltas a su alrededor.

La señora alzó la mano para llamar la atención de los soldados y las tropas se volvieron para mirarla. Habló rápidamente durante unos momentos y Brockett tradujo sus palabras para los compañeros, que ya empezaban a ponerse en marcha.

—Dice que jamás vendería el cervato. ¡De ninguna manera! ¡Ni por todo el oro del mundo! Pero, en vista de que el soldado valiente y el cervato se adoran tanto, ¡su nieta se lo regala con mucho gusto!

La niña dio un paso hacia delante y habló con voz estridente y temblorosa. A continuación se paró en seco, como si la reprendieran, y miró al suelo embarrado.

—¡Cuídelo! ¡Cuídelo! —dijo Pierre Brockett—. El cervato es muy delicado —añadió.

Hymie se volvió fugazmente y saludó a la anciana y a la pequeña con la mano, pero la mujer no lo vio. Había retomado su anterior discurso con los mismos gestos amplios que abarcaban, imparcialmente, a los soldados, el paisaje empapado por la lluvia y el cielo apagado. La niña, todavía llorosa, miraba con anhelo al cervato. En su corazón seguía albergando la esperanza de que el animal entrara en razón y regresara a su lado, pero la criatura hechizada iba dando brincos por un lado del camino fangoso y no miró hacia atrás ni una sola vez.

La llovizna no cesaba. Anduvimos en silencio, un silencio interrumpido solamente por el tintineo esporádico de alguna cantimplora y el chapoteo de los numerosos pies que se hundían y se levantaban del barro blando. Poco a poco cayó la noche. Hymie tomó en brazos al cervato, que se acurrucó con el hocico apoyado en las correas de su petate.

Casi había oscurecido cuando llegamos al pueblo donde íbamos a pasar la noche. Roy Winters, nuestro sargento de alojamiento, que se había adelantado a la tropa, nos esperaba para acompañar a la compañía al lugar

asignado. Cuando Hymie hubo instalado a su pelotón y dejado su petate sobre la paja seca, silbó al cervato y salió afuera. Me levanté y lo seguí hasta el camino delante de la casa.

—¿Sabes dónde ha montado la cocina Mike? —me preguntó.

—Ni idea —respondí.

Se apartó y se alejó, pero lo perseguí a poca distancia, ocultándome cada vez que volvía la cabeza.

Encontró a Mike en una vieja cuadra, donde había montado la cocina y había encendido una lumbre que ardía con fuerza. Sidney Borgstead estaba atareado pelando patatas que iba echando a un cubo sucio y tiznado a su lado.

Hymie y el cervato entraron en la cuadra y yo me detuve junto a la puerta, a la que me asomé para escuchar lo que decían.

—¡Fuera de aquí! —dijo malhumorado el sargento Olmstead—. Aún falta una hora para la cena.

—Sargento —empezó Hymie con voz servil y apaciguadora—, quiero hacerle una proposición. Entre usted y yo.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata? —preguntó Mike, mostrándose todavía receloso.

Hymie vaciló durante un instante, un tanto incómodo. El cervato moteado había ido a explorar los rincones oscuros del establo, dando pasitos delicados a la luz rojiza del fuego y fingiendo tener miedo de una hoja marrón que el viento arrastraba lentamente por el suelo irregular.

—¿Alguna vez ha tenido ocasión de probar un filete de venado? —preguntó al fin.

Mike, incrédulo, abrió un poco su boca torcida y flácida.

—¡Por Dios, hombre! ¡No me diga que piensa...!

Calló, ligeramente estupefacto por la idea.

—Tengo hambre, sargento —dijo Hymie—. Solo usted y yo, sargento —agregó—. ¿Qué le parece?

—Pero no entiendo cómo podría hacer algo así, y menos viendo cómo se ha encariñado con usted el cervato, y todo...

—Por supuesto que podría. ¿Por qué no?

Mike frotó su abultada nariz durante unos segundos. Finalmente dijo:

—Mejor un estofado, un estofado con cebollas y patatas.

—Como quiera, Mike. Lo que usted decida a mí me parecerá bien.

Entonces Mike soltó una risa incómoda y asintió con la cabeza.

Nada más oír el silbido de Hymie, el cervato se volvió en el acto y se lo

quedó mirando. La luz del fuego dio un brillo dorado al suave color amarillento de su cuello y el tono grisáceo de las motas que le cubrían las ijadas cobraron un tono cobrizo. Sus dulces ojos castaños brillaron de adoración y acudió corriendo al lado de Hymie White, frotándole la rodilla con el hocico y brincando a su alrededor.

—¡Pásame ese cuchillo de pan! —dijo Hymie a Mike Olmstead.

## El soldado Robert Armstrong

Se abrieron las cortinas y un secretario vestido con un uniforme hecho a medida salió al escenario. Detrás de él, sentados en semicírculo, estaban los músicos, afinando sus instrumentos. El secretario nos saludó con una reverencia y sonrió.

—Bien, ya sé que a los soldados no os gustan las alocuciones —empezó—, pero resulta que me han encargado pronunciar un discurso de bienvenida, así que supongo que me toca seguir adelante y hacerlo lo mejor que pueda.

Se rió discretamente y los hombres, después de mirarse, se rieron con él. Hubo unos aplausos irregulares. Cuando cesaron, el secretario continuó:

—Estoy seguro de que todos estaréis de acuerdo en que este baile es el más extraño al que habéis asistido jamás. Al principio nos preguntamos cómo podíamos montar un baile sin la presencia de representantes del bello sexo. Algunos miembros de la organización eran partidarios de invitar a las chicas del pueblo, pero me alegra informarles de que la idea fue rechazada: consideramos que no sería justo para unos hombres tan jóvenes y apuestos como vosotros —aclaró el secretario en tono grave—. Sabéis a qué me refiero, ¿verdad, muchachos?

Durante unos instantes se hizo el silencio en la sala y el secretario movió la cabeza con gesto burlón un par de veces antes de seguir:

—Finalmente a uno se le encendió una bombilla y sugirió que invitáramos a los chicos de varios centros parroquiales y que los vistiéramos con trajes de mujer, preservando así el elemento deportivo y a la vez eliminando algunos de los aspectos más soeces del baile.

Los hombres se miraron tímidamente. Algunos ya nos dirigíamos hacia la puerta cuando el secretario nos paró:

—¡Esperad! —dijo, levantando una mano para imponer el silencio—. ¡Os hemos preparado otra sorpresa! Dos de las «chicas» presentes son



mujeres de verdad. Han recorrido el largo camino desde el comedor de Coblenz hasta aquí para dar un inesperado toque de simpatía a la velada.

El secretario volvió a sonreír, mostrándonos su reluciente dentadura. A nuestra derecha se abrieron unas puertas plegadizas y entraron los imitadores de mujeres. Lucían una amplia variedad de disfraces, aunque predominaban las Pierrettes<sup>[10]</sup> y las mozas escocesas. Una vez colocadas en el centro de la sala, se quedaron mirando fijamente a los soldados, que estaban apoyados en las paredes y que, a su vez, también las observaban a ellas.

El secretario volvió al escenario y dio un par de palmadas.

—¡Muchachos! ¡Muchachos! ¡Déjense llevar por el espíritu festivo, por favor! Las presentaciones sobran, os lo puedo asegurar.

Mientras volvíamos al dormitorio esa noche, Jim Dunning habló de repente, como si acabara de ocurrírsele algo importante:

—Escuchad, ¿alguno de vosotros se ha topado con las tipas del comedor que mencionó el secretario?

El que respondió fue Frank Halligan:

—No he bailado con ellas, pero eran aquellas dos mujeres que se han pasado la noche sentadas cerca de las palmeras.

—¿Eran ellas? —saltó Jim, sorprendido—. ¡Pues mira por dónde! ¡Eso sí que tiene gracia! ¡Y yo que pensaba que eran dos despellejadores de mulas que habían venido de la sede!

## El soldado Christian van Osten

El día de la Independencia, unos meses después de que se firmara el armisticio, la señora Steiner se presentó en el hospital a primera hora de la mañana. El señor Steiner y su esposa habían ido a París a comprar para su cadena de grandes almacenes y querían recibir a tres soldados americanos en honor al día.

—Queremos que nos envíen unos soldados heridos en combate — repetía una y otra vez la señora a la enfermera jefe—, pero nada truculento, ¿entiende? No queremos nada repugnante ni truculento.

La enfermera escogió a un tipo del Primer Cuerpo de Ingenieros conocido como «Bunny», a un hombre de la división Arco Iris llamado Towner y a mí.

Ya estábamos listos cuando nos vino a recoger el coche y poco después nos encontrábamos en la suite del señor Steiner en el Ritz. Era un hombre nervioso, bajito y calvo, e iba dando saltitos por toda la estancia como un pájaro.

—Como temíamos que os violentarais a la hora de pedir los platos más caros y tratarais de ser demasiado blandos con nosotros, nosotros mismos nos hemos encargado de pedir la comida. —Como nadie le contestaba, el señor Steiner siguió frotándose las manos—. ¡Desplumadme todo lo que podáis, muchachos! ¡Quizá no sea el hombre más rico de los Estados Unidos, pero un escamoteo de vez en cuando tampoco me llevará a la ruina, me imagino!

—¡Adolph! —intervino la señora Steiner, soltando una risa y moviendo la cabeza con gesto de fingida exasperación—. ¡Adolph! No seas tan pesado con el tema del dinero.

—De acuerdo, pero razón no me falta, ¿verdad? —respondió el señor Steiner—. Soy un hombre rico. ¿Por qué tengo que ocultarlo?

Al cabo de un rato dos camareros entraron con la comida y la sirvieron.

—Levantad los platos y mirad el regalo que os ha dejado Papá Noel para Navidad.

Debajo de cada plato había un billete de cincuenta dólares.

—¡Ahí va! —exclamó Towner—. ¡No puedo aceptar esto!

—Cógelo y métetelo en el bolsillo, rápido —le dijo la señora Steiner, guiñándole el ojo—. ¡De eso no andamos escasos, te lo puedo asegurar!

La comida era excelente y a medida que nos iban dejando los platos en la mesa el señor Steiner se aseguró de precisar cuánto le había costado cada uno.

—Pero no me duele en absoluto gastarme el dinero —reiteró—. Quiero que hoy disfrutéis de lo mejorcito, muchachos. Sé que habéis pasado las de Caín en nombre de vuestros compatriotas y nada es demasiado bueno para vosotros ahora.

Acabamos de comer, por fin, y tomamos unos licores.

—¿Os apetece un puro? —preguntó el señor Steiner.

Bunny y yo dijimos que preferiríamos fumar un cigarrillo, pero Towner aceptó. El señor Steiner llamó al camarero y le pidió que fuera al cuarto contiguo a buscar la caja de puros que había encima del escritorio. El camarero salió y al cabo de un momento ofreció la caja a Towner. Este cogió uno de los puros y ya se lo había llevado a la boca para morderle la punta cuando el señor Steiner se lo impidió con un grito:

—¡No! ¡No! —espetó furioso, mirando al camarero—. ¡Ha traído la caja equivocada!

Towner volvió a dejar el puro en su sitio y el señor Steiner se acercó al camarero y le quitó la caja de las manos.

—Vaya a buscar la otra caja —le ordenó—, la que hay encima del escritorio, como ya le he dicho. —Se volvió entonces hacia Towner, dando golpecitos con la caja contra la palma de su mano—: Es que fabrican estos puros especialmente para mí —dijo a modo de aclaración—. No se pueden comprar en las tiendas.

—¡Adolph! —saltó la señora Steiner—. ¡Adolph, por favor!

El señor Steiner se quedó avergonzado.

—No tiene nada que ver con que me cuesten un dólar cincuenta cada uno —dijo en tono de disculpa—. Eso no hace al caso en absoluto. Lo que sucede es que no puedo fumar otra cosa y solo me quedan tres cajas hasta que vuelva a los Estados Unidos —explicó, apoyando una mano en el hombro de Towner—. Entiendes la situación en la que me encuentro, ¿verdad?

Towner le aseguró que sí, que lo entendía perfectamente, y que a él le daba lo mismo fumarse un puro de la otra caja. Dijo que a él le daba exactamente lo mismo uno u otro.

## El soldado Albert Hayes

Además del chocolate y los cigarrillos que nos vendían a un precio tres veces superior al normal, el comedor ofrecía un surtido de jerséis y calcetines de punto. Hacía frío en las trincheras y yo quería uno de aquellos jerséis para llevarlo cerca de mi piel y mantenerme abrigado por la noche. Escogí uno de color amarillo porque parecía cómodo y pagué por él diez dólares. Cuando volví al dormitorio lo examiné detenidamente y descubrí un bolsillo minúsculo en la parte inferior, dentro del cual encontré una nota. Esto es lo que decía:

Soy una pobre anciana de setenta y dos años que vive en una humilde granja, pero quiero hacer algo por los jóvenes soldados, como todo el mundo, así que he hecho este jersey y lo llevaré a la Asociación de las Damas de la Caridad para que lo hagan llegar a un soldado friolero. Disculpe por favor la mala calidad del punto y de mi letra. Si tiene frío en el pecho tome una cuchara de bicarbonato de soda y frótese esa parte con una mezcla de sebo de cordero y trementina y procure no mojarse los pies, si puede evitarlo. Antes tenía mucha mano para el punto, pero ahora me he quedado casi ciega. Espero que este jersey le llegue a un chico pobre. No es muy bueno, pero cada punto está hecho con mucho cariño y eso es algo que no se puede comprar ni vender.

Atenta y segura servidora,

(Sra.) Mary L. Samford

P. D.: No olvide rezar cada noche y, por favor, escriba a menudo a su querida madre.

## El soldado Andrew Lurton

Vieron en mi cartilla militar que antes de alistarme había trabajado de relator, así que me destinaron a la sede del regimiento, donde el teniente Fairbrother, en calidad de auditor de guerra, estaba enjuiciando en el tribunal militar.

El lunes, a un joven de mi compañía llamado Ben Hunzinger le cayeron quince años de trabajos forzados por desertión ante el enemigo, además de una perorata por parte del teniente Fairbrother sobre el tema de templar la justicia con la compasión. El martes, a un hombre del Primer Batallón le impusieron una pena de cinco años por haber abandonado su posición, a treinta kilómetros detrás de las líneas, para ir a calentarse los pies en la barraca. El miércoles le tocó a un tipo llamado Pinckney, que había perdido la chaveta después de Soissons y se había pegado un tiro en el pie. A él solo lo condenaron a ocho años y medio. ¿Por qué exactamente ocho años y seis meses? Por mucho que lo intente, no me lo explico.

El jueves y el viernes nos tocó un importante caso de primera plana. Un sargento de apellido Vindt y un soldado llamado Neidlinger, inculpados de cometer ciertos actos juntos, fueron sentenciados, bajo la palabra no corroborada de otro sargento, a la máxima condena permitida por el manual del consejo de guerra. Fairbrother pronunció otro discurso (a ese, cualquier pretexto le vale para sentar cátedra), acusando a Neidlinger y Vindt de ser una mancha en la ciudadanía americana, en su bandera, en sus hogares, etcétera, etcétera. Lamentaba que no pudiera, por ley, ordenar que los dispararan como perros. Yo lo apunté todo. «¡No tenía ni idea de que estas cosas realmente ocurrieran!», dijo repetidamente con esa voz tan firme y melodiosa. («Pues bien harás en ir a ver a tu vieja niñera cuando regreses a casa para que te aclare unas cuantas dudas», pensé.)

No obstante, el caso más curioso estaba reservado para el sábado. El hombre procesado se llamaba Louis de Lessio. Lo habían mandado de vuelta

a una escuela de entrenamiento de oficiales, en un rango inferior, pero no había conseguido ningún galón y, por alguna razón, lo habían devuelto a la compañía. Por lo visto, el sargento Donohoe le había ordenado salir con un equipo de trabajo a reparar las carreteras, pero luego informó al capitán Matlock de que De Lessio se había negado a ir, diciéndole: «¡Al diablo contigo y con ese Bocapez Terry! No tengo ninguna intención de servir como soldado hasta que me manden el nombramiento».

De Lessio desmintió la acusación. Mantenía que lo que había dicho en realidad era: «Muy bien, sargento Donohoe. Con mucho gusto acompañaré al equipo de trabajo, porque sé que ahora tendré que esforzarme mucho como soldado para conseguir el nombramiento».

El sargento Donohoe traía treinta y dos testigos para respaldar su versión de los hechos, pero De Lessio había encontrado a treinta y cinco hombres que aseguraban haber entendido sus palabras tal y como él las exponía. Estuvieron dando y tomando durante todo el día y mitad de la noche.

Ojalá los muchachos que hablan de la nobleza y el compañerismo de la guerra pudieran asistir a algunos de los juicios que se celebran en los tribunales militares. Pronto iban a cambiar de parecer, porque la guerra es mala como la aguachirle y mezquina como el chismorreo de una solterona.

## El soldado Howard Bartow

Después de aquella primera visita a las trincheras decidí que nunca iba a volver. Lógicamente, no tenía ninguna intención de desertar, como hicieron Chris Geils y Ben Hunzinger. Una tontería así era lo mismo que ir a la línea de combate y dejar que me pegaran un tiro. Estaba resuelto a estar muy atento y usar la cabeza.

En mayo ya supe, por lo que nos dijeron los franceses, que se iba a armar una gorda, de modo que cuando llegó la orden pidiendo que un hombre de cada compañía tomara un curso de lanzamiento de granadas me apunté sin dudar. No se presentó nadie más. Y cuando los de mi compañía se dirigieron a la batalla en furgones militares atestados, yo pasé a la retaguardia y viajé cómodamente sentado en un camión. Cuando me reincorporé, los enfrentamientos en el bosque de Belleau ya habían terminado y el puñado de hombres que seguían con vida habían retrocedido.

Más adelante, en julio, hasta un idiota podría haber anticipado que se avecinaba otra ofensiva. Así que me las arreglé, un día que salí con un equipo de trabajo, para que me cayera un escritorio de campaña encima del pie. Las tres semanas que pasé en el hospital fueron gloriosas, y cuando salí Soissons ya formaba parte de la historia. Me hizo gracia que ese imbécil de Matlock le hubiera mandado a Steve Waller, el administrativo, preparar los juicios para varios hombres cuyas heridas resultaron ser autoinfligidas. Waller no las tenía todas consigo y lo ayudé a rellenar los formularios, asegurándome de que fueran irrefutables. Me pareció hasta divertido.

En septiembre volví a la sede de la división a hacer de intérprete. Pronto descubrieron que mi nivel de francés apenas superaba el de un colegial y que no sabía ni una palabra de alemán. Pero me mostré tan arrepentido y tan deseoso de agradar que a los oficiales les apenas devolví a mi compañía. «Ya has servido bastante —me dijeron—, y unos días de descanso



te vendrán bien. Mejor que te quedes con nosotros de todas formas, y que te reincorpores cuando regrese tu compañía.»

No obstante, en noviembre creí que me tenían acorralado cuando entramos en el Argonne, pero me ofrecí a llevar un mensaje a la sede del regimiento. Opté por arriesgarme. Pasé seis días escondido en un sótano en Les Eyelettes y cuando me reincorporé a la compañía en Pouilly, el día después de que se firmara el armisticio, les conté que me habían capturado los alemanes. Todos se tragaron la patraña porque yo mismo procuré darme un papel pusilánime y ridículo.

Durante todo el tiempo que estuve alistado solo estuve presente en una descarga. Nunca llegué a disparar el fusil. Ni siquiera vi un solo soldado alemán, salvo unos prisioneros en Brest, en un campo de detención. Sin embargo, cuando nos tocó desfilar en Nueva York, nadie sospechaba que yo era el que menos había sufrido de toda la compañía. El mismo número de ancianas bobas lloraron cuando me vieron pasar y el mismo número de rosas llovieron sobre mi cabeza que sobre las cabezas de Harold Dresser, Mart Passy y Jack Howie. ¡Hay que echar mano de la inteligencia en el ejército si quieres salir vivo!

## El soldado William Nugent

El carcelero me preguntó una vez más si estaba seguro de que no quería ver al capellán.

—¿Y para qué demonios querría ver a ese hombre? —me revolví—. A ver si me entiende de una vez por todas: ¡será mejor que ese cuervo se mantenga bien lejos de aquí, porque si no se va a enterar! ¡Si hay algo que odio más que a los poÜs, son los predicadores!

Todos los hombres del pabellón escuchaban cómo le leía la cartilla a ese grillero.

—Soy un tipo duro, sí —le dije—. Yo maté a ese poli, claro que lo maté. Y no lo negué durante el juicio, ¿verdad que no? No fue el primero, además. Ahora mismo liquidaría a otra docena si pudiera. Haga el favor de decírselo al capellán, ¿quiere?

El carcelero se fue y al cabo de un rato se abrió la puerta y apareció el capellán. En la mano llevaba una biblia con una cinta morada para marcar la página. Entró sin hacer ruido y cerró la puerta tras de sí. Un par de guardias lo esperaron fuera para asegurarse de que no intentara hacerle daño.

—¡Arrepiéntase, hijo, y entregue su alma a Dios! ¡Arrepiéntase antes de que sea demasiado tarde!

—¡Largo de aquí! —le espeté—. ¡Largo! ¡No quiero tener nada que ver con usted!

—Ha pecado, hijo mío —me advirtió—. Ha pecado a los ojos de Dios Todopoderoso. «¡No matarás!» Esas son las palabras de nuestro Santísimo Dios.

—Escúcheme bien —lo corté—, y no me venga con esas tonterías porque me reiré en su cara. Sé perfectamente cómo hay que hacer las cosas. Sí, maté a ese poli. ¡Odio a los polis! Algo me corroe por dentro y me mareo cada vez que me cruzo con uno. Sí, yo liquidé a ese poli. ¿Por qué no iba a

hacerlo? ¿Quién demonios se han creído que son para obligar a un hombre a hacer algo en contra de su propia voluntad? Mire, le voy a hablar de un trabajito que me tocó hacer una vez mientras estaba en el ejército. Entonces era joven y me creía todas las chorradas de las que usted me habla. Me lo creía todo. Pues bien, un día cogimos un grupo de prisioneros. Como suponía demasiado esfuerzo mandarlos a la retaguardia, el poli de nuestra unidad nos obligó a llevarlos a un barranco, donde los pusimos en fila y los matamos a tiros. Entonces, una semana después, de vuelta en el alojamiento de descanso, el mismo tipo nos puso en fila y nos obligó a ir a la iglesia a escuchar a un cuervo como usted que decía las mismas tonterías.

—Hijo mío —dijo el capellán—, hoy es el último día de su vida. ¿No se da cuenta? ¿No va a dejar que le ayude?

—Fuera de aquí —le dije, y me puse a insultarlo con todas las palabrotas que conocía—. ¡Largo de aquí, he dicho! ¡Si hay algo que odio más que a los polis, son los predicadores! ¡Fuera!

El predicador cerró su biblia y los guardias abrieron la puerta.

—Me imagino que le habrá quedado claro —dije—. Me imagino que se ha ido con las orejas gachas.

Los otros hombres del pabellón empezaron a golpear las paredes de sus celdas.

—¡Así se hace, muchacho! —gritaron—. ¡Así se hace!

Entonces me senté en el catre y esperé a que vinieran a cortarme los pantalones y afeitarme la cabeza.

## El soldado Ralh Nerion

Ya mí por qué no me hicieron suboficial? Me sabía el *Manual de instrucción de infantería* al dedillo. Soy inteligente y tengo unas dotes ejecutivas innatas: podría estar perfectamente al mando de un pelotón, una sección o una compañía entera, en realidad. ¿Alguna vez se han parado a pensar en ello? ¿Se dan cuenta de que participé en todos los combates que libró mi compañía? Yo estuve al lado de Wilbur Tietjen y de Mart Passy en la mayoría de sus hazañas. Ellos se llevaron la fama y las condecoraciones y los generales franceses los besaron y los elogiaron ante el regimiento. ¿Y yo recibí algún reconocimiento por lo que hice? ¡No me hagan reír! ¡No sean ridículos, por favor!

Desde un buen principio la tenían tomada conmigo: el sargento Olmstead ordenó a sus cocineros que me dieran la peor ración de ternera y las patatas más pequeñas y más sucias. Hasta el sargento de pertrechos me tenía entre ojos: cada vez que le llegaban nuevos zapatos y nuevos uniformes, nunca conseguía encontrar las tallas que me iban bien. ¡Por supuesto que no! De mi talla nunca había, pero siempre conseguía encontrar las tallas exactas para Archie Lemon y Wilbur Halsey. De modo que ingresé en las fuerzas armadas siendo soldado y salí siendo soldado. Ingresé siendo un desconocido y me desmovilizaron sin ningún reconocimiento. Y sé por qué, cómo no. Al fin y al cabo, tampoco esperaba otra cosa.

Aquellos comentarios que hice sobre el Gobierno de los Estados Unidos y el presidente Wilson fueron oídos y notificados a Washington, y los del servicio secreto me han seguido la pista desde entonces. ¿De verdad piensan que no sé que Lingote Rigglin trabaja para el servicio secreto? ¿Y que nunca me quitaba los ojos de encima, deseando que yo mismo me delatara?

En el fondo no me molestaba ser militar, pero ahora que ha terminado la guerra, ¿por qué no me dejan en paz? ¿Por qué no dejan de seguirme hasta

casa y de llamarme por teléfono para luego colgar cuando lo cojo? ¿Por qué escriben cartas a mi jefe, tratando de conseguir que me despida? ¿Y quién es esa persona misteriosa con quien se comunica mi esposa a través del pozo de ventilación? Les juro que ya no soporto más esta constante persecución.

## El soldado Paul Waite

Me alisté el día después de que se declarara la guerra. En cambio, mi hermano, Rodger, se pasó los días denunciando la barbaridad de los alemanes, vendiendo bonos de guerra y pronunciando discursos. Entonces, finalmente, a él también lo llamaron a filas y llegó a Francia justo a tiempo para combatir en Argonne durante dos días antes de que se firmara el armisticio (yo, por aquel entonces, ya llevaba un año y medio en las fuerzas armadas y ocho meses sin descanso en la línea de batalla).

El último día de combate, un pedacito de metralla le hendió ligeramente el hombro, o al menos eso dijo Rodger, aunque la herida era tan pequeña que no quedaba ni rastro de la cicatriz cuando volví a casa al cabo de casi un año. Rodger acabó ingresado en el hospital y lo mandaron de nuevo a los Estados Unidos. Lo mimaron mucho cuando regresó, el primero de los soldados en volver, y toda la parafernalia correspondiente. Se instaló en un sillón en el porche de casa, haciéndose pasar por un héroe de guerra herido, hablando con las ancianas y admirando a las jovencitas.

A Rodger le salió sobre ruedas, pero cuando yo volví a casa todo el mundo estaba hasta la coronilla de la guerra.

—Entiéndelo, cielo —dijo mi madre—, Rodger ya nos lo ha contado todo. Sé que debe de resultarte doloroso pensar en esas cosas, así que no tienes por qué hablar de ellas. Rodger ya nos las ha contado.

—¿Ah, sí? —repuse—. Pues a saber quién se lo habrá contado a Rodger.

—Vamos a ver, Paul —me reprendió mi madre—. Es injusto que hables así de tu hermano.

Pero a mí me apetecía hablar de todas formas. Aquella noche, mientras cenábamos, estaba describiendo un ataque de gas cuando Rodger me interrumpió:

—No —dijo—, no se hacía así.

Entonces hablé de los aviones que se lanzaban en picado hasta acercarse a la carretera para acribillar a las tropas con fuego de ametralladora.

—Lo que dices es absurdo —replicó Rodger—. Yo nunca vi nada de eso mientras estuve en Francia.

—¿Y cómo demonios ibas a verlo? —quise saber—. El billete de tu excursión apenas duró tres días. ¿Qué ibas a ver en tan poco tiempo?

Rodger apartó la mirada y se recostó en la silla.

—Por favor —jadeó.

Mamá corrió hacia él y lo abrazó mientras mis hermanas me lanzaban miradas furiosas.

—Me imagino que estarás satisfecho, ahora que has conseguido que vuelva a ponerse enfermo —dijeron.

Me volví y me fui a mi habitación. Al cabo de un rato mi madre se asomó por la puerta.

—Deberías mostrarte más comprensivo con tu hermano —me recriminó—. ¡Después de todo, Rodger fue el que volvió herido, cielo!

## El sargento Jack Howie

La gente de Savannah nos trató a cuerpo de rey. Aquella noche nos ofrecieron una fiesta y todas las jóvenes de la ciudad acudieron a bailar con nosotros. Una de ellas se quedó prendada de mí desde el primer momento. Y además era la más guapa de la fiesta. Tenía los ojos oscuros, el cabello castaño y rizado, y la piel blanca como la leche. En la mejilla izquierda, cerca de las cejas, tenía tres pequeños lunares que formaban un triángulo. El lunar superior era más grande que los otros dos, pero por muy poco. En cuanto me vio, se abrió camino entre los demás hombres y me pidió que bailara con ella. ¡Caramba! Casi me caigo de la sorpresa.

Mientras la tenía entre mis brazos, pensé: «¡Dios mío! ¡Como le des un apretón la vas a partir por la mitad!».

La pisé numerosas veces y mis rodillas chocaron repetidamente con las suyas, pero la joven decía que bailaba de maravilla. Mis manos parecían lomos de cerdo y noté que me apretaba demasiado el uniforme. Luego salimos fuera y a la luz de la luna me di cuenta de que era la chica más hermosa que había visto en mi vida. Al principio creí que sus ojos eran castaños, pero no era así: eran de color azul oscuro. Su cabello olía a violetas. Tenía ganas de estrecharla entre mis brazos, pero no me atrevía a dar el paso. Pensaba: «¡Caramba! ¡Tú sí que sabrías ayudar a un hombre en una granja!».

No me gusta contar esta parte, pero al cabo de unos momentos me dijo:

—Eres el hombre más guapo que he conocido jamás.

Yo me eché a reír como un niño.

—¿Adonde quieres ir a parar, hermana?

Me hubiera dado de tortas por soltarle algo así. «Ahora me va a tomar por palurdo», pensé.

Pero la chica no pareció oírme. Me acarició la mejilla con los dedos.

—¿Quieres ser mi caballero perfecto, sin miedo y sin tacha?



Me quedé callado, pero por dentro pensaba: «Me habla así porque voy vestido de uniforme. Si me hubiera visto antes, con el peto sucio que llevo en la granja, ni siquiera me habría dirigido la palabra». Me aparté y me enderecé. «La elegante dama del castillo que manda a uno de sus jóvenes campesinos a la guerra», pensé. Entonces me levanté y bostecé.

—No digas tonterías —dije.

Pero la jovencita en cuestión también se puso de pie. Me rodeó el cuello con los brazos y me plantó un beso en la boca.

—¡No me olvides nunca! —susurró—. ¡No me olvides nunca en lo que te queda de vida!

Me quité sus brazos de encima y me eché a reír.

—No seas boba —le dije—. Mañana ya no me acordaré de ti.

Sin embargo, durante la guerra, me acordé mucho de ella y mil veces me imaginé regresando a Savannah para enseñarle mi medalla y para decirle que había sido su caballero de la mejor forma que sabía, sin decir palabrotas y sin irme con mujeres de mala vida, ni nada de eso. Pero cuando la guerra terminó de verdad, volví directamente a casa y me ocupé de la granja (¡de gran ayuda iba a ser una chica como ella para un hombre en una granja!). Entonces empecé a cortejar a Lois Shelling y nos casamos poco después. Lois y yo nos llevamos de maravilla. Así que la muchacha de Savannah se equivocó si creía que no iba a olvidarla: ya no me acuerdo ni de qué aspecto tenía.

## El soldado Arthur Crenshaw

Cuando regresé a casa la gente de mi pueblo declaró el «día de Crenshaw». Adornaron las tiendas y las calles con telas y banderas; por la mañana hubo una procesión seguida de discursos, y por la tarde montaron una barbacoa en Oak Grove.

Ralph R. Hawley, presidente del First National Bank and Trust Company<sup>[11]</sup>, hizo de maestro de ceremonias. Leyó mi historial de guerra y todos aplaudieron. Entonces señaló mi espalda torcida y mi rostro lleno de cicatrices y se le quebró la voz de la emoción. Yo me quedé donde estaba, entretenido e incómodo. A mí ya nadie me engañaba. Existe una frase vulgar muy explícita que los soldados usamos en estas ocasiones, y la repetí varias veces en voz baja.

Por fin concluyeron las ceremonias y el propio alcalde, Couzens, me acompañó en su nuevo coche hasta la granja de mi padre, en las afueras del pueblo. En mi ausencia la finca se había convertido en ruinas. Los Crenshaw somos una pandilla de holgazanes y la gente del pueblo lo sabe. Los suelos estaban mugrientos y en el fregadero había una montaña de platos sucios, en vista de lo cual mi hermana Maude se había sentado a comerse una manzana en las escaleras mientras miraba de manera distraída y soñolienta una masa de nubes. Empecé a preguntarme qué podía hacer para ganarme la vida, ahora que el trabajo más pesado de la granja quedaba descartado para mí. Pasé toda la tarde pensando y al fin se me ocurrió la idea de montar una granja avícola. Fui a buscar papel y lápiz e hice cuentas. Calculé que podría montar algo pequeño si tuviera quinientos dólares para comprar las gallinas y la maquinaria necesarias.

Pasé aquella noche en vela, preguntándome de dónde podía sacar el dinero, y de pronto pensé en el discurso del señor Hawley, en el que había

declarado que el pueblo tenía conmigo una deuda de gratitud que jamás podría aspirar a liquidar. A la mañana siguiente fui a verlo al banco, le hablé de mis planes y le pedí que me prestara el dinero. En todo momento se mostró amable y atento conmigo, pero, si alguien cree que me prestó los quinientos dólares, será porque es tan bobo como yo.

## El soldado Everett Qualls

Una tras otra mis reses enfermaron y se desplomaron, echando sangre y espumarajos por la boca y la nariz. Los veterinarios se rascaron la cabeza y dijeron que nunca habían visto nada parecido. Yo sabía a qué se debía, pero me callé y finalmente perecieron todas. Entonces suspiré de alivio. «Ya he pagado por lo que hice —pensé—. Ahora ya puedo hacer borrón y cuenta nueva.» Pero poco después la roya echó a perder el maíz, que estaba ya crecido y empezaba a sacar las primeras barbas. Los nudos segregaron un líquido que se volvía rojo durante la noche. Las hojas verdes se desprendieron y los tallos se marchitaron y se doblaron.

«¡También esto! —pensé—. También me toca pasar por esto.»

Mis cultivos estaban estropeados; el ganado, muerto. Hablé de ello con mi joven esposa. Ella me besó y me suplicó que no me preocupara tanto.

—De alguna manera u otra saldremos adelante este invierno —me animó—. En primavera volveremos a empezar. Todo irá bien.

Quise decírselo entonces, pero no me atreví. No tenía agallas para confesarle algo así. Así que seguí esperando que Dios lo hubiera olvidado y me hubiera levantado el castigo.

Entonces mi hijo, un bebé fuerte y sano, cayó enfermo. Presencí cómo se consumía delante de mis propios ojos: sus piernas y sus brazos se pusieron morados, su mirada se volvió vidriosa y apagada a causa de la fiebre, y respiraba de forma abrupta y laboriosa.

Hacía mucho que no rezaba, pero ahora rezaba a conciencia: «Oh, Dios, no me hagas esto —supliqué—. El no tiene la culpa; mi pequeño no tiene la culpa. Yo, solo yo soy culpable. Castígame si quieres, ¡pero no así!». Desde la habitación contigua oía la respiración anhelosa de mi hijo; oía el murmullo de la voz del médico, el tintineo de un objeto contra otro objeto de cristal y las palabras acongojadas de mi mujer. Luego la respiración del bebé cesó por

completo y escuché el grito ahogado de desesperación de mi esposa.

Me golpeé el pecho y me arrojé al suelo, y la escena que tanto había tratado de desterrar de mi recuerdo volvió a aparecer. Oí cómo el sargento Pelton daba la orden de disparar y vi cómo aquellos prisioneros caían y se levantaban y volvían a caer una vez más. La sangre salía a chorros de sus heridas y se retorcían en la tierra como yo mismo me retorcí ahora. Uno de los prisioneros tenía la barba castaña y la cara limpia y curtida por el sol. Vi en ella el mismo rostro de granjero que tengo yo, y mientras lo miraba desde arriba imaginé cómo debía de ser su vida. El también tenía una esposa que lo amaba y que lo esperaba en algún lugar. Tenía una granja acogedora y los días festivos, en casa, le gustaba beber cerveza y bailar.

Mi mujer llamó a la puerta, pero no la dejé entrar. De pronto supe lo que debía hacer. Cogí el revólver militar, salí trepando por la ventana y corrí hasta la arboleda de encinas que rodea mis tierras. Cuando llegué, me metí el cañón en la boca y apreté dos veces el gatillo. Me atravesó un dolor atroz y unas ondas de luz se deslizaron hacia fuera, formando un aluvión dorado que se extendió hasta el infinito. Me elevé en el aire y di una sacudida, con los pies por delante, transportado por la luz dorada, meciéndome suavemente de un lado a otro. Entonces los búfalos salvajes pasaron a toda velocidad, haciendo un estruendo con sus pezuñas, y se alejaron. De repente me hundi en una oscuridad sin dimensión y sin ruido.

## El soldado Harold Dresser

El Gobierno francés me concedió una Cruz de Guerra con palma por haber salido en medio de una cortina de fuego para rescatar a un capitán francés y a su ordenanza heridos. Eso ocurrió en el mes de abril de 1918. En julio del mismo año destrocé, sin la ayuda de nadie, un nido de ametralladoras que nos impedía avanzar y había matado a muchos hombres de la compañía, y me concedieron tanto la *Médaille Militaire* como una Cruz por Servicio Distinguido. En octubre recibí la Medalla de Honor por el motivo siguiente: estábamos avanzando detrás de nuestra cortina de fuego cuando los proyectiles empezaron a caer demasiado cerca de nuestra línea, dejando a algunos hombres heridos y a otros muertos. No había forma de comunicarnos por teléfono con las baterías, así que me ofrecí para regresar a la sede del regimiento y dar parte de lo que estaban haciendo los artilleros.

La línea alemana había creado un foco de resistencia a la izquierda, de modo que el camino más corto para llegar a la sede consistía en cruzar un campo abierto y atravesar las líneas alemanas. El capitán Matlock dijo que de ninguna manera iba a salir al otro lado con vida, pero a mí me pareció que podía conseguirlo sin problemas. Diez minutos después me planté en la sede del regimiento y los puse al corriente de todo.

Cuando terminó la guerra, volví a mi anterior puesto en la General Hardware Company<sup>[12]</sup>, donde he trabajado desde entonces. En mi ciudad natal la gente me señala ante los foráneos y dice: «Nunca te imaginarías que ese tipo regresó con el pecho lleno de medallas, ¿verdad?», a lo que los forasteros siempre contestan que no, que nunca se lo habrían imaginado.

## El soldado Walter Webster

—Las cosas eran diferentes cuando se declaró la guerra y la banda tocaba en Jackson Park, y las chicas guapas, vestidas de enfermeras, animaban a los hombres a alistarse y a luchar por la patria: todo era diferente entonces, todo nos parecía romántico...

Eso es lo que le dije a la madre de Effie cuando vino a visitarme para romper el compromiso.

—Effie se casará contigo si insistes —repuso la mujer—. Sabe bien lo mucho que has sufrido. Todos lo sabemos. Mi hija seguirá adelante con la boda, si es lo que quieres.

—De acuerdo, ¡quiero que lo haga! —dije—. Hicimos un trato: ella me prometió que se casaría conmigo si me alistaba. Yo cumplí con mi parte. Ella también tiene que cumplir con la suya.

La madre de Effie hablaba despacio, tratando de buscar palabras que no hirieran mis sentimientos.

—Me imagino que no te habrás dado cuenta de lo mucho... de cuánto has... cambiado —titubeó—. Effie es una chica muy sensible y nerviosa, y aunque todos somos conscientes de la mala suerte que has tenido y de que tú no tienes la culpa de tu... de tu aspecto actual, es que...

—¡No te reprimas y dilo! —espeté—. Tengo un espejo y sé el aspecto que tengo: el rostro quemado y torcido hacia un lado. Descuida —seguí—, sé perfectamente el aspecto que tengo, ¡puedes estar segura!

—No se trata de eso, Walter —dijo su madre—. Solo te pedimos que vengas a ver a Effie por propia iniciativa y que la liberes del compromiso.

—No lo haré —respondí—. No lo haré mientras viva.

La señora Williams se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Eres un egoísta y un desconsiderado —concluyó.

Entonces la cogí del brazo.

—Ya se acostumbrará con el tiempo. Llegará el día en que dejará de fijarse en mi cara. La trataré tan bien que no le quedará más remedio que amarme.

Menudo idiota fui. Debería haberme dado cuenta de que la señora Williams tenía razón. No debería haber insistido en seguir adelante con la boda. Todavía veo la expresión de Effie. Veo su expresión aquella noche en que nos quedamos a solas por primera vez en nuestra habitación en ese hotel de Cincinnati. Recuerdo que tembló y se tapó la cara con las manos porque no soportaba verme. «Tengo que acostumbrarme —pensé—. Tengo que acostumbrarme.»

Me acerqué a ella, pero no la toqué. Me arrodillé ante ella y hundí la cara en su regazo. ¡Si al menos me hubiera tocado la cabeza con la mano! ¡Si al menos me hubiera dicho una palabra de compasión! Pero no lo hizo. Cerró los ojos y se apartó. Percibí cómo se le tensaban los músculos de las piernas de asco.

—Si me tocas, vomitaré —dijo.



## El soldado Sylvester Keith

Regresé de la guerra convertido en un hombre huraño y rencoroso. Creí que si los demás captaban el horror y el sinsentido de la guerra, si conocían sus hechos brutales y estúpidos, se negarían a matarse entre sí cuando una sala llena de políticos decidiera por ellos que su honor había sido vulnerado. De modo que monté la Sociedad para la Prevención de la Guerra y reuní a cincuenta hombres jóvenes e inteligentes cuya influencia, consideré, podría ser vital en el futuro. «En esencia, la gente no es estúpida ni despiadada — pensé—, sino ignorante y mal informada. Solo se trata de aclarar las cosas.»

Todos los jueves el grupo se reunía en nuestro punto de encuentro. Me hicieron innumerables preguntas acerca de la forma correcta de coger un fusil, de la mejor manera de lanzar una granada. Les espeluznó la idea de los ataques de gas emprendidos contra los frentes extendidos y la brutalidad del fuego líquido les indignó y les hizo blasfemar.

Estaba satisfecho de mí mismo y de mis discípulos. Me dije: «Estoy infundiendo en estos jóvenes tan excelentes un odio tan profundo hacia la guerra que, cuando llegue la hora de la verdad, se levantarán y dirán la verdad sin temor ni vergüenza».

Pero, por la misma época, uno de ellos empezó a organizar una compañía de Guardias Nacionales en la ciudad y mis discípulos, ansiosos por proteger a su país de los horrores que les había descrito, abandonaron mi sociedad y se alistaron en masa en la otra.

## El soldado Leslie Jourdan

Al término de la guerra me mudé a Birmingham, Alabama, y compré una fábrica de pintura con el dinero que me había dejado mi padre para que pudiera completar mi formación musical. Conocí a Grace Ellis y nos casamos. Tenemos una casa y tres hijos apuestos y sanos. Hemos ahorrado suficiente dinero en bonos de inversión para poder vivir con desahogo durante el resto de nuestras vidas. En general, he prosperado más que la media y Grace, que me ama de verdad, ha sido feliz.

Apenas recordaba que alguna vez hubiera tocado el piano hasta el día en que me topé con Henry Olsen en el vestíbulo del Hotel Tutweiler. Me dijo que estaba de gira por las principales ciudades del sur del país, haciendo una serie de conciertos, y que allá donde había ido las reseñas de los críticos habían sido buenas. Olsen y yo habíamos estudiado juntos en París bajo la enseñanza de Olivarria en 1916, cuando éramos unos crios.

A Henry no le cabía en la cabeza que hubiera dejado de tocar el piano. Traté de desviar la conversación, pero él insistía en hablar del tema y no dejaba de recordarme que Olivarria (ya fallecido) solía decir que yo tenía más talento que todos sus alumnos juntos y que preveía que iba a convertirme en el gran virtuoso de mi época.

Me reí e intenté una vez más cambiar de tema. Empecé a hablar de cómo había prosperado en el negocio de la pintura, pero Olsen se empeñó en interrogarme y en reprenderme por haber dejado la música. Entonces me vi obligado a hacerlo. Saqué las manos del bolsillo y las apoyé suavemente en su rodilla. Mi mano derecha seguía siendo tan buena como siempre, pero la metralla me había dejado la otra destrozada. No queda nada de mi mano izquierda, salvo un dedo gordo alargado y dos jirones de piel sin hueso.

Después, Henry y yo hablamos del negocio de pintura y de lo bien que me había ido hasta que llegó la hora de despedirnos para que fuera a dar el

concierto.

## El soldado Frederick Terwilliger

Una noche nos hallábamos en un sector tranquilo cerca de Verdún. Lingote Riggín me eligió para que fuera a hacer guardia hasta el amanecer. Cuando llegué al puesto, me subí a la banqueta de tiro para tomar el aire fresco. Todavía estaba medio dormido y refunfuñaba en voz baja, recuerdo, y cuando asomé la cabeza bostecé. En ese momento noté un dolor agudo y la boca se me llenó de sangre. Una bala perdida me había atravesado ambas mejillas sin tocarme la lengua ni un solo diente.

El médico de la primera base era un hombre formidable. Cuando le conté lo que me había pasado, se rió y se dio varias palmadas en la pierna.

—¿Sabes qué voy a hacer por ti, muchacho? ¡Voy a regalarte los hoyuelos más bonitos de todo el ejército! —dijo.

Me casé poco después de dejar el cuerpo. A mi esposa le gusta recibir a los amigos en casa y una o dos veces por semana vienen algunos de los vecinos a jugar al bridge, o sencillamente a charlar y escuchar la radio. Una noche había invitado a Ernie y Flossie Brecker. Flossie dijo:

—¡Qué lástima que el Señor no me diera a mí esos preciosos hoyuelos en lugar de dárselos al señor Terwilliger!

Flossie Brecker tiene el cuello largo y sus ojos de color azul pálido son saltones como los de una rana. De repente me imaginé su cabeza asomándose lentamente por encima de la trinchera. El caso es que me reí tanto que perdí la cuenta de las cartas que tenía que repartir. Mi esposa dijo:

—No le hagáis caso a Fred. Solo conseguiréis que se ponga más tonto. A mí también me gustaría tener los hoyuelos que tiene él.

## El soldado Colin Wiltsee

A ver, niños, acercaos más para no molestar al resto de las clases y os hablaré de una bella experiencia que me ha venido a la cabeza mientras leíamos el texto dorado de hoy.

Herman Gladstone y Vincent Toof eran «amigos allá fuera», como solíamos decir en el frente. Herman, o Hermie, como lo llamaba todo el mundo cariñosamente, era muy diferente a Vinnie Toof. Hermie, a pesar de tener «un corazón de oro», empleaba palabrotas y cayó en una serie de errores que nunca debería haber cometido. Vinnie, en cambio, era un joven de profundas creencias religiosas y tenía todas las cualidades que he intentado inculcaros a vosotros. Hermie se mofaba del patriotismo y de la religión y de todas las cosas que nosotros considerábamos sagradas, pero Vinnie, que sospechaba que su «amigo» tenía un lado más bueno, se empeñó en guiarlo hasta Dios, a pesar de sí mismo.

Un día, en las trincheras, cerca de Saint-Étienne, un obús cayó justo en el lugar en que un grupo de soldados estaba jugando a las cartas por dinero, y entre ellos se hallaba Hermie Gladstone. Un fragmento de metralla le dio de lleno y era evidente que pronto iba a tener que «presentarse ante su Creador». Vinnie acudió en cuanto recibió la noticia. En la mano llevaba una biblia, y cuando llegó a donde estaba su amigo se arrodilló a su lado y se puso a rezar y a suplicarle que aceptara a Cristo como su salvador personal. Al principio, Hermie se negó a escucharlo: en su corazón solo albergaba rencor. Juró e injurió y pidió a sus compañeros que se llevaran a Vinnie de allí, pero, a medida que Vinnie fue hablando y describiéndole el tormento perpetuo del fuego del infierno al que Dios arroja a todos los pecadores, la actitud de Hermie cambió y comprendió que no debía lamentar el hecho de entregar su vida a la patria, comprendió que no existía sacrificio más noble. A Hermie le llenó una sensación de paz. Repitió las palabras que Vinnie le rogó que dijera

y aceptó a Jesús allí mismo, en el campo de batalla, donde falleció al cabo de unos minutos rodeado de su clemencia y de su amor. Los otros hombres permanecieron de pie, cascos en mano y con la cabeza gacha, observando el milagro de la conversión de Herman Gladstone. No hubo quien no llorara, pero se trataba de una emoción magnífica y varonil, y ninguno de ellos se avergonzó de sus lágrimas.

Bien, veo que el director está haciendo señas para informarme de que las otras clases ya han acabado, pero antes de pasar a la sala de catequesis quiero que penséis en la bella muerte de Hermie Gladstone, chicos. ¡Es posible que algún día os llamen a vosotros también para defender a vuestra patria y a vuestro Dios! Y cuando llegue ese día, recordad que nuestras vidas no nos pertenecen a nosotros, sino al Creador del universo y al presidente Hoover, y que ¡siempre debemos someternos a su voluntad sin hacer preguntas!

## El soldado Roy Howard

Conocí a Sadie mientras estaba de permiso en Baltimore y, Dios, ¡cómo me enamoré de ella! Hacía las cosas con una dulzura insólita, como su forma de besarme cuando menos me lo esperaba o la de apretar mi cabeza contra su pecho mientras me acariciaba el pelo. Se reía y decía: «¿No oyes cómo late mi corazón por ti, señor soldadito?».

Sadie no esperaba que me casara con ella, pero lo hice igualmente. No me parecía correcto no hacerlo y, además, no soportaba la idea de que se quedara sola y desprotegida. Cuando regresé al campamento, le adjudiqué cada céntimo de mi sueldo. Lo hice a gusto, porque la amaba y quería que lo tuviera. Los muchachos solían decir que era un tacaño y eso me dolía más que el hecho de no tener suficiente dinero para comprarme cigarrillos ni vino peleón, pero siempre me lo tomaba con una sonrisa.

Escribí a Sadie todas las veces que pude y también recibí noticias suyas en una o dos ocasiones, pero cuando me licenciaron no sabía dónde estaba. Intenté localizarla a través del dinero de mi sueldo, pero se había mudado y no conseguí encontrarla. Lo único que supe fue lo que me dijo la casera, que me informó de que Sadie había compartido el piso con un taxista y que se había gastado todo el dinero de mi sueldo en él. Me confió que creía que Sadie vivía en la calle. Así que volví a mi viejo trabajo de remachador y traté de olvidarla.

Soy humano, por supuesto, como cualquier hombre, y al cabo de un tiempo conocí a una chica italiana cuyos padres la habían echado de casa y que estaba metida en un buen apuro. No tardamos en ir a vivir juntos a la calle Bleecker. No era tan dulce como Sadie, pero me gustaba y nos adaptamos el uno al otro sin problemas. Sin embargo, no quería vivir con ella así; me parecía hipócrita, y un día le propuse que nos casáramos. Bien, Mary (ella se llamaba Mary) se puso a llorar y me besó y nos casamos.

Vivimos tres años juntos como marido y mujer y en ese tiempo tuvimos dos hijos, sin tapujos. Hasta que un día me crucé con Sadie en la calle Catorce. Seguía siendo la misma mujer dulce y delicada de siempre, aunque saltaba a la vista que ahora hacía la carrera. Me reconoció enseguida e intentó escabullirse, pero la paré y le dije que para mí todo aquello era agua pasada. Fuimos a una cafetería a tomar un refresco. Le dije:

—Recuerdo que no te gustaba nada que no supiera a chocolate.

A lo que ella repuso:

—¿Después de tantos años todavía te acuerdas de eso?

—Pues claro que me acuerdo —me reí.

Sadie me dijo dónde vivía y me pidió que pasara a verla alguna noche.

—De eso nada —contesté—. Soy un hombre casado y llevo una vida feliz junto a mi mujer. No estaría bien que ahora empezara a verme con una ramera.

Sadie alargó la mano y acarició la mía con su habitual dulzura. Los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Tienes razón —dijo.

Entonces me preguntó por Mary. Esperaba que me hubiera casado con una buena chica que supiera cómo hacerme feliz. Quiso saber dónde vivía y se lo dije, y Sadie apuntó la dirección en el interior de una cajetilla de cerillas. Entonces me apretó la mano y se secó los ojos. Me dio mucha pena lo sola y desamparada que parecía cuando se alejó. Corrí detrás de ella y, cuando la alcancé, apreté su mano entre las mías.

—Si alguna vez puedo hacer algo por ti, solo tienes que pedírmelo —le aseguré.

Sadie se limitó a negar con la cabeza.

Eso ocurrió el miércoles. El viernes por la mañana, mientras desayunaba, dos agentes de policía llamaron a la puerta de mi casa y me detuvieron por bigamia. Sadie se sentó en el estrado, llenando su pañuelo de lágrimas, y me sentenció a cinco años de cárcel.



## El soldado Theodore Irvine

Al principio solo parecía una herida cutánea de poca importancia, pero se resistía a curarse y al final la infección llegó hasta el hueso. De manera que me amputaron el pie, esperando frenar así la infección, y durante un tiempo creí haberlo conseguido. Poco después, todavía lleno de esperanza, el hueso volvió a pudrirse de nuevo e hizo falta una segunda operación. Y la situación siguió empeorando; nada era capaz de impedir que se pudriera el hueso. Al cabo de seis años, me habían cortado la pierna, loncha a loncha, hasta la rodilla. Dije: «¡Cuando me desarticulen los huesos de la rodilla, dejaré de pudrirse!». Pero la gangrena continuó subiendo por encima de la articulación hacia el muslo y los médicos siguieron serrando detrás de ella.

Durante diez años he vivido como un pedazo de ternera en el tajo de un carnicero. A estas alturas ya ni recuerdo cómo es la vida sin dolor. A todo el mundo le maravilla mi buena voluntad para soportar el martirio que sufro a todas horas. Mi madre y mi esposa ya no soportan ver cómo padezco. Ni siquiera los médicos son capaces de aguantarlo: van dejando sobredosis de morfina cerca de mi cama, una insinuación muda que me niego a captar.

Nunca me curaré, pero pienso vivir todo el tiempo que pueda. Con solo estar aquí tumbado, respirando, consciente de la vida que me rodea, tengo suficiente. Con solo ver cómo se mueven mis manos y contemplarlas, mientras pienso: «¿Lo ves? Estoy vivo. Muevo las manos», tengo suficiente. Voy a vivir todo el tiempo que pueda y lucharé por el último suspiro que dé. ¡Mejor sufrir los dolores más extremos del infierno que conseguir la libertad en la nada!

## El soldado Howard Virtue

Durante una semana oí cómo caían los obuses... solo el estruendo de los obuses, que estallaban creando explosiones que hacían temblar las paredes del refugio. Temblaban las paredes del refugio y temblaban las pasarelas escarchadas. Empecé a temer que quizá muriera antes de que tuviera tiempo de aclarar el significado de mi vida. Pensé: «¡Si le echo un poco de imaginación, seguro que encuentro la manera de salir de todo esto!». Me acordé de un chiste acerca de un hombre que se pasaba la vida dando vueltas y recogiendo pedacitos de papel. Después de examinar cada trozo, lo tiraba de nuevo al suelo y decía: «¡No, este no es!». Los médicos lo declararon deficiente mental y lo dieron de baja del ejército. Cuando le entregaron el documento firmado, el hombre lo leyó atentamente para comprobar que todo estuviera en regla. Entonces miró al médico con una sonrisa triunfal y dijo: «¡Sí, es este!».

«Yo haré lo mismo —me dije—. Mi vida es demasiado valiosa para derrocharla en un campo de batalla.» Me subí hasta el borde de la trinchera y me puse a recoger las hojas muertas, sin dejar de hablar conmigo mismo rápidamente. El sargento Donohoe salió detrás de mí y me convenció con paciencia de que regresara a nuestra línea.

Una vez ingresado en el hospital, temí que esos médicos tan listos se dieran cuenta de la artimaña, pero a ellos también los engañé. Me llevaron de vuelta a los Estados Unidos y luego me encerraron en este manicomio. La ironía de la situación es la siguiente: no puedo conseguir mi libertad aunque esté más cuerdo que cualquier hombre en la Tierra.

Tú eres un hombre razonable; permíteme que te haga una pregunta: ¿cómo puedo difundir la gloria de mi primo, Jesús, y cómo se supone que tengo que bautizarlo en el río Jordán si estoy en este sitio con grilletes en los brazos y las piernas? ¿Cómo se supone que tengo que aniquilar las relaciones

incestuosas de Herodías, o rendirme, finalmente, cuando esa libertina, Salomé, complete mi destino, poniendo calcetas a sus lomos a cambio del regalo de mi cabeza? ¿Cómo puedo conseguir todo esto si mis palabras mueren de forma terminante contra las paredes acolchadas de mi celda?

Se golpean los platillos y las lanzas y los soldados blasfeman y lo echan a suertes y la sangre fluye formando ríos desde los polos que destruyen la vida y crean la vida... ¡Meciéndose! ¡Meciéndose!... Y los pechos blancos de puntas rosadas caminan delicadamente entre las ruinas y los obuses caen... y estallan con explosiones que hacen temblar las paredes del refugio... y lloro en medio de tierras salvajes... Lloro sin que nadie me haga caso.

Les he explicado por activa y por pasiva por qué es necesario que me dejen salir de este lugar, pero los guardias se limitan a mirarme, masticando rítmicamente sus chicles con sus mandíbulas lentas y exasperantes.

## El soldado Leslie Yawfitz

Después de cenar recojo la mesa y friego los platos mientras mi hermana, sentada en una silla, me cuenta cómo le ha ido el día en el despacho o lee en voz alta el periódico de la mañana. Una noche encontró un artículo sobre el reconocimiento obtenido por el científico alemán Einstein por parte de la Academia Francesa, que le había concedido una especie de doctorado *honoris causa*. Fueron numerosos los discursos acerca de la cicatrización de las viejas heridas, de las manos que se estrechaban superando las fronteras, de la cordialidad y la confianza mutuas, de los malentendidos, etcétera. También aparecía una fotografía de la ceremonia, y mi hermana me la describió.

—Si todo fue un error y un malentendido, ¿qué sentido tuvo la lucha que libramos? —quise saber.

Dejé el trapo de cocina y fui a tientas hasta la mesa.

Mi hermana suspiró, como si estuviera agotada, pero no me contestó.

—Ya que están tan dispuestos a pedir disculpas y hacer tanto alarde de su maldita cordialidad —seguí—, creo que alguien debería escribirme una carta en un papel de color rosa que rece: «Estimado señor Yawfitz: Le pedimos disculpas por haberle extirpado los ojos a tiros. Todo fue un error. ¿Le importa mucho?».

—Vamos, Leslie. No te pongas rencoroso otra vez —dijo mi hermana.

—Ya lo sé. Ya lo sé.

—No te pongas rencoroso otra vez, Leslie, por favor. No te pongas rencoroso.

Volví al fregadero y terminé de secar los platos.

## El soldado Manuel Burt

Lo recuerdo tan nítidamente como si hubiera ocurrido ayer, y no tres años atrás. Fue el 2 de octubre de 1918. Mi compañía estaba esperando en reserva, a una corta distancia de un pueblo bombardeado, después de haber avanzado hasta el frente la noche anterior y de haber excavado los refugios. Un poco antes del amanecer, el sargento Howie se acercó al hoyo en el que dormíamos Clarence Foster y yo y empezó a golpearme los pies con la culata de su fusil. Me di la vuelta y me incorporé, pero cuando vio quién era pareció decepcionarse.

—Estoy buscando a O'Brien —dijo—. El teniente Fairbrother quiere mandar unos informes a la sede del regimiento. ¡Por Dios! ¿Por qué nunca consigo encontrar a ese corneta cuando lo busco?

El cielo estaba oscuro todavía, pero hacia el este se veía gris. El cabo Foster se despertó, entonces, y se frotó los ojos. Empezó a hablar, pero de repente cambió de idea. Se tumbó boca abajo, dobló los brazos bajo la cabeza a modo de almohada y volvió a dormirse. Yo también me recosté, pero al cabo de unos segundos el sargento volvía a golpear los clavos de mis botas.

—¡Arriba! ¡Sal de aquí! —me ordenó—. ¡Venga! ¡Tú ya me sirves!

Me levanté y me puse a despotricar contra la unidad, pero Howie no me hizo ni caso.

—¡Vamos, Burt! —insistió—. El teniente nos espera... ¡Venga! ¡En marcha!

Me levanté y seguí al sargento hasta un viejo granero donde nos esperaban el teniente Fairbrother y Pat Boss, el sargento primero. Boss me entregó los informes y me dijo lo que tenía que hacer:

—Lo mejor es que vayas con el fusil cargado y preparado. No hay ninguna línea en el bosque y es posible que te topes con una patrulla alemana.

—De acuerdo —asentí.

—Te aconsejo que sujetes la bayoneta al fusil —añadió el teniente Fairbrother—. Ya me he cansado de decirles que siempre vayan con las bayonetas sujetas cuando se encuentran en el frente. ¡Ya me he cansado de decírselo! —dijo a modo de coletilla.

Su voz era aguda y nerviosa, como si fuera a golpear el escritorio de campaña con las palmas de las manos.

Saqué mi bayoneta y la sujeté al fusil.

—Sí, señor —dije.

Cuando salí, el cielo estaba más gris, pero aún no había suficiente luz para que me vieran, de manera que atravesé un campo abierto, repleto de hoyos formados por las explosiones de los proyectiles y de malas hierbas. Finalmente llegué a la carretera de Somme-Py, pero en todo momento mantuve los ojos y los oídos bien abiertos. Más adelante, me desvié de la carretera y me metí en el bosque, caminando con más precaución. Empezaba a encontrarme mejor. Recuerdo que pensé que si me tomaba una taza de café caliente aguantaría lo que fuera. Amaneció antes de que me diera cuenta; incluso entre los árboles se filtraba una luz apagada. El bosque era solitario y silencioso y me sentí aislado del mundo y completamente solo. Poco después encontré un camino que llevaba hacia la misma dirección que tenía que coger y lo seguí, pensando en muchas cosas que me venían a la cabeza. Llegué a una curva y allí mismo, a un lado del camino, había un joven soldado alemán. Estaba sentado con la espalda apoyada en un árbol, comiendo un trozo de pan de centeno. Me paré a observarlo durante varios minutos. El pan se desmenuzaba entre sus manos y el joven se inclinaba de vez en cuando hacia delante para coger las migas que habían caído al suelo. Me di cuenta de que no tenía su fusil consigo, pero llevaba varias armas de cinto. Me quedé ahí sin saber qué hacer. Lo primero que se me ocurrió fue volver por donde había venido y coger un atajo por el bosque hacia la derecha, aunque se me antojaba una opción cobarde.

Mientras estaba ahí, toqueteando mi fusil, el alemán se volvió y vio que lo observaba. Se quedó sentado donde estaba, mirándome fijamente como si estuviera paralizado y con la mano, que sostenía una miga de pan, a medio camino hacia su boca. Reparé en sus ojos castaños, en su piel de color marrón dorado, de un tono parecido al de una naranja. Sus labios eran carnosos, muy rojos, y estaba intentando dejarse bigote. Su vello era de color castaño oscuro y sedoso como las barbas del maíz, pero no le había crecido de manera uniforme sobre el labio. Al cabo de un momento se puso de pie y nos

quedamos mirándonos durante un rato que me pareció largo, como si ninguno de los dos tuviéramos claro qué debíamos hacer.

De repente me acordé de lo que nos habían dicho acerca de los alemanes en el campamento militar y empecé a enfadarme con él. El joven también estaba empezando a enfadarse conmigo. Dejó caer el pan entre las hojas e hizo ademán de coger la pistola. En el mismo instante en que alcé mi fusil él levantó su arma, pero el que disparó primero fui yo. Pensaba: «A ver si se habrá creído que este camino le pertenece. A ver si se habrá creído que puede obligarme a escabullirme entre los árboles como si le tuviera miedo».

El alemán había conseguido ocultarse detrás de un árbol y estaba vaciando su pistola contra mí. Las balas me pasaron rozando, haciendo saltar la corteza que tenía encima de mi cabeza. En cuanto se le acabaron las balas, dio media vuelta y trató de huir a través del bosque. Yo me puse de rodillas, apunté con cuidado y le di entre los omóplatos. Cayó boca abajo y permaneció así tumbado hasta que consiguió levantarse, se tambaleó y se volvió para mirarme. Estaba asustado y sus ojos se movían nerviosamente. Le disparé la última bala que me quedaba y el muchacho volvió a caer. De nuevo trató de levantarse y de abalanzarse sobre mí con un cuchillo de trinchera, pero yo también corrí hacia él y cuando vi que levantaba la barbilla le clavé mi bayoneta. Entró justo debajo de su barbilla y le atravesó el paladar hasta penetrar en su cerebro. Gruñó una vez y murió incluso antes de desplomarse definitivamente en el suelo.

Me acerqué a él y tiré con fuerza de la bayoneta, pero no había forma de sacarla. Hundí los clavos de mis botas en su rostro y seguí tirando de la bayoneta, pero el pie me resbaló una y otra vez hasta que le arranqué la piel. Finalmente conseguí separar la bayoneta del fusil y entonces eché a correr a toda prisa por el camino. Llegué al borde del bosque y me oculté entre algunos arbustos hasta que dejé de temblar. Ya más sereno, llevé los informes a la sede del regimiento y les conté a los mensajeros que estaban allí lo que me había pasado con el alemán en el bosque. Todos se animaron y me pidieron que repitiera la historia varias veces. A la vuelta, no me apetecía pasar por el lugar en el que yacía muerto, pero pensé: «Yo no tengo la culpa de lo que ha pasado. El no hubiese dudado en matarme si yo no me hubiese adelantado».

Hice otro intento de extraer la bayoneta de su boca, pero ya no podía apoyar el pie en su cara. Mientras lo miraba, empecé a sentirme muy entusiasmado y me puse a reír. «Bien, aquí tenemos un alemanucho que ya

no podrá hacer daño a nadie», dije, y le quité un anillo del dedo para guardarlo como recuerdo. Me lo puse en un dedo y le di varias vueltas. «Llevo un anillo del primer hombre que he matado», dije como si me dirigiera a un gran público, pero antes de llegar al frente me lo quité y lo lancé a la maleza. «No debería haberme puesto el anillo —pensé—, porque eso nos unirá para siempre.»

Recuerdo que todo esto ocurrió el día 2 de octubre porque al día siguiente nos atacaron y el ataque tuvo lugar el día 3 de octubre, según los archivos oficiales. No me podía quitar de la cabeza a ese alemán que yacía en el camino con mi bayoneta clavada en su cuerpo y un día hablé de él con Rufe Yeomans, que me aseguró que no tenía por qué sentirme culpable. Todos los muchachos con quienes hablé me dijeron lo mismo. Finalmente acabé olvidándome del todo de ese joven alemán.

Fue al término de la guerra, cuando me desmovilizaron, cuando volví a acordarme de él. Apareció de forma muy paulatina. Al principio tuve la sensación de que el anillo que le había robado estaba en mi dedo todavía y que no me lo podía quitar. Me despertaba de madrugada tirándome del dedo. Me sentía avergonzado porque tenía miedo, y entonces me recostaba de nuevo y trataba de dormir. Después empecé a soñar con él, sueños en los que le veía la cara. Y, una noche en la que me había desvelado del todo, percibí que estaba en la habitación conmigo, aunque no lo veía. Permanecí tumbado en la cama sabiendo que estaba allí conmigo. «Si me callo se irá —pensé—. No tengo nada que reprocharme. El mismo desaparecerá por iniciativa propia.»

Pero el alemán se resistía a desaparecer. Llegó un momento en que no me abandonaba ni siquiera durante el día. Estaba a mi lado cuando me despertaba por la mañana. Me acompañaba al trabajo. Ya no podía concentrarme en mis tareas y me despidieron. Decidí alquilar un piso en la calle Front, donde no me conocía nadie. Me cambié el nombre, pensando que así conseguiría zafarme de él, pero no fue así. Me encontró la primera noche y entró en el cuarto pequeño cuando fui a abrir la puerta.

Cuando lo noté a mi lado, me recosté sobre la cama y lloré. Comprendí que ya no valía la pena luchar contra él. No valía la pena seguir huyendo. Hasta ese momento no lo había visto mientras estaba despierto, pero aquella noche lo vi. De pronto apareció de la nada y se plantó al pie de mi cama y me miró fijamente. Veía las marcas que habían dejado los clavos de mis botas en su rostro. Mi bayoneta le salía de la barbilla, tan incrustada en su boca que la



empuñadura apenas le tocaba el pecho. Entonces me habló:

—Saca esta bayoneta de mi cerebro.

A lo que respondí:

—Lo haría si pudiera, pero no puedo. Está clavada hasta el fondo.

Luego me entregó el anillo que había arrojado a los arbustos.

—¡Ponte mi anillo! —me ordenó—. ¡Llévalo en tu dedo!

Alargué la mano y me lo puso.

—Llévalo para siempre —dijo—. ¡Llévalo hasta el final de tus días!

Tenía la garganta seca y el corazón me latía a un ritmo descontrolado. Me cubrí los ojos con mis manos temblorosas y los cerré con fuerza, pero no había manera de borrarlo de mi vista. Ahí estaba, al pie de la cama, negándose a desaparecer. Finalmente volvió a hablarme y su tono era suave y perplejo:

—Cuando alcé la vista aquella mañana y te vi de pie en el camino, lo primero que se me ocurrió fue acercarme a ti y ofrecerte un trozo de pan. Tenía ganas de preguntarte cosas acerca de los Estados Unidos. Había muchas cosas de las que habríamos podido hablar. Tú habrías podido hablarme de tu casa y yo de la mía. Podríamos haber ido juntos al bosque a buscar nidos de pájaros, a reír y a charlar juntos. Entonces, cuando nos hubiéramos conocido mejor, te habría enseñado una fotografía de mi novia y te habría leído algunas frases de sus cartas —dijo, y se calló de repente para mirarme—. ¿Por qué no hice lo que quise hacer? —preguntó lentamente.

—¡No lo sé! —repuse.

Me incorporé y me apoyé en el respaldo de la cama, pero era incapaz de mirarlo a los ojos. El alemán permaneció en silencio y el que habló fui yo:

—Vi cómo te comías el pan antes de que te fijaras en mí. Antes de que te volvieras te sonreí porque me recordabas mucho a un chico de mi pueblo que siempre reía y contaba chistes. Se llamaba Arthur Cronin y tocábamos juntos en la orquesta de la escuela secundaria. Él también quería dejarse bigote, pero le crecía bastante mal y las chicas se burlaban de él. Al principio, quise sentarme a tu lado y decírtelo.

—¿Y por qué no lo hiciste? —quiso saber el joven.

—No lo sé.

—¿Por qué me mataste? —preguntó con tristeza—. ¿Por qué quisiste hacer eso?

—¡No volvería a hacerlo! —susurré—. ¡Por Dios que no lo haría!

El alemán movió la cabeza de un lado a otro y de repente levantó los

brazos y los extendió.

—Lo único que sabemos es que la vida es dulce y dura poco. ¿Por qué la gente tiene que envidiarse? ¿Por qué nos odiamos? ¿Por qué somos incapaces de vivir en paz en un mundo tan hermoso y tan amplio?

Me tumbé boca arriba, me aplasté la boca con la almohada y golpeé el colchón con mis débiles manos. Sentía algo semejante al hielo saliendo de mi corazón y fluyendo hacia mi cabeza y hacia mis pies. Tenía las manos frías, además, y me sudaban a chorros, pero mis labios estaban resecaos y no conseguía separarlos. Cuando ya no podía soportarlo más, me levanté de la cama de un brinco y me puse de pie en medio de la oscuridad del cuarto, temblando y con el cuerpo apretado contra la pared.

—No lo sé —musité—. No tengo respuestas a tus preguntas.

Entonces alguien que no era yo entró en mi cuerpo y empezó a gritar con mi voz y a golpear la puerta con mis manos.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡No lo sé! —dijo una y otra vez, subiendo progresivamente el tono.

## **El soldado Colin Urquhart**

Vi muchas cosas durante los treinta años que serví como soldado profesional y he observado las reacciones de muchos hombres ante el dolor, el hambre y la muerte, y sin embargo lo único que he aprendido es que no hay dos hombres que reaccionen del mismo modo y que ningún hombre sale de la experiencia sin sufrir un cambio. Nunca ha dejado de maravillarme aquello que llamamos naturaleza humana, con sus momentos de belleza y sus momentos de sordidez, ni el nivel de estupidez serena que ocupa un espacio entre los dos.

No puedo ofrecer ninguna teoría ni remedio al respecto. Lo único que sé a ciencia cierta es que debería existir una ley que, en nombre de la humanidad, impusiera la ejecución de todo soldado que haya luchado en el frente y haya conseguido salir con vida de allí. La aprobación de dicha ley es impracticable, por supuesto: la población cristiana que reza en sus iglesias por la destrucción del enemigo y que glorifica en forma de estatuas de bronce la barbarie de sus soldados, aquella misma gente tildaría semejante medida de cruel y poco civilizada, y acudiría rápidamente a las urnas para rechazarla.

## El teniente James Fairbrother

Sería el último hombre del planeta en negarle la libertad de expresión a otro, pero estos propagandistas pacifistas están convirtiendo nuestra patria en una nación de cobardes y miedicas. Alguien debería amordazarlos y ponerlos en su sitio. Permítanme que les diga una cosa, y les pido que piensen detenidamente en mis palabras: mientras los Estados Unidos sigan siendo los líderes mundiales en materia de inteligencia, riqueza y cultura, las otras naciones seguirán envidiando nuestra felicidad en la misma medida en que temen nuestra prosperidad. ¡Hay que mirarlo desde esta perspectiva, les guste o no!

¿Por qué creen que Italia ahora está preparando un ejército y predicando a favor del militarismo? Abran los ojos, señores, y echen un vistazo a su alrededor. ¡Fíjense en Japón! ¡Están preparados para lanzarse a nuestros cuellos en un abrir y cerrar de ojos! ¡Y los ingleses también nos odian! Lo repito, amigos: ¡nuestros «primos de ultramar» nos odian! Y les aseguro que sé muy bien lo que estoy diciendo. La «fraternidad humana»... ¿Y qué más? Me reiría si la situación no fuera tan peligrosa.

Y tampoco hay que pasar por alto a Alemania. Qué poca vista tuvimos a la hora de permitir que volvieran a levantarse.

Y Francia no nos guarda ningún cariño: cualquiera que haya sido testigo de su actitud hacia nuestros jóvenes soldados, sus hijos y los míos, señores, lo sabe bien.

E insisto en que mis conocimientos no se basan en rumores. Sé de primera mano lo que estoy diciendo. Yo cumplí con mi deber durante la última guerra. Me alisté cuando podría haber optado por quedarme en casa, pidiendo una exención so pretexto de mi esposa y mis hijos pequeños. ¡Pero ningún hombre con una mínima chispa de patriotismo y con un gramo de hombría haría algo así! Y les repito, amigos, que no lamento haber perdido

un pie mientras cruzaba el río Meuse aquella nefasta noche del 10 de noviembre. Siento que ofrecí ese pie en el altar del honor de mi patria; estoy orgulloso de que ustedes, mis electores, hayan demostrado la confianza que tienen en mí, reeligiéndome para representar sus intereses en la Cámara de Representantes...

## El soldado Rufus Yeomans

Venga a casa una noche y cene con nosotros. A mi esposa le haría mucha ilusión recibir al capitán de mi vieja compañía. Dice que siente como si ya le conociera. ¡No es broma! Lo dice en serio. Solo tiene que informarme de cuándo le iría bien para que pueda preparar una buena cena. Imagino que ya sabe cómo se ponen las mujeres con estas cosas. Podríamos fijar una fecha ahora mismo. ¿Qué le parece el próximo jueves? Marlene Dietrich actúa esa noche en el teatro Bijou y podríamos ir a verla después, si nos cansamos de hablar de la guerra. Muy bien. Estupendo. Traiga también a la señora Matlock, si le apetece venir.

Ahora le indicaré la mejor manera de llegar: coja el ferry en la calle Cortlandt, el que sale a las 17.04. Eso le hará plantarse en Jersey City con suficiente tiempo para coger el tren de las 17.18. Asegúrese de coger el de las 17.18 y no el de las 17.15, porque el de las 17.18 es un tren expreso que no hace ninguna parada a este lado de Westfield. Bájese en Durwood y camine tres manzanas hasta... Bueno, no se preocupe por el resto del camino. Usted encárguese de llegar a la estación y ya vendré yo a buscarle con el Ford. ¡Dios! Qué alegría me da encontrármelo en medio de la calle. Ni se le ocurra fallarme. Iré a buscarle. ¡No se preocupe! Ya hablaremos de eso el jueves. Hablaremos largo y tendido de los viejos tiempos.

## El soldado Sam Ziegler

Estaba de viaje con el coche ese verano, recorriendo el este del país con mi esposa y mis hijos, cuando decidí ir a visitar mi viejo campamento militar. Mi esposa puso el grito en el cielo cuando le hablé de mis planes, de modo que finalmente acordamos que ella llevaría a los niños a ver a su hermana en Washington y que yo me reuniría con ellos el miércoles siguiente.

Cuando llegué al campamento, fui a ver al comandante y le dije quién era y el nombre de la compañía a la que había pertenecido. Fue muy amable conmigo. Me mostró una lista del puesto y le eché un vistazo para comprobar si alguno de los hombres con los que había luchado estaba estacionado allí. Finalmente me fijé en el nombre de Michael Riggin.

—¡El viejo Lingote Riggin! —exclamé—. Eso sí que es una sorpresa.

—¿Le apetece verlo? —me preguntó el comandante.

—Sí, señor —respondí—. ¡Por supuesto que sí! Me gustaría hablar con él de los viejos tiempos.

El comandante convocó a Lingote y poco después fuimos juntos a dar una vuelta por el campamento. Me hacía ilusión ir a ver el viejo dormitorio que ocupamos antes de que nos enviaran al otro lado, de manera que Lingote fue a buscar las llaves y entramos. En las paredes había una serie de placas plateadas que marcaban el lugar donde había estado la litera de cada hombre.

—Me parece una idea estupenda —observé, y me quedé pensando—. Si mal no recuerdo, mi litera estaba allí, al lado de la estufa.

Nos acercamos a mirar la pared y, efectivamente, allí había una placa en la que estaba escrito mi nombre. La sensación de estar allí mirándola me resultó extraña. Entonces Lingote y yo empezamos a mirar el resto de las placas.

—Frank Halligan —lei—. ¡Vaya! Hacía años que no pensaba en ese viejo gallo. ¿Qué ha sido de él, Lingote?

—Pues sigue en el ejército, en algún lugar —repuso Riggin—, pero no sé dónde. —Lingote también miraba las placas—. Rowland Geers. ¿Ese no fue el tipo que cruzó nadando el río Meuse cuando bombardearon el puente?

—Es posible —dudé—. No lo recuerdo.

—Pues yo me acuerdo perfectamente de Carter Atlas —se rió Lingote—. Fue el muchacho aquel que perdió los estribos una noche porque tocaba cenar arroz otra vez.

—Tampoco lo recuerdo —dije—. No acabo de ubicarlo.

—John Cosley perdió un brazo —comentó Riggin—. ¿O fue Ollie Teclaw? De todos modos, recuerdo que le puse un torniquete a uno de ellos, el que fuera, y que no paraba de

quejarse porque le apretaba mucho. Seguro que te acuerdas de John Cosley, ¿verdad? Un hombre alto y pelirrojo...

Me quedé allí pensando, tratando de invocar los rostros de los hombres junto a quienes había luchado, pero era incapaz. Me di cuenta, entonces, de que tampoco me hubiese acordado del rostro del mismísimo Lingote si no fuera porque ya sabía quién era de antemano. Empecé a sentirme triste porque todo aquello había pasado hacía ya mucho tiempo y porque apenas me acordaba de nada. Me arrepentí de haber ido al campamento. Lingote y yo nos quedamos allí, mirándonos. Después de todo, no teníamos nada de que hablar. Cerramos el viejo dormitorio y salimos.



***This file was created***

***with BookDesigner program***

***bookdesigner@the-ebook.org***

***24/02/2013***

---

---

<b>notes</b>
--------------

[1] Todas las referencias a paginas en el libro, son de la edición impresa (Nota de la edición digital).

[2] Llama la atención, por ejemplo, que de los dieciséis capítulos de *Patriotic Gore* (Sangre derramada patriótica), de Edmund Wilson, solo dos hagan alusión a obras de ficción. Asimismo, es de notar que ninguno de los realistas más destacados de la posguerra —Twain, Howells y James— participó en una sola acción militar importante. Del mismo modo, salvo el relato de Twain, en *The Private History of a Campaign that Failed* (La historia privada de una campaña fallida), acerca de su breve incursión en la milicia de la zona fronteriza, y unas pinceladas sobre la guerra en las obras de Howells y James, los tres parecían mostrar una falta de interés casi contumaz en el conflicto -sin duda la experiencia más decisiva de su generación americana- como tema de descripción literaria.

[3] A juzgar por el incidente del bayonetazo que he mencionado en mis observaciones anteriores acerca de la propia experiencia de March en la guerra, este episodio tiene que ser de origen autobiográfico —aunque en esta novela repleta de «voces» que pretenden narrar los horrores de la guerra se haya transformado de forma impactante en una herida en el cerebro después de atravesar el paladar de la boca de la víctima—. También hay que tener en cuenta otra transmutación igualmente impactante de clara referencia autobiográfica en un capítulo anterior, en el que el soldado Leslie Westmore sufre un ataque de ceguera histérica. Véase Simmonds, p. 23 y pp. 190-192.

[4] Ya he mencionado las estrechas afinidades que existen entre *Compañía K* y las obras de algunos soldados británicos que se dedicaron a la poesía o a escribir sus memorias, como Owens, Graves y Sassoon. A este respecto, se me antoja significativo que Paul Fussell, en *La Gran Guerra y la memoria moderna*, también relacione repetidamente la novela *Trampa 22* con la literatura acerca de la experiencia de los británicos en las trincheras.

[5] En ninguno de los dos casos hay que considerar que sea un argumento para una «estructura» totalizadora. Como recuerda Roy S. Simmonds, a March nunca se le dio muy bien la organización y publicó varios capítulos de *Compañía K* por separado y, en algunos casos, en

distintas versiones. Véase Simmonds, pp. 45, 49 y 60. En cuanto a Heller, siguiendo la misma tónica, tampoco resulta fácil discutir la observación de Norman Mailer, que dijo que, si se suprimían cien páginas «cualquiera del medio de *Trampa 22*, ni siquiera el autor sería capaz de asegurar que faltaban».

[6] Del mismo modo que esta nueva visión del «horror» en la literatura bélica estadounidense surge de la representación despiadada de la guerra en sí como una red de congruencias paranoicas, creo que la dimensión profética que atribuyo a *Compañía K* podría abarcar también otras grandes obras como *Matadero Cinco* y *El arco iris de gravedad*, de Thomas Pynchon.

[7] En las novelas sobre Vietnam, esta forma ha sido repetida hace poco en *La historia de Paco*, de Larry Heinemann, novela ganadora del National Book Award en 1987. Igual que en *Compañía K*, los muertos vuelven a contar historias sobre la guerra, sobre el recuerdo de la guerra y sobre la existencia de los supervivientes destrozados que viven sometidos al espectro de la guerra.

[8] Literalmente, «dulce Annie». Título de una canción popular estadounidense, compuesta en 1856 por Stephen Foster, que lamenta la muerte de «gentle Annie». (N. de la T.)

[9] Literalmente en alemán: «Dios con nosotros». (N. de la T.)

[10] Una Pierrette es el equivalente femenino de Pierrot. (N. de la T.)

[11] Primer Banco Nacional y Compañía Fiduciaria. (N. de la T.)

[12] Compañía General de Ferretería. (N. de la T.)